

A photograph of a lush, green forest with a dirt path leading through it. The trees are tall and thin, and the ground is covered in ferns and other vegetation. The word "OXÍGENO" is written in large, white, bold letters across the center of the image.

OXÍGENO

DE PABLO ARRECHE



Nacido en Venado Tuerto, Santa Fé, Argentina. Siempre le gustó leer y escribir todo tipo de cuentos y novelas. Tom Clancy, Arturo Pérez-Reverte, Wilbur Smith y Stephen King entre otros son algunos de sus autores favoritos. Amante de la ciencia ficción y de películas apocalípticas como Mad Max, Alien y Depredador. Ésta es mi primera obra publicada en un blog, «Oxígeno». Que la disfruten.
7 de julio de 2013.

PRÓLOGO

Los cuatro hombres corrían por el terreno desparejo surcado de cunetas de tres metros de profundidad por uno de ancho. Era peligroso andar por la selva de tallos sin ver el suelo que pisaban. El suelo de tierra blanda pisoteados por miles de pies día tras día se hundía hasta veinte centímetros debajo de las suelas de las botas.

Lo único bueno era que la hierba alta los tapaba a ellos y a su vez, no ocultaba el objetivo.

El Monte Basement se elevaba unos trescientos metros de altura y tenía forma de pirámide escalonada rematada con una chimenea con forma de meseta. La elevación era una mezcla de tierra suelta y escombros gruesos, hasta buenos pedazos de paredes de ladrillos aún fuertemente unidos con cemento, hierros retorcidos por allá y vigas de los techos hacían las veces de puente entre las cunetas más profundas que rodeaban el monte.

Aquél sitio no estaba enclavado en Vietnam, aunque la selva de los alrededores se le parecía. Tampoco el pasadizo de trincheras era una reliquia o

copia de la Línea Maginot, sino que Basement era el nombre clave que se le daba al más grande hormiguero que la historia de la Tierra había visto erigirse en el medio de la pampa húmeda.

Decían que en las llanuras del centro de los Estados Unidos y en Madagascar había construcciones similares, pero los soldados que asustados se acercaban al objetivo jamás habían estado tan cerca de uno.

Y ya estaban demasiado cerca de éste para que le hablaran de otros sitios peores.

Venado City era la ciudad más cercana, el hogar de los cuatro combatientes que rezaban para no ser descubiertos por el enemigo. La zona estaba lejos de ser el lugar en donde habían nacido y criados. Muchos cambios se habían sucedido en la superficie de todo el planeta en los últimos veinte años.

Las interminables llanuras capaces de dar cuatro cosechas de trigo o maíz al año habían quedado en el olvido generado por el crecimiento masivo y desmedido de la vegetación.

Carlos Sánchez, cabo y miembro número dos del Comando Delta del Segundo Ejército de la Cruz del Sur se agachó debajo de la copa de un enorme y esponjoso hongo blanco.

Ante la señal de advertencia, los otros tres dejaron de moverse y se parapetaron entre las hojas caídas de un gigantesco helecho.

-- Estas hojas están sanas. -- dijo Remigio Santos, profesor de historia, pasando los dedos por las largas hojas grandes como una pierna -- No creo que haya hormigas por aquí.

-- Si hay trincheras, entonces hay hormigas.

--contestó Alberto Migrau, arquitecto de profesión, soldado por necesidad.

-- Tal vez las hubo...

«Milicianos», pensó el Teniente Mora, el miembro número uno del Comando Delta, antes de detener la discusión.

-- Silencio, abandonado o no, nos enviaron a destruirlo, y eso haremos.

Sánchez hizo seña de que todo estaba bien o al menos sin moros en la costa. ¿Cómo podía estar todo bien si tu malvón era más grande que un ombú adulto?

Continuaron la marcha cuidando de no engancharse en las frondosas plantas de cardo que crecían junto a la siguiente trinchera.

Volvieron a detenerse. El suelo era blando y se hundía en parte como si estuvieran pisando goma espuma.

-- Es este. -- dijo Mora, moviendo el mentón hacia la amplia cuneta que se encontraba debajo. Era más ancha y profunda que las anteriores cunetas que cruzaron y estaba cubierta por una hierba más rala que apenas les llegaba a las rodillas. Se asemejaba más a un cañadón que a una trinchera.

-- ¿Es el de los planos?

-- Es el camino principal de salida del hormiguero. Estoy seguro. -- el teniente Mora comenzó a desprenderse la mochila.

-- Esto me trae mala espina. No hay Hormigas Soldados y éste camino parece que hiciera unos cuantos días que no se usa. -- dijo Sánchez -- Tal vez el historiador ése tiene razón.

Mora miró al profesional devenido en soldado que en esos momentos no los escuchaba, su atención parecía estar centrada en las casamatas, hormigueros más pequeños y puntiagudos que se levantaban a un costado de la Trinchera Principal, como se denominaba a aquél sector en los planos. Las «casamatas» eran elevaciones menores, de un metro de altura y levantadas en tierra compacta a un costado del cunetón.

-- Mejor llamo a la base. -- sugirió Mora, se agachó y prendió el móvil que iba conectado a la oreja izquierda -- Al habla Mora.

A treinta kilómetros al suroeste se encontraba el Puesto de Avanzada del Norte, a pocas cuadras de Venado City.

-- ¿Rodrigo? ¿Qué ocurre?

La voz de Pablo Melgar le llegó con mucha distorsión a través del sistema de onda corta. Mora le explicó lo que ocurría. Recibió respuesta y cortó.

-- Se le escuchaba enojado. -- masculló Sánchez

-- Putos ejecutivos de Mega-Corp. Se creen muy malos con sus culos a cubierto.

-- Si, pero creo que tiene razón. -- susurró Mora, apagando el móvil -- Algunos insectos pueden interferir nuestras ondas de baja frecuencia y conocer nuestra posición.

-- ¿Qué es lo que dijo?

-- Hay que seguir con el plan. -- sentenció Mora, poniendo manos a la obra.

-- No sé porqué no utilizan los cañones de plasma y listo.

-- Porque quemarían todo. Esto requiere un trabajo quirúrgico y nosotros somos el escalpelo...

En eso les llegó el grito.

-- ¡Cuidado! -- alertó Santos.

Los dos comandos se tiraron al suelo. Una patrulla enemiga surcaba el limpio y azul cielo volan-

do en bandadas. El zumbido les llegó a los oídos como el sonido de una lluvia lejana.

En realidad eran avispas del tamaño de un F-14 Tomcat que buscaban a su futura víctima entre la alta vegetación de la superficie terrestre.

Lo bueno de luchar contra insectos gigantes, era que la humanidad tenía como enemigos a varias especies de insectos que se comían entre sí, pensó Mora. La cadena alimenticia no se había cortado con el crecimiento descomunal de los insectos, sino que el ser humano había dejado de estar en la cúspide, para contentarse con un segundo o tercer lugar.

-- Nuestra artillería en la retaguardia se ocupará de ellas.

La humanidad no podía contentarse con ocupar un lugar en el podio. Debía volver a recuperar el primer lugar, seguía pensando Mora mientras armaba el trípode, aunque para ser justos, algunos humanos también se mataban entre sí.

No era momento para filosofar y prestó atención a acomodar firmemente las patas del trípode.

Sánchez ajustó el láser y los acomodó sobre las tres patas. Mora lo encendió y lo apuntó con sumo cuidado al centro de la chimenea.

-- Ya está.

Se echaron nuevamente cuerpo a tierra y esperaron el arribo del caza-bombardero, escuchando el zumbido de las avispas volando a dos mil metros de altura y luchando por no abandonar de una vez por todas la misión.

-- Esto está mal. Esto está mal. -- repetía Sánchez, al principio en voz baja para que Santos y Migrau no lo escucharan, pero luego ya había perdido la paciencia -- No puede ser que no se vea ni a una sola hormiga por aquí.

El ruido de reactores a combustión comenzó a sonar en alguna parte del cielo, interrumpiendo el reto que Mora le iba a lanzar a Sánchez, aunque él tuviera las mismas dudas que su subordinado.

-- El láser sigue a punto. -- comentó, mientras lo afirmaba y por enésima vez comprobaba que estuviera apuntando a la cima del gigantesco hormiguero -- ¡Listo!

-- ¡Salgamos de aquí!

Echaron a correr por el centro del cañadón alejándose de la montaña hormiguero. El sonido del caza de guerra superando mach-1 atronaba en sus oídos.

-- ¡Ya está sobre nosotros, hay que salir! -- advirtió Mora quien iba cerrando la fila.

Sánchez abandonó el camino duro y seguro reali-

zado por el paso diario millones de patas de hormigas del tamaño de un dogo para subir por la cuesta y salir de la Trinchera Principal.

Pero como toda misión que se llevaba a cabo con milicia, era obvio que iban a tener problemas, pensó Mora. Remigio Santos trepó con pasos inseguros la cuesta y tuvo la mala fortuna de meter un pie en un pozo tapado con tierra suelta. El «crac» que hizo el hueso del tobillo al partirse fue sonoro para Mora a pesar del estridente sonido del avión. El historiador cayó gritando de dolor y doblándose aún más la pierna.

Mora se detuvo de inmediato. Sin pensar en los dolores que debía estar sintiendo Santos, lo sacó del pozo sin contemplaciones y se lo cargó sobre los hombros, pese a ser el doble de pesado que él.
-- ¡Déjame aquí!

-- No sabes lo que es ser devorado por cientos de hormigas. Es preferible morir quemado. -- jadeó el heroico Teniente.

Habían terminado de subir la cuesta cuando oyeron el silbido de la bomba cayendo.

-- ¡Alejémonos lo más posible del cañadón! -- ordenó, aunque Sánchez y Migrau ya le habían sacado una buena ventaja, aún podía verlos internándose en la jungla de dura hierba.

La explosión era inminente, el inenterrumpido silbido de la bomba lanzada a más de veinte mil metros de altitud anunciaba que todavía tenía esperanzas para dar un paso más.

-- ¡Al piso!

Mora se enterró de cabeza sin pensar en como caería Santos, el cual cayó desmayado por el dolor aplastando una buena cantidad de pajas bravas filosas como hojas de cuchillo.

Durante un segundo el silencio absoluto se prolongó. Luego Mora comenzó a oír el jadeo de su propia respiración. Migrau tosió un poco más adelante, se había levantado una buena cantidad de tierra tan liviana similar al talco, que se les pegaba en las partes del cuerpo llenas de sudor.

-- ¿Qué mierda es lo que ocurrió? -- quiso saber Sánchez, escondido.

-- La bomba no explotó. -- fue la única explicación que Mora encontraba.

-- No tiramos bombas con retardo.

-- Claro que no, es una M-301, una «desintegradora». -- Mora probó nuevamente con el móvil.

-- El Mayor Melgar se va a enojar.

-- A la mierda con él.

-- Creí que era tu amigo, Teniente.

Mora hizo caso a omiso a las opiniones de Sán-

chez y se concentró en recibir comunicación.

Cambió de frecuencias de onda, pero nada logró.

-- O el enemigo interfirió las comunicaciones o...

-- ¿O qué?

Mora no contestó.

-- Sánchez, Migrau. -- miró a cada uno -- carguen a Santos, yo regresaré a buscar el láser y ver que pasó con esa maldita bomba.

Pero ni bien los abandonó, antes de que el cabo Sánchez comenzara a protestar, el suelo tembló.

-- ¡Al suelo! -- advirtió Mora tirándose nuevamente de panza, sintiendo el afilado tallo de los pastos desgarrarle la ropa verde de fajina -- No hagan ruido.

El temblor de la superficie fue incrementando, y la tierra suelta como neblina fue volando cubriéndolos, obligándolos a taparse las fosas nasales con las manos para poder respirar algo mejor. Lo que Mora sabía era que aquello no se debía a un movimiento de placas tectónicas o terremoto alguno, tampoco lo realizaba un pelotón de hormigas corriendo por los túneles volviendo a casa.

-- ¡Por favor no! -- gimió Sánchez, haciendo que la desesperación de Migrau aumentara.

-- ¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

-- ¡Abajo! -- cuchicheó Mora con enojo -- Silen-

cio.

Migrau no hizo caso y se puso en pie. A su lado Sánchez rezaba con los ojos cerrados.

-- ¡Migrau al suelo, es una orden!

Pero ni aquello detuvo al arquitecto. Cuando el suelo se abrió, puso pies en polvorosa y lanzó el fusil, aunque poco le servía.

Una boca llena de dientes entrelazados salió del suelo y se cerró a la altura del ombligo de Migrau. El ruido de su grito fue tapado por el chasquido de la cadera al partirse en mil pedazos.

Mora no vio la escena pero se la imaginó. Ya había estado bajo el ataque de un gusano-ciego en la República Mediterránea.

El anélido salió majestuoso de la tierra y su piel translúcida brillo bajo los rayos del sol. Era un gusano grande como una ballena franca, de un color pardo y con costras de tierra pegadas entre los anillos. Luego de estirarse en el aire se ovillo sobre sí mismo y procedió a devorar los restos de Migrau.

-- Sánchez.

El cabo seguía implorando.

-- ¡Sánchez!

Ante la insistencia de Mora abrió los ojos.

-- ...

Mora hizo señas con su mano para que se alejara de allí, a lo que recibió como respuesta un rotundo movimiento de cabeza hacia los lados.

-- ¡No!

-- Ve por Santos y vuelve a Venado City.

-- No voy a hacer eso.

-- ¡Es una orden! -- amenazó Mora.

Un gutural sonido que se podía comparar con el barritar de un elefante provino de las profundidades de la criatura. Ambos miraron al gusano irguiéndose sobre las pequeñas patas aguijonadas que escarbaban la tierra cubierta de sangre, mientras sus mandíbulas triangulares masticaban frenéticamente.

Mora movió las cejas imperativamente y luego se puso en pie preparando el fusil de ataque FAR-91.

-- ¡Ahora!

Abrió fuego contra el gusano y echó a correr en dirección contraria a la de Sánchez. Se detuvo a los pocos pasos y volvió a abrir fuego, sólo para llamar la atención. Sabía bien que las grandes balas del FAR-91 no podían traspasar la gruesa piel del anélido. Era como tirar pelotitas de tenis contra una lona. Las balas calibre 8 mm. rebotaron contra la parte alzada del gusano pero al menos lograron su objetivo.

Mora vio que el gusano apuntaba su cabeza coronada con tres cuernos color rojo hacia su dirección y echó a correr. Juntó los pies y resbaló por el declive que lo llevó otra vez al fondo de la Trinchera Principal, por ella corrió en dirección al gigantesco hormiguero. Migrau había tenido razón después de todo. Allí no había hormigas soldado. Cuando los gusanos-ciegos andaban en las cercanías, las hormigas abandonaban el hormiguero, se trasladaban y construían en otro lado. Mora miró de reojo atrás sin dejar de correr. El anélido había mordido el anzuelo y venía detrás metiendo y emergiendo de la tierra. Avanzando a toda velocidad. Mora redobló esfuerzos hasta llegar a la entrada del hormiguero. Un boquete circular de metro y medio de altura cuya negrura era la invitación a salvar la vida.

Sin dudar cruzó el umbral.

Dentro estaba oscuro y fresco. Las paredes eran estrechas y completaban un círculo perfecto de casi dos metros de altura. Pero ése laberinto de túneles no detendrían la envergadura del gusano. Mora abrió fuego sin apuntar sólo para indicar su presencia al gusano. Pero su acción también llamó la atención a un par de hormigas rezagadas que no habían abandonado el Monte Basement.

Por suerte aparecieron delante y Mora las vio justo al encender la linterna de neón que llevaba acoplada al cañón del FAR-91. No eran de la variedad «soldado», sino que más pequeñas pero grandes como un cordero.

Las eliminó con una fuerte ráfaga del penúltimo cargador. Lo cambió y pasó sobre los cuerpos de las tres hormigas, mirando el camino que había dejado. Un sordo resoplar le indicó que el gusano por alguna parte venía. Ojalá Sánchez haya dejado atrás su parálisis, pensó.

-- ¡Aquí estoy! -- gritó a sabiendas que el gusano ciego no veía, pero contaba con una especie de sonar que captaba hasta el rítmico golpeteo de un corazón.

Siguió adentrándose en el hormiguero, ahora el túnel descendía ostensiblemente hasta que llegó a una zona abierta. Parecía un recinto amplio en cuyas paredes se veían gruesas raíces y ramas colocadas perfectamente en posición horizontal. Casi parecía la obra de un decorador de interiores.

Quitó del arma la linterna de neón e iluminó la zona que resultó ser una caverna de más de diez metros de altura y completamente circular. Toda levantada en tierra.

En el centro del lugar, la bomba.

Intacta.

La bomba que debía de haber detonado y volado por los aires al hormiguero y al gusano-ciego invasor.

Mora pensó en el traje de batalla conocido como Armadura Stealth, le habría venido de perillas para una misión como aquella.

Muchas cosas estaban saliendo mal.

Se acercó a la bomba con un mal presentimiento.

El proyectil era un budoque lleno de explosivos recubierto de metal. Grande como el motor de un camión, yacía medio enterrado en la tierra. Se parapetó tras él y aguardó la aparición del gusano por alguno de los agujeros que terminaban en el centro-cámara del hormiguero.

De reojo comenzó a mirar una de las protuberancias en la bomba. En realidad era un dispositivo anclado en el fuselaje. Era un control que se colocaba en la espoleta para retardar la explosión. Ya casi no se usaban por lo peligroso del sistema.

Más de una vez había explotado en el mismo avión antes de largarla.

Mora tecleó el código. En vano, ni siquiera estaba activada.

El mal presentimiento volvió a resurgir. Muchas coincidencias. Malas coincidencias.

Pero la cabeza enorme y amarillenta del anélido salió de uno de los túneles, arrojando trozos de tierras y cascotes a la cámara. Las paredes más fuertes del centro del hormiguero detuvieron por un momento al gusano cuyo cuerpo quedó aprisionado justo a la mitad, abriendo los tres dientes largos como espadas toledanas y dejando escapar un agudo gorgoteo que ponía los pelos de punta. No tenía tiempo para elucubrar conspiraciones en su contra. Mora volvió a dispararle, más por rabia y descargo que por otra cosa. Con esperanzas volvió a teclear la combinación de números que recordaba de otras campañas.

Nada.

Ya era obvio que el aparato había sido corrompido.

El gusano barritó y se movió con violencia. Tenía medio cuerpo atorado. Es decir que de ocho anillos que componían el repugnante cuerpo sólo se veían cuatro.

Ahora cinco.

La emprendió a culatazos contra el dispositivo hasta arrancarlo por completo del fuselaje. En su lugar quedó una pequeña abertura por la cual metió una mano. Con la punta de los dedos alcanzó los cables. Verde, rojo y negro. Tironeó de ellos

hasta sacarlos fuera del fuselaje.

Un barritar más fuerte que los anteriores lo hizo mirar hacia arriba. Sí, el gusano maldito se estaba desatorando. Terminó de vaciar el cargador contra su cuerpo y tiró el fusil para tomar el cuchillo Ka-Bar que llevaba atado en una de sus piernas.

Cortó los cables y después comenzó a unirlos.

-- ¡Verde con negro, rojo derecha con negro por la izquierda! -- decía recordando la vieja lección de los bombarderos.

Una nueva lluvia de cascotes le avisó que el gusano finalmente se había liberado.

-- A ver si esto te traspasa hijo de puta.

PRIMERA PARTE

En la historia de la Tierra existen fechas que marcaron coyunturas, las primeras relacionadas con acontecimientos religiosos, la salida de Egipto por parte de Moisés, el nacimiento de Cristo, la conquista de La Meca por Mahoma, entre otras. Luego vinieron las fechas trascendentales de viajes y descubrimientos, América, Australia, la Luna y Marte, fechas que marcaron las memorias de los pueblos, y entre medio guerras y luchas de poder.

Finalmente los acontecimientos científicos marcaron hitos. La vacuna contra el SIDA o los tratamientos para vencer al cáncer fueron fundamentales, pero también la creación de las Fábricas de Alimento Sintético, una idea que terminó con el hambre en el mundo y que se hizo realidad gracias a Mega-Corp.

Mega-Corp una corporación que financia y desarrolla semejante descubrimiento hizo que sus acciones subieran hasta la estratósfera y más allá, promoviendo el afincamiento en Marte y Céres. Su poder es tal que poco a poco fue adueñándose

de las mentes, acciones y los bolsillos de todo el mundo. Con eso llegó la paz. Una Pax romana. Para el año 2500 la paz en el planeta dejó de ser una utopía. Más de 300 naciones se han unido bajo el mando de siete consejeros que deciden la suerte política, económica y militar de sus naciones representadas. No vale la pena aclarar las circunstancias, pero éste sistema de gobierno llamado Confederación de Naciones Unidas, más o menos deja a todos contentos y los pequeños países al menos no entran en guerra por cualquier cuestión.

Más allá de que las guerras entre países hayan quedado de lado, la inseguridad y la corrupción siguen siendo moneda corriente.

Pero para comienzos del siglo 26 el mayor problema es el ecológico. Las fabricas sintéticas de alimentos y agua potable dejan a la población vivir cómodamente con las barrigas llenas. El único inconveniente es que esas fábricas utilizan componentes que desechan residuos tóxicos para el planeta. En especial para las capas superiores de nuestro escudo protector.

La atmósfera ya no es lo que era y el agujero en la capa de ozono más que agujero es un boquete que no filtra los rayos solares y los deja clavarse

en la superficie terrestre. Más de la mitad del Amazonas es una zona desértica, al igual que el Gran Chaco y la Selva Lancadona entre Guatemala y México.

Pero volviendo al tema de las fechas, hoy en día, se recuerdan dos fechas en especial. La del 2502 donde ocurrió el DIA-E y el 2517 cuando se perdió toda esperanza.

Como se deja traslucir, ambas fechas marcan desastres naturales y artificiales.

La única pregunta que ahora se hace la gente es si el remedio fue peor que la enfermedad.

Año 2502-DIA-E a 2507.

Washington DC, capital de los Estados Federados Unidos de la Costa Atlántica.

Trigésima Primer Reunión del Comité Científico para la solución atmosférica con los Consejeros Planetarios.

-- No podemos esperar ayuda de la colonias marcianas, las fábricas terraformadoras aún no han terminado su trabajo allí. -- opinó el consejero euroasiático, después de una larga exposición del representante científico.

-- Tampoco creo que sea una opción. El traslado de esas fábricas de regreso a la Tierra saldría un ojo de la cara.-- opinó el consejero elegido por los países del norte de América -- Mis ayudantes me dicen que casi el PBI entero de todas las naciones del continente y la mitad de las euroasiáticas es lo que costaría. Los países que yo represento se niegan a desembolsar semejante dineral.

El representante de la República Autónoma Andina negó con la cabeza.

-- Se puede y se debería hacer.

El consejero de los países de la Cruz del Sur lo

señaló.

-- Recuerde que usted y el representante de la República Democrática de Siberia están aquí como simples observadores.

-- No hace falta que lo amoneste. -- continuó el norteamericano desde su sitio, en el centro de la sala de reuniones -- Claro que se puede hacer, pero hay otro factor a tener en cuenta, y ése factor es el tiempo. Tengo entendido que los niveles protectores de la atmósfera han caído un cuarenta por ciento con respecto a la medición de los últimos años. -- el científico que estaba a su lado asintió rotundamente -- Eso se traduce en quemaduras varias, pocas horas de exposición al sol y menos horas de trabajo. Creo que los únicos que han ganado dinero en estos últimos años son los vendedores de paraguas.

El comentario arrancó pocas sonrisas entre los presentes virtuales. La situación era tan grave que la mayoría no tenía muchas ganas de festejar chistes.

Un informe decía que el calentamiento global era tan grave que en el próximo lustro Holanda y Londres podían quedar anegadas por la subida de las aguas.

-- Para no cansarlos con quejas y situaciones que

ustedes mismos han vivido en sus regiones, les quiero informar que el tiempo necesario para traer o construir aquí mismo una fábrica terraformadora es de tres a cuatro años.

-- Eso es mucho tiempo. -- resopló el representante de la Liga de Naciones de la Cruz del Sur, en claro apoyo a la propuesta que estaba por decir su colega del norte.

-- Así es. Yo creo que la solución que propone Mega-Corp es la adecuada, la eficiente y sobre todo la más veloz, para estos tiempos que corren.

Varios de los presidentes y consejeros presentes en el edificio aplaudieron la iniciativa e intercambiaron miradas de entendimiento. Las cuentas bancarias de varios de ellos estaban llenas de créditos gracias a los donativos de Mega-Corp.

Los presentes virtuales también festejaron desde sus hogares a miles de kilómetros. Más de un tercio de los consejeros ejercían su oficio desde sus lugares de origen y allí recibían las migajas que Mega-Corp repartía a diestra y siniestra para obtener su conformidad.

-- Ahora a votar.

El dirigente científico fue casi corrido de un codazo por el enorme representante norteamericano y la votación se llevó a cabo.

Menos de dos segundos bastaron para decidir el destino de la Tierra y mostrar el resultado del voto en cada una de las pantallas.

203 a 98.

El marcador quedaría en la historia como el epitafio de que unos pocos decidían el destino de millones de seres humanos.

De esa forma Mega-Corp obtuvo la facultad de lanzar un ejército de satélites cargados con tambores de SHIELD-OX. Un producto gaseoso que se esparciría a diferentes alturas que iban desde los diez mil a cuarenta mil metros y provocarían cambios favorables en cada una de las capas de la atmósfera. En especial en la estratósfera que es donde se encuentra concentrado el O₃ u ozono.

El SHIELD-OX estaba diseñado para actuar como un virus. Un virus que infectaba partículas de gases sucios de contaminación y las convertía en oxígeno.

Los científicos contratados por Mega-Corp habían hecho una demostración trascendental en donde encerraban en un galpón hermético un viejo motor de combustión y lo hacían marchar durante dos horas. Luego introdujeron dos aspersores conectados a tanques con SHIELD-OX sin detener la marcha del motor y los encendieron.

Una cámara de MEGA-TV mostró al mundo y repitió hasta el hartazgo como el SHIELD-OX una vez liberado en medio de una densa humadera negra de aceite y dióxido de carbono fue perdiendo opacidad y se transformaba en una traslúcida neblina.

El primer satélite con el innovador producto despegó hacia la estratosfera el 9 de junio a las 5:58 horario de Greenwich desde la lanzadera espacial de Tokio. En minutos subsiguientes, los despegues se sucedieron desde los distintos puertos espaciales. Delhi, Baikonur, Edimburgo, Malmoe, Houston, Florida, Martín García, Santa Elena y Adelaida.

A las 6:37 el primero de los satélites llegó a la altura predeterminada y se mantuvo en órbita geocéntrica. Abrió sus paneles como si fueran pétalos de una flor y liberó una infinidad de partículas cargadas con SHIELD-OX.

Uno a uno los satélites desplegados por Mega-Corp repitieron la acción. El SHIELD-OX se esparció más liviano que el aire por la invisible atmósfera como esporas en un campo a punto de sembrar.

Un aplauso cerrado en los centros de monitoreo fue el corolario para que Mega-Corp fuera recibi-

da en el mundo entero como la madre de las empresas.

La salvadora del nuevo mundo.

Los cambios en el cielo no se notaron al día siguiente, ni al otro, ni siquiera a la semana.

El mundo continuó con sus problemas diarios, pequeñas guerras financieras, el dólar subió, bajó y volvió a subir a la par de los créditos. Las magistraturas y los políticos siguieron haciendo sus negocios con diferentes corporaciones bajo la supervisión de Mega-Corp. River Plate ganó su 333 campeonato y los colonos marcianos continuaron reclamando autonomía y la destrucción total de la fábrica de alimentos instalada en Cydonia.

Unos años después...

Como uno más en todo el mundo Rodrigo Mora cortaba el pasto del jardín delantero de su casa con una vieja corta-cesped a cuchilla. Le gustaba hacerlo a la manera antigua. El tiempo de licencia que le daba el Ejército de la Cruz del Sur le gustaba pasarlo en casa y arreglar los problemas cotidianos que se presentaban día a día. Hacer los mandados, cambiar y cuidar a sus bebés, revisar el coche y perder el tiempo jugando a las cartas

con su mujer. Además de hacerle el amor cuando se presentaba la oportunidad.

Pablo Melgar, vecino, amigo y compañero de armas de Mora en el Ejército de la Cruz del Sur se burlaba de él desde su valla de madera por lo que tardaba en dejar el jardín parejo como una alfombra.

-- ¿Eso que usas es de la época de Tutankamón?

-- Si, lo encontraron en su tumba. -- refunfuñó

Mora dándole para delante con el ruidoso trasto.

El verlo enojado y transpirado alentó a Melgar a seguir con las cargadas.

-- ¡Já! Mira mi Green 14 sintético, así lo deja mi dron.

-- ¡Bien por tu dron!

-- Éste Green lo traje de Augusta, -- Melgar acarició el césped como si de el pelaje de una mascota se tratara -- es una parte clonada de la vieja cancha de golf donde se realizaba el Master.

-- Odio el golf y además, ¿pasto clonado? ¿en serio? Ya lo he oído todo. -- Mora dio la vuelta hasta detenerse junto a su vecino. Se secó la frente al tiempo que Melgar le tendía una lata de cerveza refrigerada Ice-Beer -- Espero que tu césped no éste tan duro como éste.

-- Ahora que lo dices mi dron rompió dos cuchí-

llas el mes pasado.

Mora apuró la cerveza refrigerada de un trago.

-- Al menos podemos respirar mejor.

-- Y la cerveza tiene su propio sistema de enfriamiento. -- festejó Melgar -- ¡Ah sí! Y el cielo es más azul.

En ese momento un ruido los alertó. Don Vázquez renegaba con un trasto con piernas y brazos. Lo dejó fuera para que lo recogiera el basurero y luego alzó una mano.

-- ¿Qué lo que le pasa al androide?

-- Lo compré el año pasado y al muy maldito ya se le oxidaron los transistores.

-- Tiene razón. -- advirtió Melgar -- El mes pasado le pasó lo mismo al cerebro positrónico del mío.

-- Por eso yo no uso robots o drones para que me corten el pasto. -- dijo Mora, y la volvió a emprender con la vieja máquina de tracción a sangre.

Pero un año después el cortar el césped no era tan agradable. La invasión de gramilla era un serio problema en todo el mundo.

El pasto crecía hasta 10 centímetros por día en algunas zonas y eso no sólo creaba inconvenientes en los jardines o parques. Las banquetas de los

pocos caminos que quedaban a nivel suelo eran intransitables. Los duros yuyos eran capaz de pinchar por sí solos las antiguas cubiertas de caucho. En los campos de cultivo el meter una máquina cosechadora era para ganarse un problema y por eso apareció el dirigible sembrador, vehículo para el hombre de campo creado por los ingenieros de Mega-Corp.

En las grandes ciudades, para el siglo veintiséis no había ciudades pequeñas, la gramilla crecía fuerte y era capaz de romper contrapisos, levantar pavimentos y crecer desmedidamente si no era cortado a diario.

Las selvas de Vietnam, Costa Rica y el Amazonas recobraron su antiguo esplendor en pocos años, lo que sirvió como propaganda positiva para las empresas dueñas o subsidiarias de las Fábricas de Alimentos, las mayores contaminadoras del mundo.

Lugares del Mato Grosso se tornaron inaccesibles para el ser humano si no se metía con un batallón de máquinas de palas mecánicas.

La primera ciudad en quedar aislada por completo del resto del mundo por la crecida de la vegetación fue Paloh, en el oeste de la isla de Borneo en la región que dominaba Indonesia. El avance

de la selva fue tal que el gobierno de la isla gastó en un mes el combustible de gasolina, de gas y de electricidad que utilizaba para todo el año para mantener a raya la enormes enredaderas que se abrazaban a postes, columnas y vigas que hubiera en la ciudad.

En Guayana, Venezuela y a orillas del Orinoco ocurrió algo peor, que hacía estremecer a quien lo escuchara. Las noticias extraoficiales hablaban sobre el avistamiento de las primeras hormigas «soldado». Grandes como un perro y fuertes como un jabalí. Atacaban coordinadas como si fueran comandadas por un maestro ajedrecista a cualquiera que invadiera su territorio.

Aunque los medios televisivos manejados por el gobierno de la Cruz del Sur negaron la existencia de semejante insecto, los pueblerinos de la zona decían que no solo los pequeños papagayos o monos eran sus víctimas, sino que se enfrentaban a los más atemorizantes caimanes o a la mismísima anaconda.

Pero estos eran sitios pocos conocidos y las grandes agencias de noticias no tenían sus cámaras puestas en esas partes alejadas del globo. En realidad los ojos de la tele-audiencia se interesaban en algo más lejano, los lentes de grabación y muestra

se centraban sobre Marte.

Rodrigo Mora nada sabía tampoco de los pequeños cambios que se realizaban en distintas zonas de la Tierra. Su excusa, llevaba dormido más de veinte cinco días en un tubo criogénico camino al planeta rojo.

El Servicio Especial para las Colonias, los llamados «Red Rangers» llevaban a cabo la segunda excursión punitiva contra los colonos rebeldes. Mora iría a la cabeza del grupo de choque, estrenando el nuevo rango de Teniente.

Los insurgentes marcianos habían cercado el puerto espacial de Cydonia y amenazaban con cortar el «puente espacial» con Deimos. El pedazo de roca satelital donde se encontraba el Puerto Espacial Huygens para las naves que llegaban desde la Tierra.

Además en Cydonia se hallaba la única Fábrica de Alimentos construida en Marte y que alimentaba millones de habitantes que vivían en los domos y en las tiendas Bio-Esferas.

El viaje a Marte tardaba un mes y cinco días o diez, dependiendo siempre de la posición de la Luna terrestre, en donde estaba la base principal desde la cual salían las grandes astronaves con

mercaderías y suministros para los planetas hasta el momento colonizados. Marte, Venus y el asteroide Ceres.

Mora se sentó y se masajeó la cara, sin pensar en curvaturas de la Luna ni órbitas de planetas lejanos.

No podía saber en dónde carajo estaba.

-- De nuevo a la acción «Monito».

-- Detesto despertar de la criogenia. -- se quejó

Mora -- Prefiero una noche de borrachera antes que esto. Al menos en ése caso sé que de algo disfrute.

Melgar a su lado y ya parado le tendió una cerveza refrigerada.

-- Entonces empieza.

Mora dio un sorbo y sintió que el frío líquido aumentaba su malestar.

-- ¡Ja! ¡Ja! La criogenia no se compara en nada con dormir a la par de un recién nacido bastante más llorón que el padre. -- comentó Melgar, pateando el tubo aún cerrado del novato Sánchez -- ¡Despierta pendejo!

Eso era lo malo de Pablo Melgar. Siempre tenía que ser el alma de la fiesta y estar en el centro de la atención. Y esa forma de ser en el espacio se magnificaba.

Pablito, el primogénito de Mora había estado llo-
riqueando ante el dolor que significaba la salida
de los primeros dientes.

Al parecer todo el barrio lo había escuchado, y
Pablo Melgar, el principal perjudicado se había
encargado de desparramar la novedad por todos
lados.

-- Ya te dije que está solucionado. -- Mora se ma-
sajeó las sienes -- Voy a cambiar a Pablito de lu-
gar así no molestan al «Bello Durmiente» Jaime.
Jaime era el hijo de tres años de Melgar y Ely, su
señora.

-- No hace falta, «Monito». Mi mujer ya pasó a
Jaime a la otra habitación.

-- ¿Cómo es eso de «Monito»? -- preguntó la ca-
bo Ramírez, desnuda como todos los que se iban
despertando -- Así no se saluda al nuevo Tenien-
te.

-- Lo siento, Teniente. -- Melgar se inclinó hasta
casi tocar el piso de metal con la frente.

-- Saluden como quieran mientras me hagan caso
con las órdenes. -- dijo Mora, empezando a vestir-
se.

-- ¡Bienvenido Teniente! -- saludó el sargento
Bronx, un negro petiso y morrudo con físico y na-
riz de boxeador -- Espero que no se haya aburrido

durante su licencia, la que no se va a aburrir ahora va ser su mujer...

Ése fue el comienzo de todo tipo de malos chistes, en su mayoría machistas, sobre la paternidad que tenía cada uno sobre sus hijos y fue alternándose con charla informal sobre la vida de cada uno los últimos meses.

Los «Red Rangers» estaban conformados por los mejores soldados del mundo. Hombres entrenados desde su más tierna adolescencia para servir, combatir tanto táctica,estratégica y físicamente en diferentes escenarios.

Vestidos y equipados como correspondía, los doce miembros activos del grupo se sentaron en la sala de situación de la nave, en dónde recibieron el dossier audiovisual con las órdenes a cumplir y el estado de las cosas en el planeta.

El cerebro de silicio del crucero interplaneatrio Américo Vespucio se acopló con el muelle espacial de Deimos. Un brazo metálico tachonado de tornillos y tuercas pintado de negro y amarillo se desplegó hasta la nave para que los guerreros descendieran.

Desde uno de los ventanales, percibieron los gigantescos paneles solares que se mantenían en órbita y cuya función era recoger los rayos del sol y

redirigirlos a la helada superficie marciana.

-- Dicen que aún faltan más de doscientos años para respirar tranquilamente allá abajo. -- comentó Melgar, apuntando con el mentón la anaranjada superficie planetaria.

-- Aún así lo prefiero antes que lanzar porquerías a la atmósfera, como hizo Mega-Corp. -- dijo Mora.

Melgar hizo un gesto de desacuerdo.

-- Viviríamos con mascarillas todo el día.

-- Es el precio que hay que pagar por tanta estupidez. Setecientos años contaminando el mundo, algún día tiene que explotar y lo pagaremos nosotros o nuestros hijos.

-- Me sorprendes. -- se quejó Melgar -- Casi que estás de acuerdo con los tipos que estamos por ir a apalear.

-- No estoy de acuerdo con las formas que los marcianos se quejan y cometen piquetes, pero si los entiendo.

-- ¡Eres un maldito conservador involucionario, «Monito»!

-- ¡Ja! ¡Ja!

Arribaron a un pequeño hangar, el único lugar que conocerían de la estación de Deimos, en donde esperaron el vagón cargado de armas que ha-

bían traído de la Tierra.

-- Tengo algo qué decirte, Mora. -- dijo Melgar mientras repartía los fusiles de asalto FAR-91.

-- Debe de ser serio, porque si me llamas por el apellido en lugar de Rodrigo o «Monito».

-- Lo es.

-- ¡El maldito es un robot gay! -- dijo la cabo Ramírez que había escuchado. Desvergonzada pasó una mano por la entrepierna de Melgar levantando un coro de risotadas.

Ese acto no le gustó a Mora. Era sabido que Melgar y Ramírez mantenían relaciones sexuales durante los períodos de campaña. La relación que tenían no podía llamarse romance, pero si una justa deportiva, en donde cada uno se sacaba las ganas con el otro y nada más.

Con Mora al mando esos encuentros iban a terminar.

Melgar por fin se despachó.

-- ¡Hoy es mi última misión con ustedes! -- alzó la voz por encima del jolgorio del chiste -- Me ofrecieron trabajo en la Corpo.

-- ¿En Mega-Corp?

Melgar asintió solemnemente.

Mora ni siquiera preguntó si le pagarían más. Las grandes empresas pagaban un sueldo mínimo de

5-1 en relación con los que abonaba los distintos ejércitos de la Confederación.

-- ¿Por qué lo hiciste? -- preguntó Mora con seriedad, sin dar ni una pizca de ánimo por el paso que su amigo había tomado.

-- Quiero una vida mejor. -- contestó Melgar arrugando la frente.

Mora permaneció en silencio, haciéndolo sufrir.

-- ¡Hey! ¡No te pongas así boludo! -- Mora sonrió y le dio un puñetazo en el hombro -- Te felicito.

Vamos a disparar unos cuantos tiros en tu honor.

Y los tiros no se hicieron esperar.

Los insurgentes contaban con artillería antiaérea y pese a no dominar el aeropuerto de Cydonia sabían de qué dirección vendrían los refuerzos para los escasos defensores que quedaban en pie en la Fábrica de Alimentos Sintéticos.

La nave de descenso orbital de los Red Rangers, la VDO «Cargo», apenas tenía más cosas que un antiguo colectivo de pasajeros. Contaba con asientos, cinturones de seguridad y barras para tenerse agarrado, pero los Red Rangers no los utilizaban. Se decía que era de mala suerte, además de una muestra de debilidad. Así que se mantenían parados, en equilibrio mientras el bólido descen-

día por inercia propia con sólo los estabilizadores de dirección encendidos.

Esa forma de descender era el bungee jumping más extremo de la Vía Láctea.

La cosa se puso fea cuando los proyectiles antiaéreos comenzaron a explotar cada vez más cerca.

A través de las redondas ventanillas podían ver las nubes de color negra cargadas de metralla abrirse como una mariposa asesina a pocos metros del fuselaje.

A pesar de la velocidad de descenso que traían, uno de los proyectiles alcanzó a dar en un costado y la nave comenzó a girar, desparramando a los Red Rangers dentro como si fueran monedas dentro de un lavarropas.

-- ¡Se han roto los estabilizadores!

-- ¡Ya se encenderán los frenos cuando falten cien metros! -- advirtió Mora tratando de hacer pie --

¿Tienes miedo Pablito?

-- ¿Miedo? ¡Esto es mejor que la montaña rusa esa que armaron en la Luna!

Los módulos de frenos a gas atornillados a la quilla se encendieron como estaba previsto. La velocidad de descenso disminuyó, pero no por eso el «colectivo» dejó de dar vueltas, sino que ganó velocidad.

A escasos cien metros de la superficie se inflaron los airbags externos del fuselaje que absorbieron parte del golpe pero no lo suficiente.

El choque contra el concreto de la pista de aterrizaje fue lo suficientemente fuerte para que Bronx se mordiera la lengua y perdiera un trozo de ella, varios cayeran sentados y Mora fuera derribado de bruces contra la escotilla de escape.

-- ¡Eso es buena suerte Teniente! -- auguró la cabo Ramírez -- Dicen que Julio César cayó de «jeta» contra el suelo antes de conquistar la Galia.

-- Espero no terminar como él -- dijo Mora, escupiendo un diente.

-- ¿Cómo terminó? -- preguntó Melgar, a quién las lecciones de historia no se le daban muy bien ni en el pasado ni en el presente -- Conquistó Britannia. ¿No?

-- Asesinado por los que creía sus aliados.

Mora articuló los cierres electrónicos de la escotilla y la hizo volar. Los Red Rangers bajaron con las armas listas y desplegadas, vistiendo el habitual uniforme de combate color ladrillo; ése que se mimetizaba tan bien con el suelo color ocre de Marte; más la armadura articulada pintada de naranja llamada «Defender» y que era capaz de soportar explosiones de granadas de manos y minas

antipersonal.

Las gafas de cristal rojo eran para proteger los ojos del brillo solar reflejado en los ocho paneles espejados fabricados con MYLAR aluminizado y las mascarillas de oxígeno eran para no echar halocarbonos a los pulmones. Los halocarbonos eran potentes gases de efecto invernadero liberado por bacterias aerobias modificadas genéticamente y plantadas en ambos polos del planeta.

Espejos en paneles puestos en órbita más las bacterias trataban de calentar el suelo, aumentando la temperatura se lograba vaporizar el poco de agua congelada encontrada en los casquetes, más el dióxido de carbono ya tenía una atmósfera en marcha, y con ello una terraformación.

La mente de los Red Rangers sabía de eso, pero lejos estaban de pensar en ello ahora.

Abandonaron el VDO «Cargo» sin perder la compostura y se desplegaron dentro del primer hangar que encontraron en el amplio predio asfaltado del puerto espacial.

Las proyectiles de las armas anti tanques explotaban alrededor.

Mora se preguntó quién armaba a los rebeldes.

Sus dudas no se despejaron, sus pensamientos fueron interrumpidos por el inicio de la bravata.

-- ¿Qué somos? -- preguntó Melgar con un gruñido.

-- ¡Los peores del barrio!

-- ¿Qué somos? -- ésta vez fue el vozarrón del sargento Bronx el que volvió a preguntar escupiendo sangre provocada por el corte.

-- ¡Los chicos malos! -- contestaron todos al unísono -- ¡Los peores hijos de puta de todo el maldito universo! ¡Red Rangers!

Se desplegaron rápido por los tres edificios que tenían en las cercanías. Uno de ellos era una torre de control, que en esos momentos recibía la mayor descarga de armas de fusilería.

La gran «eMe» roja, el símbolo de Mega-Corp colgado debajo de la antena parabólica parecía ser el blanco ideal con que los rebeldes practicaban puntería.

-- ¡Establece contacto con ellos! -- señaló Mora. Melgar, encargado de la radio adosada a su oreja izquierda encontró rápidamente la onda por la cual comunicarse.

-- El encargado del edificio dice que están todos bien y que los mantienen a raya con las defensas computarizadas del perímetro. -- Melgar se colocó la mano sobre el oído -- Que es una suerte que llegamos, tres días más y hubieran tenido que ren-

dirse.

Mora asintió, observando como el viento empujaba la manga de indicaciones en dirección suroeste.

-- Ingresa a los archivos y extrae un plano de los alrededores.

Melgar no pareció oírle.

-- También dice que debemos esperar a uno de los suyos para iniciar las acciones.

Mora arqueó las cejas.

-- Ni en pedo.

-- ¿Vas a estrenar tu cargo de teniente desobedeciendo una orden de la todopoderosa Mega-Corp?

-- La guerra no es un entretenimiento. -- se quejó Mora, aunque igual aguardó diez minutos a que se apersonara un hombre bajo cargado de cámaras de teve.

-- Soy el camarógrafo de Mega-Corp.

-- Por mí puedes ser el maldito Mahatma Gandhi. No te metas delante de mi mira.

Con evidente mal humor, Mora los puso en marcha.

Los insurgentes tomaban el pomposo nombre de «Hijos de Ares» y lo conformaban nativos del planeta y empleados descontentos o despedidos de la empresa. Como Mora temía, tenían armas

automáticas, fusiles FAR-89, viejos tanques de guerra Goliath y hasta cañones de artillería móvil.

Los colonos eran personas de un temple especial, vivían una dura vida en un planeta de clima hostil. Una vida plagada de dificultades y en la que tenían que realizar sacrificios a diario. Un ejemplo era la de trabajar como un burro toda su vida por un sueño que recién lo verían cumplido sus tataranietos.

Y pese a estar curtidos como pocos en el conocimiento del terreno, no estaban a la altura del grupo de élite que acababa de llegar.

Mora dividió al equipo en dos. Seis hombres para cada lado. Dejó a Bronx al mando del equipo Bravo y les ordenó que al amparo de las defensas computarizadas se acercaran al sector norte y realizaran fuego de supresión.

-- ¿Y yo con quién voy? -- preguntó el camarógrafo.

Melgar se echó a reír ante la cara de Mora.

-- Sígueme como puedas y filma todo.

Al mando de Alfa Mora corrió con los suyos al descubierto, atrayendo el fuego de las baterías de proyectiles móviles hacia el lado sur, detrás de la torre de control.

El puerto espacial tenía forma hexágonal estirada, con los principales edificios en el centro, entre ellos la Fábrica de Alimentos. Los «Hijos de Ares» dominaban los tres lados del norte, la zona más alta del terreno, por lo cual su visión del campo de batalla era privilegiada.

-- ¡Estamos atrayendo el fuego, teniente! -- advirtió Sánchez.

-- ¡Ése es el plan, pendejo!

Los grandes proyectiles comenzaron a golpear el suelo y dejar enormes cráteres humeantes tras de sí.

Las explosiones herían en los oídos pese a portar con el equipo protector completo. Los dientes apretados sobre el protector bucal. Las piernas respondían bien ante los temblores y las gafas les permitían ver a través del grueso humo negro.

-- ¡Si quería una cortina de humo, teniente, hubiéramos tirado nuestras bonitas granadas color púrpura! -- comentó Oblesky por el intercomunicador adosado al martillo del oído de la oreja derecha.

-- Pero esto es más divertido, ¿O no?

El equipo Alfa de los Red Rangers avanzaron a duras penas hasta llegar al lugar donde se encontraban los primeros vehículos de los revoltosos.

De pronto el suelo tembló con una detonación cercana. Mora se agachó y aguantó el cimbronazo, sintió que algo se le pegaba en la armadura naranja.

Restos sanguinolentos.

-- Perdimos a nuestro camarógrafo.

Mora ordenó que sacaran los cuchillos curvos. El enemigo estaba cerca.

Atacaron la primera batería móvil con una celeridad rayana a la perfección. Los hombres metidos dentro del tanque de guerra Goliath nunca supieron que les pasó.

-- ¡Valdéz, hackealo!

-- A la orden Teniente.

-- ¿Oblesky, puedes conducirlo?

-- Me extraña. Aprendí a manejar con uno de estos.

Sin perder iniciativa, los Red Rangers se movieron a la siguiente posición y luego a la otra y a la próxima. Soportando disparos, explosiones y golpes sin cesar en su empuje arrollador.

Al terminar el día el cerco sobre el puerto espacial y la fábrica de alimentos se había ampliado, perdiendo los rebeldes la iniciativa y varias de las posiciones de artillería.

La segunda campaña marciana fue rápida y expeditiva. Una vez establecido un perímetro de seguridad alrededor del aeropuerto, comenzó el puente espacial con la base Huygens en Deimos para descargar el resto del equipo traído desde la Tierra. Armas livianas y vehículos pesados. Transporte todo terreno y mercenarios pagados por Mega-Corp, que habían venido en una sección apartada en el mismo crucero espacial de los Red Rangers.

-- ¿Ves ése tipo de ahí? -- señaló Mora a Sánchez

-- Gana el doble que tú escudando su culo tras el tuyo.

Sánchez se levantó la mascarilla y escupió contra el polvo naranja del suelo.

-- Prefiero ser un Ranger antes que un cobarde adinerado.

-- ¡Ése es mi pollo!

Y los Red Rangers fueron los primeros en descender por las escalas de cuerda de los helicópteros Coleóptero-Osprey.

El impresionante tajo en la superficie que era el Valle Marineris era el objetivo. El helicóptero de gran autonomía y maniobrabilidad, era el único aparato volante capaz de meterse en lugares cerrados o de poco espacio gracias a la acción de sus cuatro rotores retráctiles.

En el fondo del Valle, un Cañón incrustado en el suelo marciano que puesto en la Tierra atravesaría todo Estados Unidos, se encontraba la base de los insurgentes.

-- Recuerden la recomendación general. -- dijo la voz del C.O. de Mega-Corp en Marte acoplada a la radio-auricular de cada Red Ranger -- No queremos muertes. La mayoría de los «Hijos de Ares» pertenecen a Mega-Corp. Si un asalariado muere, la empresa pierde dinero, tiempo y un empleado adaptado a las condiciones del Planeta.

-- Yo me preocuparía en ¿por qué sus empleados están descontentos y en segundo orden por qué tienen las mismas armas que nosotros?

-- Es política de la empresa....

-- Si la seguridad de mis hombres se ve amenazada no dudaré en abrir fuego sea de los suyos o no.

Mora se arrancó el auricular y lo aplastó con el tacó de la bota y dio la orden de avanzar por el intrincado y cerrado camino, sin esperar a que los otros Osprey descargaran su pasaje mercenario. Todo estaba en penumbras y el frío se sentía a través del traje protector. Allí a casi diez kilómetros de profundidad de la superficie, era difícil ver el sol o alguno de los paneles de terraformación. La

luz era proporcionada por las luces de neón instaladas en cascos y armas.

Estaban en un lugar denominado «Exit» dentro del Valle Marineris que demarcaba la salida por un antiguo canal a la planicie de Cryhse.

Se metieron por uno de los profundos desfiladeros.

-- Están aquí. -- informó Melgar observando el lector de calor -- El frío hace funcionar a las estufas, -- sonriendo mostró una mancha amarilla de bordes naranja en la pantalla HD del aparato de rastreo -- Alguien tiene mucho frío ahí dentro.

El termómetro marcaba treinta grados bajo cero. Sin protección o alguna estufa se corría el riesgo de morir congelado en ese valle congelado.

Como era su costumbre Mora dividió al equipo en dos y procedió a encabezar el ataque, cuando alguien lo detuvo.

-- ¿Por qué no me pones al mando?

-- Tú te vas y Bronx es el que sigue en el rango. -- contestó Mora, algo molesto por la interrupción -- Ahora prepara tu FAR-91, indícame las señales de calor y no te quejes.

La oscuridad y el terreno accidentado, lleno de depósitos aluviales de rara forma los cubrieron de los ojos cansados de los rebeldes apostados en

precarias tiendas.

Los guardias fueron desalentados y tras pasar por un grupo de tiendas se metió por una serie de apretadas cavernas cuando sucedió el primer inconveniente. Las vieron justo a tiempo gracias a las gafas.

-- Minas anti-personas adosadas a las paredes. --
informó Melgar.

El adminículo similar a un teléfono celular estaba pegado con cinta a las paredes de basalto. Había cinco de esas minas adosadas a diferentes alturas.

-- Preparen las armas. -- Mora cerró todas las articulaciones de la armadura y se colocó el protector facial -- Vamos a tocar timbre.

Dio un paso, luego otro y finalmente trotó hasta pasar por donde estaban las minas. Una luz roja se encendió en el aparato cuando lo detectó y explotó. Las cinco detonaciones lo llenaron de clavos y polvo que dañaron la pintura, pero la armadura «Defender» soportó todos los impactos.

-- ¡Vamos!

Alentados por la acción de su jefe, Alfa corrió hasta llegar al sitio donde se encontraba la calefacción.

-- ¡Usted otra vez aquí!

Lo saludó un hombre sentado sobre una roca con

un niño aupa. La adrenalina de Mora estaba tan a full que le costó un momento responder. No estaba preparado para que lo saludaran, sino para que lo cosieran a balazos.

-- Lo siento, no lo conozco.-- dijo al fin.

Mora bajó el arma. Los Red Ranger lo siguieron. No había peligro allí. Sólo un líder cansado y rodeado por las familias de los que habían sido los «Hijos de Ares».

El susto y el miedo se percibía en el ambiente.

-- No hace falta. Pero yo sí lo conozco, usted actuó en favor de Mega-Corp durante la primera revuelta.

-- La Crisis de las Bombas. -- asintió Mora -- Se hizo para calentar el planeta, descongelando dióxido de carbono de los polos.

-- Y recibió medallas y condecoraciones por dejar que Mega-Corp lanzara bombas nucleares sobre nuestros cultivos y hogares.

Mora pensó en callar, no tenía por que contestar.

-- Seguía ordenes. -- dijo, y se arrepintió en el acto. Se sintió un estúpido.

-- Oh sí, claro. -- el anciano de rostro curtido y voz quejumbrosa los señaló con una mano que más que mano parecía una garra -- Las peores atrocidades se han cometido escudándose en esa

frase. Ése será el epitafio final para la raza humana.

-- ¡Cállese viejo decrepito! -- un mercenario dio un paso delante y quiso dar una patada al anciano. Mora lo vio justo y le juntó las piernas de una patada.

-- Vete de aquí. -- abochornado señaló a los suyos -- No dejen entrar a nadie. El prisionero es nuestro.

El anciano lejos de mostrarse agradecido, lo miró con desprecio.

-- Recuerde Teniente, aquí la humanidad llegó supuestamente para empezar de nuevo, y está cometiendo los mismos errores que allá, en la Tierra.

Los rebeldes se entregaron pacíficamente. Los cañones de pulso traídos desde la Tierra desactivaron las pocas armas que le quedaban a los rebeldes y eso facilitó la acción militar terrestre. Al parecer los insurgentes se la habían jugado el todo por el todo por tomar el aeropuerto, la Fábrica de Alimentos y negociar.

Muchos de ellos fueron multados con días de trabajo forzado, sin goce de sueldo, y su deuda fue aumentado un mil por ciento, con lo que queda-

ban atados a Mega-Corp de por vida.

A los líderes insurgentes en cambio se les inició acciones legales y fueron trasladados de regreso a la Tierra en el mismo viaje de Mora y los Red Rangers.

Durante el tiempo que los Red Rangers realizaban su trabajo en Marte, la ciudad de Manaus en el corazón de Brasil vivió y sufrió la invasión de mosquitos más grande de su historia. Toda la cuenca del Amazonas se volvió una zona intransitable para alguien que no llevara un traje protector. Los repelentes no daban abasto con cada mes que pasaba, el nuevo ciclode mosquitos ya estaban adaptados al repelente y picaba al portador como si nada.

En Nueva York para la misma época al mito del cocodrilo en las alcantarillas, al fantasma en el subte y la maldición del Hotel Dakota donde frente a sus puertas asesinaron a John Lennon, había que sumarle una nueva leyenda urbana. La aparición de cucarachas cazadoras de ratas.

Eso era bien posible ya que las doblaban en tamaño y tenían el cuerpo blindado y ahora para matarlas debías desenfundar un .38 y meterles un ba-

lazo en medio de las antenas.

Su aparición fue certificada por la cámara de un fotógrafo del New Yorker que ganó un «World Press Photo» por su instantánea de una cucaracha agarrada del lomo de una negra rata de cloaca.

En la República del Río de la Plata aconteció el segundo accidente después de Borneo de relevancia mundial con respecto al crecimiento desmedido de la vegetación. Un tramo del sistema de autopistas elevadas que rodeaban la ciudad autónoma de Buenos Aires colapsó ante el apretujamiento que realizaba un par de enredaderas trepadoras que creció por las columnas de hormigón. La estructura se vino abajo un viernes a la tarde, horario pico de la vuelta a casa desde el trabajo. Los muertos se contaron por centenas.

-- Bienvenidos a la Tierra. Bienvenidos a Victory.

-- la azafata los saludó con una enorme sonrisa al abrir la escotilla de la sonda.

-- ¿Y cómo está la Tierra?-- preguntó Melgar, siempre siempre ameno para la conversación con el género femenino.

La mujer continuó con la amplia sonrisa sin mostrar los dientes y abría bien grande los ojos. Se la notaba algo nerviosa mientras desenganchaba los

cinturones de seguridad, necesarios por ley para que la sonda pudiera funcionar.

-- La Tierra está bien, llegamos en plena temporada de viajes a los centros vacacionales de la Luna.

-- dijo Sánchez, saliendo por sus propios medios del vehículo de forma esférica.

-- Malditos selenitas, no es la gran cosa y encima ya tienen mosquitos allí. -- se quejó Melgar rascándose el cuello -- Al menos en Marte no hay.

-- Si, y aquí vienen más grande cada verano.

La azafata tuvo un respingo al oírlos hablar.

-- ¿Está todo bien?

-- Perfectamente señor.

-- Oye «Monito», vamos. Es hora de dejar la resaca criogénica atrás.

Mora era el último en quedar en el módulo. La criogenia durante el viaje de regreso, más la comida en la estación Lunar más el viaje con una gravedad regulada le habían dado vuelta el estómago.

Con impaciencia la azafata empezó a reprogramar la sonda en el panel que estaba junto a la escotilla de plexiglás. Ni bien Mora sacó su cuerpo del interior del vehículo, la mujer ocupó su lugar y la sonda se puso en marcha hacia la estratosfera.

-- Parece que tus encantos no funcionaron -- bal-

buceó Mora.

-- Tal vez lleva prisa y aquí abajo están todos los baños ocupados. -- aventuró Melgar haciendo reír a carcajadas a Sánchez. Acicateado por las risas del novato, continuó -- Y encima se me mamó el Teniente.

-- ¡Vete a la mierda Pablo!

Aún reían cuando salieron de los muelles de ascenso y descenso para encontrarse con un caos de gente pugnando por traspasar la barrera de guardias uniformados con el traje color azul oscuro de la Cruz del Sur.

El hall estaba lleno de personas que forcejeaban unas y otras observaban con gestos de horror las pantallas de teve colgadas del techo.

-- ¡Mira eso!

-- ¿Se acabaron los pasajes a Playa de la Tranquilidad? -- continuó con algarabía Melgar -- No está tan bueno como dicen. No pasa nada.

-- Algo pasa...

La borrachera espacial que traía Mora se despejó de golpe, o más bien quedó a un lado, latente. La relajación que había sentido en el viaje de regreso quedó atrás.

El Red Ranger ya estaba despierto y en alerta.

-- Vamos afuera.

Se metieron entre el gentío y con brazadas y algunos golpes pudieron abrirse paso entre medio de la marea de gente que luchaba por llegar hasta las capsulas espaciales. Esa gente no tendría suerte. Ya ninguna volvería a bajar desde la estación espacial.

En pocos segundos, escuchando las expresiones de la turba y lo que mostraban los canales de teve supieron que la humanidad ya no luchaba contra el crecimiento desmedido de la vegetación, sino con la aparición de gigantescos insectos que iban desde las hormigas, arañas, piojos y una infinidad de alimañas que en circunstancias normales no eran más grandes que un bicho bolita.

Justamente una variedad de Mantis era la que se había aparecido en las afueras de la ciudad de Victory. Más precisamente sobre las márgenes del río Paraná.

Una vez fuera del lío del aeropuerto, los tres Red Rangers la percibieron recortada sobre el fondo oscuro del cielo, detrás de los enormes pilones y confundido entre los cables portadores del tramo central.

Era de un verde oscuro, largas patas espinosas y una cabeza triangular que se elevaba a más de veinte metros de altura, cerca del carril de paso

del puente.

El ulular de las sirenas y el griterío conmocionado de la gente era lo que se percibía como ruido de fondo. Los tres en silencio buscaron acercarse al sitio donde estaba la enorme criatura, distante a un kilómetro y medio más o menos, de su posición.

-- ¡Es como el maldito Godzilla número 33! --
anunció Sánchez.

Avanzaron un poco más siguiendo la calle de la costanera teniendo las aguas del río a su izquierda.

-- ¿De dónde salió eso?

-- Con qué lo vamos a voltear. -- se preguntó Melgar.

Las preguntas seguían saliendo a borbotones, pero seguían acercándose sin encontrar una explicación.

La criatura apenas se movía. En la zona no había electricidad y la mantis era iluminada por decenas de focos estáticos y por una veintena de helicópteros que iban y venían a su alrededor.

A menos de trescientos metros de distancia, se toparon con una valla, guardias y una cantidad inmensa de móviles de televisión. Mora se detuvo ante uno de Mega-Tv y sin mediar invitación se

metió en él y se sentó junto al técnico que manipulaba los drones volantes con cámaras incorporadas.

-- ¿Quién eres tú?

-- Seguridad.

-- Esta bien, mira, pero no toques nada.

Los otros dos se metieron también.

-- ¿Qué es esto? -- se preguntó por enésima vez Sánchez.

-- No lo sé. -- respondió el técnico -- Apareció hace cosa de una hora. Apenas se mueve. Lo único interesante que hizo hasta ahora fue mover un poco una de las piernas aserradas y ladear la cabeza. -- el tipo lanzó una estúpida carcajada -- Sino destruye un par de vigas del puente me sacarán del aire y pondrán otra vez la novela.

Las tomas captadas desde diferentes ángulos mostraban cada detalle de la cara del «monstruo». Los múltiples pelos semejantes a alambres retorcidos, un cuerno aserrado en el lugar donde debía de encontrarse la boca y la cuadrícula infinita similares a los parlantes de un baffle, en sus grandes ojos de un marrón oscuro.

La mantis gigante seguía sin moverse.

El técnico pulsó unos botones y una de las cámaras enfocó a un solitario tanque de guerra cruzan-

do el puente colgante de oeste a este. Hizo un acercamiento para que se viera el símbolo de la V, correspondiente al Quinto Cuerpo de Caballería del Ejército de la Cruz del Sur.

-- ¿Qué lleva sobre la torreta? -- preguntó el técnico.

-- Los nuevos cañones de Gauss. -- contestó Mora
-- Armas de plasma.

-- ¿Cómo la de los satélites?

-- Exacto. Hace tiempo que han sido desarrollados, para vehículos de menor porte, sólo que aquí aún no se han probado.

-- Esperemos que funcione. -- asintió Melgar.

A menos de cien metros de la criatura, el tanque pintado de verde cemento se detuvo lanzando una bocanada de humo blanco al aire. De inmediato se oyeron los goznes hidráulicos desplazando la torreta con la enorme bobina adosada al ánima del cañón, cuya boca quedó apuntando contra la cabeza de la mantis.

Justo en ése momento la mantis pareció percatarse del tanque y giró la cabeza en su dirección.

Fue lo último que hizo.

El aire se estremeció alrededor del tanque de guerra cuando disparó el cañón de plasma.

La bobina magnética impulsó el proyectil cons-

truido con una aleación de wolframio resistente a las altas temperaturas a una velocidad supersónica. El rozamiento con el aire hizo que el misil llegara a temperaturas solares.

El disparo de plasma atravesó como un rayo incandescente la parte baja de la cabeza triangular del monstruo, la cual se desmaterializó incinerada.

El cuerpo descabezado se apoyó momentáneamente sobre uno de los pilones del puente y lentamente se hundió en las tranquilas y profundas aguas del río Paraná.

Un silencio espectral se adueñó de todos los curiosos que observaban la escena en vivo, que fue seguido por una ovación.

Melgar y Sánchez chocaron las palmas arriba.

-- ¡Le dimos a ése hijo de puta!

-- Se morían de ganas por utilizar el cañón de plasma. -- dijo Mora.

-- No estás contento. -- sentenció el aún festivo Melgar.

-- Habría que retener el cuerpo de la bestia y estudiarlo. -- respondió Mora saliendo del móvil de la teve.

-- ¿Adónde vas?

-- A casa, me muero de ganas de ver a las melli-

zas.

-- Por supuesto. Yo también quiero ver a Jaime y a Ely y a mi maldito robot cocinero.

Volvieron las risas y los chistes en el tren bala que realizaba el viaje desde Victory a Venado City. Viajaban cómodamente sentados gracias a las tarjetas que los acreditaban como miembros del Ejército. Detrás suyo iba el resto de la gente, parada, tomada del pasamanos. Todos ellos comentando los sucesos recién vividos.

-- Pronto irás con ellos. -- Mora señaló con el índice las cabinas particulares donde viajaban los bien empilchados y pocos comunicativos gerentes de Mega-Corp En unos años ni te acordaras de nosotros.

-- Más vale que me tires un alfajorcito, por lo menos. -- dijo Sánchez.

-- No jodan.

Arribaron media hora después a Chateubriand, estación de Venado City. El panorama con el que se encontraron era muy similar al del hall del puerto espacial en Victory.

-- ¿Qué es lo que ocurre? -- preguntó Mora a un guarda.

-- Se han visto extrañas criaturas por los alrededores.

-- ¿De qué tamaño?

El guarda se puso la mano sobre el pecho.

-- Ah, pequeños. -- contestó Sánchez teniendo en mente la mantis del río Paraná.

-- ¡Si a usted le parece pequeño un bicho bolita grande como una vaca, allá a usted! -- dijo malhumorado el guarda -- ¡Circulen señores!

-- Será mejor que vayamos a casa.

Mora y Melgar se despidieron de Sánchez con apenas una palmada y corrieron por las calles sin perder tiempo. En vano iban a buscar un taxi.

Gracias al entrenamiento, no demoraron demasiado en llegar al barrio donde vivían. Además había poco tránsito en las calles y la noche estaba especial para correr.

Lástima las circunstancias, pensó Mora, quien ya se había imaginado una docena de alternativas con la vida de su esposa y sus hijas.

Lo mismo le pasaba a Melgar, que por su mayor altura y rendimiento físico, corría más rápido que su compañero.

-- ¡Vamos «Monito»! ¡Vamos «Monito»! -- decía mientras transitaban las últimas cuadras.

La respuesta final a sus miedos y dudas estaba ahora frente a ellos. Las luces del porche de ambas casas encendidas.

-- Nos vemos, «Monito».

-- Salúdame a Jaime y a Ely.

Pero Melgar ya desandaba el camino de grava que lo depositaba en su casa. Mora esperó unos segundos. En eso oyó nuevamente la puerta de Melgar abrirse y cerrarse.

-- No están. -- Melgar regresó corriendo -- No creo Ely se haya ido a lo de mi suegra.

-- Bueno, me toca. -- dijo Mora.

Desde afuera todo parecía tal cuál lo había dejado.

Percibió que las luces dentro estaban apagadas. Coloco el pulgar en el identificador de huellas dactilares. La puerta principal de la casa se abrió de par en par.

Y entonces surgieron los gritos.

-- ¡¡¡Sorpresa!!!

Las dos familias enteras se les tiraron encima. Ely llevando en brazos al pequeño Jaime y Zahibi cargando con Pablito, quien lloraba a moco tendido.

-- ¡Escuchamos que venían y nos escondimos! -- explicó Zahibi, la esposa de Mora por encima del llanto del niño.

-- ¡Ven aquí mi amor!

Entraron a la casa haciendo los típicos comentarios de cuanto habían crecido las criaturas durante

sus ausencias.

-- Parece que en lugar de tres meses hubieran pasado tres años. -- exageró Melgar -- El viaje hasta aquí se me hizo interminable.

-- No quisimos ir a la estación por los disturbios.

-- comentó Ely, la esposa de Melgar -- Desde que en los noticieros se supo de la existencia de esas criaturas, la gente se volvió loca.

-- Los precios de la comida sintética se fueron por las nubes.-- informó Zahibi mientras programaba la comida que quería cada uno en la computadora de la cocina conectada directamente con la Fábrica de Alimentos de Venado City -- Crecieron más que el césped.

-- ¿Se sabe algo de la mantis gigante?

-- Ahí la están pasando. -- indicó Ely, señalando la pantalla de cristal líquido extendida sobre la pared.

-- No puede ser por que dice en «Vivo». -- dijo Melgar Y no se parece en nada al bicharraco que vimos en Victory.

Las imagenes mostraban a un ser arácnido escupiendo una pasta amarillenta a cuanto helicóptero le pasaba cerca. En nada se parecía a la mantis del río Paraná, sólo en lo gigante.

El graf rezaba Directo desde La Banda, Capital de

la República Andina.

-- Subir volúmen. -- ordenó Mora al televisor

-- ...sólo sabemos que esta araña de cinco metros de altura subió al rascacielo más alto de la ciudad cual King Kong moderno, -- el periodista relataba emocionado lo que todo el mundo veía y buscaba meter palabras -- y ha creado un entramado de redes de telaraña en la cúpula de los edificios del distrito financiero.

-- ¿Se sabe si es peligrosa? -- preguntó un oyente en línea directa con el periodista.

-- Si lo es. Además de producir telaraña no ha dejado de escupir una pasta corrosiva. Tenemos imágenes de ello.

La pantalla se dividió en dos. Una imagen mostraba la silueta arácnida encaramada en un lugar donde solo las luces de los helicópteros llegaba, y la otra imagen mostraba lo sucedido diez minutos antes.

La toma había sido hecha en el aeropuerto espacial de Santiago del Estero, donde arribaban los ascensores orbitales. Allí los muelles de embarco eran atacados por una docena de seres de ocho patas y cinco ojos color rubí, con los mismos escupitajos ácido.

-- Ése es el lugar de arribo de Ramírez y Valdéz.

-- dijo Melgar con preocupación.

-- Espero...

En ése momento una de las sondas de arriba se derretía con ocupantes y todo delante de la cámara después de recibir una lluvia de escupitajos del líquido amarillento. El cámarografo se acercó al aparato de ascenso y descenso orbital para tener una mejor toma de los restos burbujeantes cuando la imagen desapareció.

-- ¡Por Dios! -- gimió Zahibi desde la cocina -- Ni siquiera supieron que les pasó.

Pero las imágenes en vivo continuaban y el periodista enamorado de su voz volvió a hablar.

-- Es el momento de recordar que la Mega-Tv perdió un dron-cámara en éste ataque sin precedentes. -- dijo con tono lúgubre, para después cambiar rápidamente -- ¡Preguntas de los televidentes!

-- ¿Qué espera el Ejército para intervenir?

-- Cabe recordar que la República Andina renunció a pertenecer a la Cruz del Sur después de que se negara al envío de Shield-Ox, por eso no cuenta con ejército y solo con una escasa y mal preparada defensa civil, ese es el precio...

-- ¡Apagar! -- dijo Mora disgustado.

La pantalla se puso negra y luego desapareció

dentro de la pared.

-- ¿Qué es lo que está pasando?

Nadie supo qué contestar.

-- ¿La naturaleza se volvió loca? -- esgrimió Melgar una respuesta.

-- Esto es obra del hombre. -- contestó Mora -- Tenlo por seguro.

Melgar no se mostró de acuerdo, pero se calló la boca.

Permanecieron en silencio un buen rato, incluso durante la comida. Jaime y Pablito se durmieron temprano, pero éste último empezó a llorar justo en el momento en que despedían a los Melgar.

-- Esta noche dormimos en la habitación de huéspedes. -- dijo Melgar en clara alusión al llanto del niño.

-- Buenas noches.

-- Al fin solos. -- exclamó Zahibi guiñando un ojo

-- Lo voy a hacer dormir y luego prepárate.

Mora sonrió.

Zahibi dio el pecho al niño en el cuarto y Mora se preparó unos mates en la cocina, debía mantenerse ocupado para no ceder a la tentación del sueño. Esa noche habría fiesta en la cama después de un buen tiempo. Sólo esperaba que el tubo criogénico no tuviera efectos residuales congelando sus

partes íntimas.

En eso se escuchó el retumbar.

Al principio lejano. Como un zapateo que fue *increscendo*. Los platos sucios arriba de la mesa comenzaron a tamborilear y los colchones flotantes se alzaron hasta el techo.

-- ¿Qué mierda?

-- ¿Terremoto? -- Zahibi apareció con Pablito prendido al pecho.

Mora negó con la cabeza y cometió el error de asomarse a la puerta para ver que sucedía. De inmediato la cerró y colocó el seguro electrónico.

-- ¡¿Qué pasa?! -- gritó Zahibi. Ya no era sólo el temblor, sino aquél zapateo infernal que llenaba los oídos.

--¡Lleva a Pablito arriba!

-- Quiero saber...

Una explosión de astillas y metal voló desde la puerta. Mora alcanzó a correrse y evitar ser empalado por el largo cuerno negro que atravesó la puerta del frente.

-- ¡Vamos arriba!

Subieron los peldaños prácticamente a los saltos y abrazados esperaron en la habitación a que el temblor pasara.

-- ¿Qué es lo que viste?

-- Rinocerontes...

Mora dejó de abrazarla y se acercó a la ventana que daba a la calle.

-- Ten cuidado.

-- Está pasando.

-- ¿El terremoto?

-- No es un terremoto. -- desde la planta alta Mora vio un par de rezagadas criaturas de un color negro azabache que se veía lustroso debajo de las pocas luces que permanecían encendidas -- Es una estampida.

-- ¿Una estampida de qué Rodrigo?

-- De escarabajos.

Afuera, la visión de los destrozos era semejante a lo que quedaba después del paso de un huracán. Postes de luz quebrados a la mitad, chisporroteo de generadores, autos abollados y varios dados vuelta. Frondosos árboles caídos enredados en una maraña de cables.

La casa del vecino de enfrente de Mora estaba completamente derruida. Las casas de bellos jardines cuidados con cercas pintadas de blanco a la cal, estaba atravesado por el camino de destrucción que había dejado a su paso una manada de escarabajos cornudos grandes como rinocerontes.

-- ¡No vayas Rodrigo! -- pidió Zahibi.

-- Tengo que ver si hay heridos. -- le dio un beso a ella y al bebé -- Ve dentro. Ya vuelvo.

Volvió a la calle. El ulular estridente de sirenas y alarmas pronto se mimetizó con el sonido de gritos y llantos.

Pero hubo un grito desgarrador que Mora escucharía en su mente durante mucho tiempo.

Giró hacia la casa de su vecino y amigo. Pablo Melgar estaba parado en el lugar donde debía de estar la habitación de Jaime. Se miraba las manos cubiertas de arañazos.

-- ¡Pablo!

Melgar lo vio sin verlo. Los ojos desorbitados, enloquecidos.

-- No pude. No pude agarrarlos. -- dijo mostrando los dedos sangrantes con trozos de tela.

Mora trató de contenerlo, pero Melgar se dejó caer de rodillas. Lo abrazó en el suelo y juntos lloraron en medio de la casa derrumbada.

SEGUNDA PARTE

Un año después del suceso conocido como «La Estampida» en Venado City, la humanidad se encontraba en franca guerra contra la mayoría de los insectos que habían crecido en diferentes proporciones.

Los monstruosos y superdesarrollados insectos aparecían por todas partes del mundo y hasta en rincones desérticos como Arabia o Sahara se dejaron ver. En general salían de entre la vegetación o debajo de la tierra. Algunos mansos y perdidos, otros rabiosos y llenos de un miedo agresivo que

descargaban contra los pequeños humanos que querían matarlos con algo más que un mata-moscas.

Por ejemplo en Chiyoda. El antiguo barrio de Chiyoda, uno de los 23 barrios tradicionales de Tokio, en el mismo lugar donde estaban los estudios Toho donde se había filmado por primera vez Godzilla el «Rey de los Monstruos» en 1944, era testigo ahora en 2508 como unos cuantos piojos de más de cinco metros de alto saltaban por encima de los techos del Palacio Imperial de Japón, el Santuario Yasukuni y estadio olímpico Nippon Budokan.

El ejército de la República de Siberia no se quedó de brazos cruzados y ayudó a Japón a detener la invasión de piojos enviando tropas y apoyo logístico. La lucha contra los piojos se trasladó a varias prefecturas del país pero finalmente la invasión se detuvo en el distrito de Akihabara. En medio del centro tecnológico y debajo de una multitud de carteles con luces de colores se masacró a los parásitos monstruosos de ocho patas atrayéndolos con plasma y sangre donada por los hospitales de la ciudad. A medida que los piojos olfateaban la sangre se acercaban a la trampa donde se había instalado un enorme cañón de pulso.

A pesar de que la invasión fue repelida, Tokio, Yokohama y Kyoto tuvieron graves pérdidas estructurales y casi cien mil muertes en el tiempo que duró el ataque. Además de más de un millón de liendres del tamaño de un Fiat-600 depositadas en las calles.

En Volgogrado, Rusia, mientras tanto las cosas no fueron para mejor. En lugar de piojos, lo que salió del río Volga fue una invasión de pulgas como nunca se había visto. Con decir que se comían a los perros.

Eran grandes como un canguro y saltaban a una velocidad increíble, atacando y mordiendo a las víctimas sin dar respiro.

Los rusos dispararon sus armas Kalashnikov y pusieron a Eurasia en estado de alerta general, pero los pobres campesinos de Volgogrado no tuvieron tiempo ni de defenderse. Moscú ordenó detonar un ingenio nuclear en el centro de la ciudad que alguna vez llevara el nombre de Stalin y exterminar todo medio de vida.

Sólo cenizas quedaron de la ciudad que había detenido heroicamente el avance arrollador de los alemanes en la Segunda Guerra Mundial.

Para el 2510 Estados Unidos del Norte tenía su territorio de 54 estados invicto de agresiones o paso

de estos insectos super-gigantes.

No se iban a salvar.

Hasta ése año sus problemas tenían que ver con la vegetación. Nueva York perdió su sistema de agua potable producto del levantamiento del suelo por parte de gordas y duras raíces. Lo mismo pasó en Washington y Los Ángeles.

También se vieron afectadas por el crecimiento de raíces descomunales varias de sus represas hidroeléctricas como Grand Couleé y Boneville sobre el río Columbia, pero gracias a trabajos de contención evitaron lo que sucedió en Chiapas con la represa de Malpaso y en Mesopotamia del Sur con la represa de Itaipú. Ambas dejadas al abandono con las primeras invasiones de Hormigas Soldado, Mosquitos Vampiros y Arañas Gigantes, y reventadas por la presión de raíces y plantas trepadoras.

Pero lo peor aconteció un año después, cuando sucedió la tragedia del vuelo 11-14. Ocurrió sobre el lago Michigan y nunca se supo bien que clase de insecto fue el que emergió de las profundidades del lago y chocó contra el Boeing de American Airlines.

Algunos testigos dicen que fue una serpiente, otros que fue una especie de gusano. Lo cierto

que el vuelo con destino a Chicago jamás llegó, llevándose consigo a trescientas almas.

Varias ciudades y grandes capitales del mundo empezaron a vaciarse.

Tras estos desastres la Confederación de Naciones Unidas dejó de existir. Era imposible responder a cada aparición con un ataque, y la única solución que encontró fue licenciar a los Red Rangers y entregar sus recursos a los países del aún llamado «Primer Mundo».

Rodrigo Mora volvió a ser miembro pleno del Ejército de la Cruz del Sur con el mismo rango que había alcanzado en las Fuerzas del Servicio Colonial.

Cinco años después de «La Estampida» de los «Escarabajos-Rinocerontes», Venado City era una ciudad amurallada y enrejada como si fuera una enorme jaula de pájaros.

Lo que había sido una inconmensurable llanura donde la vista podía extenderse hasta el horizonte infinito, era ahora una cortina verde hecha de malezas y quínoas de cinco a diez metros de altura. La selva había invadido la parte noroeste de la ciudad donde se encontraba Chateaubriand y se

mantenía a rayas con una lluvia de agroquímicos diarios y una cuadrilla pagada por la municipalidad, con fondos prestados por Mega-Corp, que salía y cortaba a mano la maleza.

Pero aventurarse más allá de la selva y detener a los insectos, es otra cosa.

Sala del Consejo de la Ciudad.

Año 2512.

Cuadragésima Segunda Reunión del Consejo Científico.

Presentes. Un consejero de la Cruz del Sur, el presidente de la República del Río de la Plata, ediles locales y gerentes de distintas direcciones de Mega-Corp, además de un grupo de científicos entusiastas.

-- Nuestros colegas en Londres y Texas ya están en línea. -- anunció un servidor encargado de supervisar el satélite de comunicaciones.

-- Buenas noches a todos, se que es muy tarde en algunas regiones con las que nos estamos comunicando, sepan disculpar las molestias. -- anunció uno de los gerentes de Mega-Corp -- Empezaremos ya mismo con la disertación.

Uno de los científicos locales subió al estrado con una enorme libélula. El insecto alado era tan gran-

de que debía cargarlo con las dos manos como si fuera una bandeja.

-- Buenas noches, mi nombre es Alan Kaijou y con mi equipo de trabajo logramos develar el por qué del crecimiento excesivo.

Se oyó un carraspeo que cruzó el Atlántico a través del satélite.

-- Si dice que Mega-Corp es la responsable, lo demando.

El joven científico miró sin comprender a uno de los C.O. de Mega-Corp de Venado City mientras colocaba el cadáver de la libélula o «Alguacil» como lo conocían por esas tierras.

-- No se preocupe Lord Dóncaster. -- tranquilizó Pablo Melgar quien se había hecho cargo de la alocución -- Lo que se va a hablar aquí es de los insectos y de como matarlos.

-- Me quedo más tranquilo. -- contestó el londinense.

Kaijou sacó un bisturí del bolsillo de su chaquetilla blanca y con varios cortes desmembró varias partes del alado insecto. Lo hizo con tal precisión y justeza que los chorros de líquido amarillo y verde que saltaron de la criatura no lo salpicaron.

-- Éste es un «Tegumento» externo. -- estiró y cortó un trozo de tripa blanco-azulada -- Esto es

una especie de tráquea por la cual ingresa el aire y conecta al oxígeno con los órganos interiores del «Alguacil» o libélula.

Varios de los asistentes se retiraron del recinto con las manos en la boca y haciendo fuerza para contener el vómito.

-- La exagerada concentración de oxígeno en la atmósfera como pasó en el período pérmico o en el carbonífero hizo que los insectos como los conocemos crecieran. -- Kaijou continuó despanzurando al insecto -- Ahora bien, hemos llegado a la conclusión que la diferencia de tamaño va más allá de lo que miden realmente. Es decir, el factor de crecimiento no es relativo al tamaño normal de las especies. Encontramos que algunas especies de insectos poseen mayores y más complejos sistemas traqueales que otros. Estos insectos al parecer tienen partes de sus tráqueas en las patas lo que facilita la expansión y crecimiento de las mismas. El escarabajo es un ejemplo ya que el espacio traqueal que tiene no limita el crecimiento de las patas.

Al decir esto Melgar puso mala cara, la palabra escarabajo le traía muy malos recuerdos. El resto mientras tanto si no pertenecía al ramo del estudio y la investigación entendió poco y nada.

Se oyó la voz de Lord Dóncaster desde Bretaña.

-- Está diciendo que el mismo oxígeno que nosotros respiramos y nos hace tan bien, agigantan a estas criaturas.

-- Los insectos no respiran como nosotros y no utilizan sangre para transportar el oxígeno. -- Kaijou levantó el cuerpo desmembrado de la libélula y la mostró a cámara -- Como dije antes ingresan el oxígeno y expelen el dióxido de carbono a través de unos agujeros naturales en sus cuerpos llamados espiráculos. Estos agujeros están interconectados con unos tubos ramificados llamados tráqueas que recorren todo su cuerpo como si fueran venas, que en lugar de sangre transportan oxígeno. Cuando ingresa el aire, el insecto se agranda, las tráqueas se desplazan y se agrandan a su vez haciéndose más anchas y más largas tratando de llegar a los tejidos centrales, con ellos el cuerpo crece y la demanda adicional de oxígeno vuelve a establecerse.

-- Entonces la culpa es del maldito bicho. -- dijo tozudo el inglés -- ¿Por qué tiene un sistema respiratorio de mierda?

-- Por que la naturaleza lo hizo así.-- se animó a contestar Kaijou, después de vencer la timidez -- Yo diría que la culpa de todo esto la tiene el ser

humano.

-- ¿Por qué lo dice?

-- Se lo resumiré para que todos entiendan. -- ya todos miraban con mala cara al joven científico -- En primer lugar contaminamos, en segundo lugar encontramos una solución al problema sin dejar de contaminar. Tercero, eso crea otro problema, pero no dejamos de contaminar....

-- Está hablando pavadas. -- atacó Dóncaster -- Mega-Corp terminó con uno de los problemas más grandes de la humanidad. El hambre. Y ya que le gusta tanto seguir un conteo, le diré en segundo lugar que el SHIELD-OX reestableció la capa de ozono a un nivel que jamás concebimos, la gente recibe un mejor oxígeno en los pulmones ¡vive más! y tercero y último,...¡Está despedido!

--

Hubo unos segundos de silencio mientras las aguas se calmaban. En eso se escuchó un pitido de alarma.

El servidor a cargo de las comunicaciones con otras ciudades alzó el dedo índice firme y recto, para que le prestaran atención.

-- ¡Victory es pasto de las llamas!

La noticia no causó sorpresa. Hacía veintiún días que los «cerebros» que comandaban la ciudad ha-

bían tratado de liberar el cerco de vegetales e insectos encendiendo un fuego controlado. Tan bien lo habían controlado que ahora, si existía «Justicia Divina», esos cerebros tendrían que estar ros-tizados.

Todo esto pensó Rodrigo Mora, testigo mudo del debate que acababa de darse y de la noticia de la desaparición de Victory debajo de las llamas.

-- ¿Tenemos visual? -- preguntó Melgar.

El servidor habló lo suficientemente bajo para que pocos lo oyeran.

-- Debo cortar con el viejo.

Melgar se pasó la mano por el cuello.

-- Hazlo.

La conexión vía satélite con Bretaña se cortó para que segundos después apareciera en vivo una toma Google Earth.

-- La prohibición de encender fuego en la ciudad sigue vigente.

-- ¡Más que nunca! Los pastizales arderán y forman una enorme tromba de fuego.

-- El viento es del sur. -- informó el servidor para que hubiera un suspiro de alivio colectivo.

-- ¡Gracias a Dios tenemos el viento y todo el río Paraná de aliados!

-- Según los reportes el fuego se dirige hacia el

río Uruguay. -- el servidor seguía metiendo dato tras dato que aparecía en su pantalla -- Arrasará con todo lo que hay a su paso.

-- Que se preocupen los de Mesopotámia del Sur.

-- dijo uno de los consejeros con un encogimiento de hombros.

El fuego se alimentaba a sí mismo con un componente esencial. El oxígeno. Había que tener tanto cuidado con él como de no fumar, no encender fósforos y ni brasas para asar.

-- ¡Atención! -- pegó otra vez el grito el servidor, haciendo que el corazón de varios de los científicos y consejeros presentes amenazaran con detenerse -- ¡El complejo industrial de Mega-Corp con su Fábrica de Alimentos está sano y a salvo! Se hicieron acercamientos con la cámara satelital y se enfocó el sitio con distintas resoluciones, en busca de daño o alguna anomalía.

-- A pesar de la cortina de humo, parece intacta. Alrededor del complejo la tierra era una llanura carbonizada y humeante. Lo peor de la furia ígnea ya había pasado.

-- ¡Hay que ir por los generadores! -- anunció alguien.

-- ¡Sí! Si no tendremos que empezar a comer estiércol de bicho bolita.

Algo dentro de Mora se activó. Apoyado contra la jamba de la puerta, supo de antemano por quienes pedirían para enviar a buscar y traer los supuestos generadores en funcionamiento.

-- Tengo al mejor hombre para realizar el trabajo.

-- y los ojos claros de Pablo Melgar se clavaron en los suyos.

-- ¡Viva Mega-Corp!

-- Habrá una buena recompensa.

-- Por supuesto, si vuelvo completo.

Melgar sonrió benignamente, mientras atendía un llamado a su móvil instalado en la oreja.

-- Créditos Rodrigo. Ése tipo Dóncaster es dueño de Bretaña y le estoy hablando de ti y tu familia.

Una buena misión y salimos todos de aquí. A la Luna o Marte.

-- Siempre odiaste la Luna. -- se quejó Mora. De pronto cambió de conversación -- ¿Vienes a comer esta noche?

Melgar no contestó. Se notaba que estaba recibiendo una llamada por el auricular integrado al tímpano. La cara seria, los ojos clavados en la nada, sin un atisbo de sonrisa, algo que no había hecho desde la muerte de su familia.

La tragedia había marcado su vida. Fue difícil pa-

ra él superarlo, y también lo fue para Mora, que como amigo había sufrido horrores la pérdida. Pero Melgar salió a flote entregando cuerpo y alma al nuevo trabajo. Comandando las fuerzas de operarios y de seguridad de Mega-Corp.

Cuando lo invitabas a comer sabías que venía con un móvil adosado.

-- ¡Pablo! ¡Te esperamos a comer!

-- ¡Oh! Lo siento. Estaba recibiendo una llamada. otra vez Dóncaster. Quiere que envíe a ése inoportuno de Kaijou contigo, si alguien puede hacerse el listo delante del capo máximo de Mega-Corp en la Tierra, es también bien capaz de desarmar y traer un generador con él.

-- ¿Por qué improvisar? ¿No han quedado ingenieros o técnicos de mantenimiento?

-- Mega-Corp se los está llevando a todos. Encontraron una mina de deuterio en una de las rocas del Cinturón de Asteroides.

-- Eso me suena a mentira.

-- Mentira o no, vamos a llenarnos de dinero con un par de misiones, y de yapa ganamos un pasaje fuera de aquí en un corto plazo. ¿Qué te parece?

-- Que no me contestaste si vienes a comer o no.

-- No, tengo llamadas permanentes y no sería de buena educación irrespetar la mesa de Zahibi. --

se fue casi sin mirarlo a la cara -- ¡Saludos a Pablito!

Mora volvió solo al hogar. Su casa seguía en pie, a pesar de la doble capa de hormigón que habían echado en todo el barrio. Vivían cerca del muro de treinta metros que los separaba de la jungla de maleza del exterior.

Era difícil encontrarle algún parecido con la misma ciudad de diez años atrás. Empezando por el muro que la rodeaba como si fuera un castillo feudal que contenía a un millón de habitantes. Había perdido medio millón de moradores en esos cinco años entre los muertos por los insectos y los que habían logrado fugarse a lugares más decorosos. Al mismo tiempo los pueblos pequeños de los alrededores desaparecieron tapados por la maleza y el éxodo no conoció fronteras. Así que para el año 2512 Venado City tenía más o menos la misma cantidad de habitantes conviviendo hacinados en los barrios que permanecían de pie.

Otro elemento que afeaba a Venado City era la enorme y combada estructura de rejas rombo que se había colocado como techo para que los insectos más grandes no penetraran atacando a sus transeúntes. Tenía forma de cúpula y había sido construida por partes hasta cerrar el cielo limpio a

los ojos de los venadenses.

Y también estaban las casas derrumbadas al lado de monumentales ombúes y quínoas de cuarenta metros de altura cuyas raíces a su vez levantaban el pavimento y sus ramas se entrecruzaban con los puentes peatonales.

El automóvil a combustión, eléctrico o con tecnología flotante era un bien que podían utilizar los muy ricos. Generalmente los altos corporativos de Mega-Corp o algunos consejeros de la municipalidad andaban en ellos, el resto a caminar que hace bien para la salud.

-- ¡Tu tarjeta fue rechazada! ¡Fuera de aquí!

La advertencia sacó de su ensimismamiento a Mora.

-- Sólo te pido por esta vez...

-- ¡Fuera!

-- Me conoces, más de una vez te deje propina o te di de mi comida.

-- Vete si no quieres que yo ahora te «de» una paliza.

Como la gente que hacía la cola delante de la Fábrica de Alimentos Sintéticos lo único que hacía era desviar la vista del pobre infeliz, Mora decidió intervenir.

-- No le hagas daño, yo me encargo.

El mercenario contratado lo miró de arriba abajo con ganas de meterse en una pelea, pero al ver los ojos desafiantes de Mora se retuvo.

-- Ven conmigo. -- ayudó a levantarse al desdichado, cuando vio los ojos rasgados del doctor Kaijou.

-- ¡Hijos de puta! ¡Ya me sacaron del sistema! ¿Puedes creerlo? ¡La gente vive más, claro, si es que no te topas con un mosquito vampiro antes! Llegaron a casa de los Mora, donde los recibió Zahibi.

-- No traje a comer a Pablo, pero me traje un suplente.

El Coleóptero-Osprey flotaba en el aire gracias al ingenio de los constructores. Apenas hacía ruido y la relación entre gasto de combustible / kilómetro recorrido era nimio. Toda la maniobrabilidad que tenía el aparato gracias a los cuatro rotores rotativos que le permitían un abanico de prestaciones, la descompensaba con la incomodidad de viajar en él como pasajero.

-- Creo que un cajón de verduras es más cómodo que este asiento. -- trató de distender Mora, el aire de pesimismo que tenían los otros.

Sánchez fue el único que sonrió, el novato de

Marte ya era todo un hombre y por suerte no había perdido a nadie de su familia. Encima esperaba a su primer hijo.

-- Haré éste trabajo y ganaré créditos para el momento del parto. Lo queremos hacer en el mejor hospital.

Mora asintió. De inmediato le vino a la memoria el recuerdo de aquél jefe rebelde que quería hacer volar por los aires la Fábrica de Alimentos de Cydonia y sus dichos sobre las excusas.

-- Veré que te den una licencia cabo.

-- Gracias. Le pondremos Rodrigo Ribair Sánchez, en su honor teniente. Ya está decidido. --
contó con ojos soñadores.

-- Con Ribair basta. -- contestó Mora.

En ése momento, Kaijou que había seguido la conversación con los ojos cerrados, no pudo más y vomitó. El lugar poco espacioso se llenó de fetidez.

-- Lo siento...

-- No lo sientas y come menos la próxima vez que vayas a subir a un helicóptero. -- dijo Mora, quien lo había visto comer como un muerto de hambre en su casa, ante la mirada indignada de Zahibi.

-- Vuelvo a disculparme, teniente. Es que el hambre y el miedo no son buenos compañeros.

Viajaron un rato más en silencio. Mora descorrió uno de los paneles blindados que cubrían una de las ventanillas para ver el paisaje que transitaban. El color azul intenso del cielo y el murallón verde que representaba el suelo, tachonado con elevaciones de tierra y escombros.

Sánchez se los señaló.

-- Parecen hormigueros.

Kaijou asintió pero fue incapaz de hablar, otra vez estaba con náuseas.

-- ¡Atención! -- anunció el piloto por los auriculares un segundo antes de mover la aeronave abruptamente -- ¡Escuadrón de abejas muy cerca!

Repuesto del brusco movimiento, Mora percibió que estaban descendiendo. La vieja táctica de los pilotos de combate no cambiaba ni siquiera ante un enjambre de bichos.

-- Tiene que haber un panal cerca.

Por un momento el cielo estuvo abajo y el suelo arriba. Estúpidamente Mora pensó en el pobre estómago de Kaijou en vez de creer que se iban a estrellar.

Bien cerca de la punta de los pastos más altos del bosque de maleza, el piloto recuperó el control y dio máxima potencia a los cuatro rotores. Junto a la ventanilla de Mora se veían como borrones vio-

láceos las flores del cardo y cuando el aparato bajó más aún, la cercanía de las espinas de los cardos empezaron a helarle la sangre.

Sacó la cabeza fuera de la ventanilla y las vio.

Tres abejas grandes como el helicóptero los seguían sin perder pisada, unos cien metros por encima de su posición.

-- Déjanos aquí.

-- No llegamos a Victory.

-- Ni lo haremos si seguimos con esas abejas atrás. -- Mora se desenganchó y preparó el escaso equipo. Era una lástima que la Confederación se hubiera llevado las armaduras Defender, sino podría haber saltado allí mismo y enfrentar al escuadrón de abejas. En cambio Mega-Corp y Melgar a la cabeza les había entregado una nueva armadura nombrada STEALTH.

Volvió a comunicarse con el piloto.

-- Vuelve a posición segura. En la laguna de Melincué estarás bien. Allí hay una torre de comunicaciones en el centro de la laguna. Llamaré allí en la frecuencia 99.3 Mhz. ¿Okey?

-- Entendido.

El piloto bajó un poco más. Delante había un grupo de achaparrados gramones de diez metros de altura y un solitario «Diente de León» de espiga-

do tallo y amarillenta copa que lo hacía asemejarse a la estampa de una palmera.

-- Saltaremos sobre el «Diente de León» más cercano a la jungla.

-- A la orden.

A sabiendas de que las abejas se le vendrían encima el piloto bajó un poco la velocidad y mantuvo los rotores de las hélices arriba, para que cubrieran el descenso de los tres combatientes.

Los hombres saltaron sobre la copa amarilla de la hierba gigante y se deslizaron por el tronco verde hasta tocar el suelo, la verdadera tierra. Ayudaron a bajar al científico y cubrieron la retirada del Coleóptero-Osprey de las abejas.

-- Son zánganos. No lo atacarán. -- dijo Kaijou.

Ninguno se sintió con ánimos de discutir tal aseveración, miraron al helicóptero hasta que desapareció detrás del bosque de cardos con las abejas pacientemente siguiéndolo de atrás.

El mundo a nivel suelo a campo abierto era algo completamente nuevo y difícil de concebir para hombres que habían caminado libremente sobre superficie de pastos ralos. El sol apenas atravesaba la gramilla que cubría sus cabezas.

-- ¿Están bien?

-- Perfectamente.

-- ¿La armadura?

-- Apenas la siento. -- contestó Sánchez.

Las placas que cubrían el pecho, hombreras, torsos, pantorrillas y pies estaban recubiertas con material RAM que absorbía cada ruido que el usuario hacía. Incluso hablar o caminar. Se la nombraba STEALTH, «Invisible».

Había reportes científicos de todo el mundo que decían de la existencia de algunos insectos que desarrollaban una especie de sonar interior y que en vez de por la vista, captaban a los seres humanos por sus ruidos, sus olores o su firma de calor. La STEALTH los cubría de todo eso y cómo decía Sánchez, con ella puesta no hacía falta el desodorante.

El Ejército de la Cruz del Sur había pagado una buena suma de dinero a Mega-Corp, a pesar de un descuento, para que los tres hombres las llevaran puestas en esos momentos.

-- Otro aporte más de Mega-Corp al bienestar del usuario. -- dijo irónico Kaijou.

-- Basta de quejas. Es hora de andar.

La temperatura dentro de la jungla de gramilla era de diez a quince grados menos que sobre ella.

Ideal para correr a buen ritmo. Sabiendo que la armadura amortiguaba el sonido de sus pasos co-

rrieron en dirección a Victory, apoyados por una brújula y por un GPS que se prendía y apagaba cuando quería.

Sánchez lideraba la marcha. Era el más joven y entrenado, mientras que Mora renegaba con el menos preparado Kaijou, que también era joven, no pasaba los treinta, pero sólo había corrido una vez para parar un Hovercraft-Bus.

De repente Sánchez detuvo la marcha. Veinte metros detrás Mora se paró en seco y obligó a parar al científico, que se arrodilló extenuado.

-- ¿Qué ocurre? -- preguntó el teniente por el auricular.

-- Vi algo.

Mora trató de percibir algún detalle delante de Sánchez, pero la leve brisa que corría hacía ondular los pastos verdes y poco le dejaban ver.

-- ¿Algo como qué?

Sánchez movió la mano para que fueran acercándose despacio. Eso hicieron.

Cuando estuvieron a la misma altura, Sánchez señaló un punto difuso delante y Mora se calzó las gafas rojas, esas mismas que en Marte le iban tan bien con el uniforme, y que en un «descuido» no había devuelto con el equipo de la armadura «Defender».

El metal era resaltado en los lentes de las gafas.
-- Es una trampa. De esas antiguas de metal que se abren a presión y tienen dientes a los costados. Mora dejó a un lado el FAR-91 y alzó las manos. La armadura STEALTH ocultaba sus sonidos a los sonares de los insectos, no a los seres humanos.

-- Tranquilos. Estamos con ustedes. Somos humanos.

Caminó en dirección a la trampa. Estaba cerca de la misma, una de metal bastante oxidado y que difícilmente anduviera sin atascarse a la mitad, cuando vio una pierna que se escurría debajo de una planta de grandes hojas verdes ovaladas y bordes triangulares.

Con ambas manos descorrió las hojas y se topó con un muchacho de expresión asustada.

-- Está bien. -- lo tranquilizó -- Somos de los buenos.

-- Los confundí con bichos, señor.

-- Bueno...el cabo Sánchez no es muy bonito que digamos...

Le tendió una mano para levantarlo, pero el muchacho lo ignoró y se puso de pie solo, apoyando una rama en el tronco de la planta.

-- Salí a cazar, encontré esa vieja trampera para

zorros en una de las casas y pensé utilizarla. ¿Tiene algo de comer?

Mora le tendió una barra energética hecha con cereales sintéticos.

-- ¿Cómo se llama tu pueblo?

-- Pérez.

Hubo sonrisas en los tres hombres.

-- Estamos más cerca de lo que creíamos. ¿Cómo te llamas?

-- Camilo. -- dijo el joven comiendo la barrita -- esto sabe horrible.

Mora sonrió y se rascó el brazo, luego la mano con la que se había rascado. El ardor de la picazón se le extendió por todo el brazo. Quemaba.

-- ¡¿Qué mierda?!

Kaijou y Sánchez también se friccionaban las piernas y los brazos con ahínco. Mora sintió que le ardían los ojos y pronto las lágrimas se agolparon en sus párpados. Los abrió y cerró tratando de despejarlos y alcanzó a ver que el joven sonreía malignamente.

-- Bebe.

El líquido fresco y natural le refrescó la garganta. Era rica y no tenía el gusto a plástico del agua sa-

borizada de Venado City.

-- Más por favor. -- sentía los labios reseco y el agua aquella le calmaba la sed.

No sabía donde estaba, pero lo que le daban era tan rico que sorbió hasta que tuvo un acceso de tos.

-- ¿Qué es? -- preguntó después que el ahogo hubiera pasado.

-- Agua de rocío. -- respondió una voz suave.

-- ¿Mis compañeros?

-- Ellos están bien.

La voz que contestó no era la misma, era pastosa y cargada con edad y algo de resentimiento.

Vio un resplandor y concentró la vista. Alguien sostenía un candil encima suyo. Tenía el rostro cubierto de arrugas que enmarcaban unos ojos negros y brillantes como tizones encendidos.

-- ¿Ahora vienen por nosotros? -- lo toreó.

-- No vinimos por nadie. -- ensayó una defensa Mora, a pesar de lo débil que se sentía. Trató de incorporarse sobre un codo, y se acalabró una de las piernas. No se contentó con eso y volvió a probar, se sostuvo unos segundos sobre su codo izquierdo y se vio las piernas y el abdomen cubierto por un sarpullido rosado.

Volvió a hundir la nuca en la almohada. Sentía el

cuerpo adolorido y cansado, como si le hubieran dado una paliza, una de esas que le habían dado, y a su vez él había dado, a los nuevos en los Red Rangers.

Giró la cabeza a ambos lados. Estaban acostados sobre esterillas y además de estar completamente desnudos, presentaban el mismo sarpullido en todo el cuerpo, inclusive en los genitales y en las facciones.

-- Se metieron en nuestro campo de ortigas. -- explicó el anciano hiriéndole la vista con la llama del candil -- ¿Sabe? Fue mi idea la de establecer un perímetro cubierto de «malas hierbas». Recordaba de niño las veces que mi abuelo me mandaba a limpiar lotes cubiertos con estas porque-rías.

En la mano libre del anciano apareció una rama de veinte centímetros de largo con las mismas hojas ovaladas de bordes triangulares.

-- Y con toda esta explosión de los vegetales gigantes me pregunté que tan grande y doloroso sería el roce de la piel con sus hojas. -- el anciano movió la pequeña planta a escasos centímetros del cuello de Mora, quien casi podía sentir el olor del ácido que producía escozor.

-- Basta papá. -- dijo la suave voz.

-- No, Freida, hija mía. Debemos proteger a los nuestros y debemos conocer la verdad. -- contestó con voz autoritaria -- Vienen por nosotros. ¿No es así?

-- Vamos de paso. Nuestro destino es Victory. -- respondió Mora, lejos de tener ganas de convertirse en aquél héroe que calla y resiste la tortura a todo o nada.

-- ¡Victory es un gran agujero humeante! ¡No mienta!

Se escuchó el ruido de una silla de madera al correrse abruptamente. Mora encomendó un postre-ro pensamiento para Pablito y Zahibi a quien nunca más vería.

Por suerte se equivocó.

-- Cuénteme.

-- Hay una zona que se salvó de la quemazón. -- dijo Mora tragando saliva, la boca se le había vuelto a resecar y se moría de ganas de tener al menos un poco de fuerza para levantarse y darle una buena paliza a ése tipo -- Vamos allá a buscar generadores de repuesto para la Fábrica de Alimentos de Venado City.

-- Pero vienen...

-- ¡Ya está bueno! -- la voz de la joven dejó de ser suave y tomó el mismo timbre admonitorio que

utilizaba su padre -- ¡Basta papá! Está claro que éste pobre hombre no te miente. Vete de aquí y no molestes más a mis pacientes.

El anciano refunfuñó, pero sus quejas pronto se escucharon a mayor distancia.

Aunque Mora ahora no la veía, supo que estaba ahí.

-- Se que ustedes son de los buenos. Compartieron su comida con mi hermano Camilo.

-- Fue apenas una barrita...

-- En la escuela, cuando había escuela, nos enseñaron que los españoles se dieron los grandes aires cuando regalaron espejitos de colores a los nativos a cambio de su oro.

-- No soy español...

-- Shh.. Ahora descanse. -- Mora sintió una caricia en el hombro, que a pesar de que la piel le ardió le gustó -- A partir de mañana se sentirá mejor.

A la mañana siguiente el sarpullido seguía, pero ya no ardía y los dolores musculares habían remitido. Desde la cama hecha con juncos observó a Sánchez y a Kaijou y agradeció el no contar con un espejo para verse el rostro. Con lo que veía en las facciones de los otros le bastaba.

Decidió levantarse temprano y dejar sus compañeros durmiendo. Miró el lugar y se encontró con que una choza construida con palo a pique y techada con ramas de pino entrelazadas lo había cobijado durante la noche. Creyó haber retrocedido mil años al pasado.

-- ¿Cómo se siente hoy? -- reconoció la voz suave y agradable. -- Mi nombre es Freida.

Una mano pequeña, morena y cálida fue tendida por una joven de largo cabello negro recogido con una coleta y brillante sonrisa. Los ojos grandes y prístinos eran tan negros como los de su padre.

-- Me siento como si me hubieran dado una paliza, -- le agarró la mano extendida -- a propósito, mi nombre es Rodrigo. Rodrigo Mora.

-- Mucho gusto. Su estado físico se debe al contacto con ácido fórmico, que es la forma de defensa que tiene toda planta urticante. Con un crecimiento normal, el simple roce con una hoja le produce escozor. -- Freida señaló todo el bosque de maleza que rodeaba al pueblo -- Con una explosión vegetal como ésta, el simple picor se vio multiplicado en su efecto.

-- Malditos pastos.

-- No diga eso. La misma planta que lo atacó con su ácido, es la misma que lo está devolviendo a su

estado normal. La raíz de ortiga es muy rica en taninos, una sustancia con la que hice el unguento que alivia la picazón y relaja los músculos.

Caminaron por el pueblo o más bien dicho el re-junte de casas y chozas que era Pérez, un pueblo cercano al río Paraná y distante a treinta kilómetros de Victory.

-- ¿Cómo sabe tanto?

-- Estudié Bio-Química en Victory y a la vez me gustan las plantas. Creo que lo heredé de mi madre. -- un velo de tristeza pasó por delante de sus pupilas -- Mi esposo era ingeniero-farmacéutico en la Fábrica de Alimentos de Victory y con él algo tan bien aprendí sobre medicina.

-- Lo siento.

-- Increíblemente no murió por los insectos, ni los vegetales. Fue un accidente laboral, lo atropelló una nave de carga que partía a la Luna.

De allí en más la conversación se estancó y ninguno de los dos habló hasta que llegaron a un solar donde se veía poca maleza y una decena de personas cavando con pala la negra tierra húmeda.

-- ¿Qué tal señor?

Era Camilo quien lo saludó desde una de las cunetas donde estaban desenterrando y recogiendo

papas. Le mostró una grande como un melón.

-- ¿Tiene una de esas barritas?

-- Dijiste que eran horribles. -- contestó Mora --

Lo siento, pero me sacaron todo.

-- Y se lo devolveremos esta misma tarde cuando usted y sus amigos se vayan. -- la voz pastosa y

enojada de la noche anterior fue quien respondió.

El anciano del candil iba vestido con ropa de campo y hasta una boina vasca. Empujaba una carretilla construida con la coraza de un androide.

-- Veo que tiene todo organizado aquí. -- trató de formalizar el teniente.

-- Mi abuelo siempre decía que las Fábricas de Alimentos Sintéticos algún día desaparecerían.

¡¿Cuánta razón tenía?! -- el viejo negó con la cabeza -- Ni bien empezó todo esto me acordé de él y revolví los viejos estantes. Por suerte no había tirado los libros al incinerador y sí, allí estaban.

Los libros de cocina de la abuela Petronilla, nuestra nueva Biblia.

Con gesto majestuoso señaló a los obreros con las manos cubiertas de barro extrayendo papas y camotes de la tierra.

-- Plantamos nuestra propia comida, la vemos crecer, la cocinamos y la comemos.

Mora estuvo a punto de preguntar como veía cre-

cer una papa enterrada, pero decidió callarse la boca.

-- Somos autosuficientes. -- señaló con orgullo Freida haciéndole señas para que le siguiera la corriente a su padre -- Además sembramos zapallos, tomates, repollos, calazabas, sandías y más. Algunos de esos frutos también nos dan cobijo o herramientas, como por ejemplo las vainas de las chuchas.

-- ¿Qué hacen con ellas?

-- Botes.

Siguieron caminando, esta vez con la presencia del padre de Freida que resultó en llamarse Donato y había trabajado como apicultor en sus años mozos. Mora se enteró porque la hija se lo dijo. Llegaron a otro solar donde había un corral levantado con palos a pique.

-- ¿Tienen insectos?

-- Nuestras nuevas vacas. -- Donato acarició el lomo color acero de un bicho bolita del tamaño de un ternero holando -- Dícen que las verdaderas vacas se extinguieron.

Mora asintió.

-- Si y no. Aquí en la Tierra parece que si. Existe una reserva genética en la Luna y en Marte clonan vacas a partir de una original para las Fáabri-

cas de Alimentos.

Mora estudió al insecto que en esos momentos se alimentaba con trozos de hoja de repollo. Los siete pares de patas y la boca cubierta de pelos. Pero lo que más le llamaba la atención era el exoesqueleto que era capaz de desplegarse y enrollarse si se sentía amenazado.

Dio unos golpecitos en una de las placas.

-- Es duro.

-- Recubrimos los techos de las casas después que los matamos y usamos su carne.

-- ¿Y qué tal sabe? -- inquirió.

-- Su carne es parecida a la del pollo y al menos nadie se pelea por las patas. -- dijo Donato con un atisbo de buen humor que rápidamente ocultó --
La cocinamos en chapas de cinc con energía solar.

El viejo señaló una torre con un molino en la parte superior. Las aletas refractantes estaban hechos con capós de aluminio de automóviles de última generación.

-- En la gran ciudad matarían por un Mercedes de esos, aquí realmente cumplen una buena función. Producen energía y a la vez juntan agua de rocío.

-- Están bien organizados. -- se maravilló Mora --
¿De dónde viene toda esta gente?

-- De aquí mismo. No nos movimos. La selva llegó aquí y nos adaptamos a ella como ella a nosotros. -- contó Freida.

-- Exacto, y sin ninguna ingerencia de la Confederación, la Cruz del Sur o la República.

-- ¿Cómo se defienden de los insectos entonces? Fue Freida quien contestó.

-- Con plantas que los repelen.

-- Mi hija ha hecho un gran trabajo en ése sentido. Ella solita buscó y sembró plantas urticantes y carnívoras en todo los alrededores del pueblo. Esos malditos insectos come hombres ni se atreven por esta zona gracias al trabajo de mi hija.

-- No seas adulator papá. -- dijo Freida con una sonrisa de agradecimiento -- El vivir cerca de un panal de abejas también ayuda.

Dieron la vuelta y regresaron a la choza donde habían pasado la noche. Sánchez y Kaijou estaban sentados fuera encima de un zapallo naranja que podría contener a cinco personas de asentaderas anchas.

-- ¿Cómo están? -- preguntó Mora.

-- A juzgar por tu rostro mejor que tú. -- contestó Sánchez.

-- Pues espera a verte en el espejo.

Los tres soldados tenían el rostro cubierto de gra-

nitos tipo acné que brillaban de pus.

-- Esta noche les pongo crema y se les pasará. --
ofreció Freida -- Imaginen que volvieron a la adolescencia.

-- Eso no podrá ser, querida hija. -- el tono de Donato volvió a endurecerse -- Si pueden caminar, pueden irse.

-- Se irán mañana, deben recuperar fuerza. -- insistió -- La comida de esta noche será en su honor.

Esa noche se reunieron en casa de Freida, ubicada junto a la iglesia principal del pueblo. Como casi todas las casas de material, se mantenía en pie ayudada por una cantidad y variedad impresionante de raíces y enredaderas. El techo estaba cubierto con ramas de pino y con una cantidad incontable de exo-esqueletos de bichos bolita u oniscidea, como había dicho Freida que en realidad se llamaban.

La aparición de forasteros hizo que algunas familias de Pérez fueran invitadas a conocerlos y a curiosear más que todo, en cómo estaban las cosas fuera del bosque.

Mora, Sánchez y Kaijou fueron acribillados a preguntas antes del primer plato.

-- ¿Todavía transmite Mega-Tv?

-- Siempre. -- Mora comió un trozo de tomate que tenía en el plato -- Mudó sus estudios a la base Félix Baumgartner y envía sondas especiales de reporte para informar a sus teleaudientes.

-- ¿Cómo ha salido River en estos últimos partidos? -- preguntó Camilo, quien era el que llevaba la voz cantante en el interrogatorio comunal ante la ausencia de Freida en el comedor.

Le tocó el turno a Sánchez contestar.

-- El campeonato de fútbol se suspendió hace dos años y medio casi. -- entrecerró los ojos y miró sonriente a Mora -- Según las malas lenguas lo hicieron por que Boca peligraba con el descenso de categoría.

-- Ya les va a tocar a ustedes.

Pero Sánchez ya no le prestaba atención a su teniente.

-- ¿Qué es esto? -- clavado en su tenedor un trozo de algo verde.

-- Langosta cruda, muy nutritiva. -- alentó el anciano.

-- No pienso comerla ni aunque me paguen.

-- Su oficial al mando acaba de mandarse una oruga roja cortada en rebanadas y no se ha quejado. Camilo soltó una carcajada.

-- Papá -- retó Freida quien venía de la cocina con una bandeja rebosante de carnes.

-- No hay problema. -- Mora se mandó al buche otro trozo de lo que creía era tomate y en realidad era una oruga salteada con albahaca.

-- Se me fue el hambre.

-- Come Sánchez, lo precisaremos.

-- Pero...

-- Es una orden. -- cortó la discusión el teniente.

-- ¡Deja de hacer sufrir a esos pobres muchachos y dale una buena tajada de tu mortadela!

-- ¿Mortadela? -- prestó atención Mora -- ¿Tienen caballos?

Silencio.

-- Siempre dije que mi hija era buena para todo, pero tiene el «estómago resfriado».

Uno de los pobladores de Pérez, un tal Remigio Santos trajo una fuente rebosante de mortadela cortada en cubos, en fetas, salchichas, papas fritas, pan de trigo, pejerrey, orilleros marinados y granos de maíz cocido.

-- Tienen que ver lo altas que salen las mazorcas de maíz. -- comentó Camilo.

-- Coman esto, malditos forasteros y díganme si alguna vez cualquier Fábrica de Alimentos de las que hay en el mundo preparó comida tan rica.

Los tres estuvieron de acuerdo con eso y lo demostraron dejando la fuente vacía. La comida era muy sabrosa y no tenía el gusto metalizado que le daba el software de preparación que le programaba cada Fábrica.

-- Y ahora, los postres. -- anunció Donato como si fuera un maitre del mejor restaurant francés. El destilado de camote con alcohol que bebía lo iba poniendo cada vez más contemporizador.

El postre era fruta silvestre.

Mora muy pocas veces había probado comida natural. Dulces moras, jugosas mandarinas y apetitosos higos. En su vida adulta estaba seguro de que nunca. Acostumbrado a las raciones «C» del ejército y a las vitaminas fuertes en calcio que le daban cuando viajaba a Marte, además de que los postres en Venado City eran un helado de insípido sabor cremoso, el probar aquellos frutos le provocaron una explosión de sabores en las boca.

Agradecidos de mil maneras se fueron a dormir.

Pero la noche fue corta. Despertaron antes de que saliera el sol. La jornada prometía ser larga y Mora quería aprovechar cada minuto para llegar a la Fábrica, encontrar los generadores y desarmarlos. Al salir de la choza ya los esperaba Remigio Santos, el mismo de la cena en casa de Donato, con

Freida.

-- Remigio es dueño de una lancha y conoce un canal de desagote que desemboca en aguas del Paraná.

-- ¿No será mucha molestia? -- dijo Mora -- Ya estamos bien, podemos ir a pie.

-- Insisto. Remigio y yo vivimos en Victory y conocemos la Fábrica de Alimentos de punta a punta.

-- Nosotros tenemos planos de la Fábrica.

-- El papel nunca lo dice todo. -- Freida miró en dirección a la casa de su padre, ubicada detrás de un enorme gramón -- Debemos irnos ya para regresar por la noche.

-- Okey.

La lancha de Santos tenía motor fuera de borda y suficiente espacio para subir tres vainas de chanchas apiladas que vistas así le daban el aspecto de un kayak.

El canal tenía unos cinco metros de ancho, tres o cuatro en parte como mínimo, y estaba oculto por una densa vegetación.

-- En éste canal trabajaron mis ancestros hace más de cuatrocientos años. ¿Sabe? -- explicó Remigio -- Era profesor de historia antes de todo esto y me gusta conocer las vidas de mis antepasa-

dos. Éste canal por ejemplo lo hicieron para evitar las inundaciones en las zonas bajas como Melincué o Venado City.

El curso del agua apenas se movía y la lancha avanzó con un rumor sordo que apenas despertaba sospecha en los insectos. Lo comprobaron al pasar junto a un batallón de hormigas obreras que bebían agua de la orilla y apenas les prestaron atención.

-- No reaccionan por que la reina hormiga no nos ve ni percibe nuestra presencia. -- explicó Freida -- Y ya que hablan de antepasados, no se olviden que las abejas y las hormigas tienen un origen en común.

Volvieron a quedar en silencio.

Sobre los lomos color óxido del centenar de hormigas reunidas para beber, se veían animales muertos.

-- ¿Se pesca algo? -- preguntó aburrido Sánchez al ver las cañas de pescar dobladas que llevaba Remigio debajo de su asiento en el timón.

-- Cuando no hay insectos cerca los pejerreyes salen en el canal. Ya en el río te puede picar el anzuelo algún dorado o un surubí. Pero como te dije antes, no tienen que haber insectos cerca.

-- Cabe decir que la pesca con mosca no funcio-

na. -- se hizo el chistoso el soldado.

-- Oí que sirven como carnada para el tiburón. --
le siguió la corriente Remigio.

Por primera vez en mucho tiempo rieron con ganas.

Llegaron al ancho cauce del Paraná cuando el sol debía de estar despuntando en el horizonte. No lo vieron porque un gran banco de neblina atravesaba el río y los envolvió con una opacidad blanca.

-- El GPS dice que estamos unos diez kilómetros al sur del puente suspendido de Victory. El de la mantis. -- dijo Sánchez -- ¿Se acuerda, teniente?

-- ¿Cómo olvidarlo?

-- Vi por Mega-Tv lo que hicieron a ése pobre bicho.

El comentario de Freida agradó a Mora. Al fin alguien pensaba como él. El tamaño de los insectos se debía únicamente al accionar del hombre. Después de todo los únicos culpables de todo aquél desastre era la raza humana.

Y encima de todo ellos tenían que pagar los platos rotos. Kaijou por ejemplo, había expresado su pensamiento en voz alta, se había rebelado ante lo evidente y por eso estaba allí, muerto de frío y de miedo en el medio de la nada blanca.

Tuvo un momento de pensamientos furibundos y

se dijo que renunciaría al ejército y por ende a Mega-Corp ni bien regresara a Venado City.

Revisó las armas de todos. Le gustaba saber que quien lo cubriría tendría las armas listas y dispuestas. Pensó en dejar el morral con granadas. Harían bulo y le agregarían peso.

-- Mejor las llevo. -- murmuró. No estaría demás tener algo de apoyo.

Desataron las vainas. Mora tarde se dio cuenta de que había cuatro vaina-botes en lugar de tres.

-- Hasta aquí está bien. -- comentó Mora cuando echó su vaina a la corriente del río.

-- Se perderán si no los acompaño.

-- Tenemos GPS, señora. -- dijo Sánchez.

Freida algo refunfuñó y comenzó a desatar la vaina-bote que quedaba. Mora sacó la pistola y le metió tres tiros a la parte curvada de la dura hoja.

-- Esperen aquí mientras pasamos a la otra orilla. Si al llegar la noche no regresamos, pueden irse.

-- Nos iremos cuando queramos. -- murmuró Freida sin mirarle.

Echaron a remar. Al principio desparejos y desordenados, sin poder formar una fila india. Remada a remada fueron ganando experiencia y lograron formarse con Kaijou en el centro.

A pesar del desquebrajamiento y destrucción de

las represas de Yaciretá e Itaipú río arriba, las aguas del Paraná no se habían extendido demasiado y la corriente era tan tranquila, que no les costó demasiado esfuerzo atravesarlo.

-- Según el GPS vamos bien. -- anunció Sánchez, quien se mantenía a la vanguardia -- Estamos a la mitad del recorrido. faltaran unos mil doscientos, mil trescientos metros.

Empezaron a toparse con grandes camalotes que salían de la nada de la bruma. Primero solitarios y pequeños, y después con grandes formaciones de plantas acuáticas. Uno de ellos traía una gorda serpiente enroscada en su interior, lo que causó que Mora pegara un grito de susto cuando estaba alejando al super-camalote.

Hacía frío y las ropas de fajina debajo de la armadura STEALTH comenzaron a empaparse con el rocío de la niebla y con el agua de río que echaba Kaijou con cada golpe de pala que daba en el Paraná.

-- Lo siento, Rodrigo, pero no doy más. ¿Falta mucho?

-- Setecientos metros. -- anunció Sánchez.

El avance se hizo más lento al entrar en un campo de totoras y juncos, justo cuando la cortina de niebla se llenó de un olor a humo y quemazón.

Mora hundió el remo y logró tocar el fondo. Convencido, saltó al agua, la cual le llegaba al pecho. Los altos pajonales los cubrían por completo. Por un momento la tonalidad de las nubes bajas tomó un tono brillante y por una hendidura se filtró un ojo ciclópeo de luz que dio en el delta del río y en una construcción cercana a la orilla. Lo que lograron ver los llenó de asombro. -- Jamás pensé que vería algo como eso. La colmena colgaba alta en el cielo, sostenida por unas patas, Mora contó cinco, que se apoyaban sobre diferentes partes de un estadio de fútbol. Debía de elevarse unos cien metros sobre el nivel del suelo y era de un color amarillo arena. Las pirámides de Egipto y cualquiera de las otras seis maravillas modernas de la arquitectura, palidecían ante la complejidad, el entramado y la perfecta sincronización de celdillas de cera que conformaban un panal de abejas de circunferencia perfecta. Mora se colocó las gafas de visión mejorada y las utilizó como binoculares. Las chimeneas y tuberías de la Fábrica de Alimentos Sintéticos estaban justo detrás del complejo deportivo. A los costados, entre la bruma y el humo gris del fuego reciente pudo ver las achicharradas cons-

trucciones que se elevaban como esqueletos suplicantes en medio de la destrucción. El incendio descontrolado que batió la zona había quemado hasta los cimientos las mayorías de las casas y sólo se habían salvado las instituciones del estado construidas por Mega-Corp.

De las cenizas del incendio había surgido la vida. Y prueba de ello era la colonia de abejas que había tomado posesión del lugar.

-- Siempre con suerte. -- resopló Mora irónicamente mientras se sacaba las gafas -- Esta es la situación. El satélite espía vio bien las cosas, sólo le faltó un pequeño detalle.

-- Eso que tenemos encima del estadio. -- dijo Sánchez en referencia a la colmena.

-- Exacto. Ahora la pregunta que yo me hago es...¿Podemos rodearlo?

-- Quedaríamos al descubierto. -- expresó su opinión Sánchez -- El fuego arrasó con todo lo que se puso a su paso. A campo abierto seríamos presa fácil de las abejas.

-- Sólo algunas abejas tienen buena visión. -- indicó Mora -- ¿Qué opina de eso doctor Kaijou?

Los dos militares miraron inquisitivos al científico que ni siquiera dijo esta boca es mía.

-- Probemos. -- se contestó solo Mora.

-- Lo felicito teniente por ofrecerse.-- dijo Sánchez de inmediato -- Hablaremos de su valor en las reuniones de consorcio en Venado City.

-- Ya fui y todo. -- Mora volvió a colocarse las gafas. El humo mezclado con la niebla evitaba ver con claridad que era lo que hacían las abejas. Pero que estaban justo enfrente, estaban -- Iremos por el centro.

-- Eso estaba por recomendarles. -- la voz de Freida les llegó en algún punto detrás suyo y los hizo asustarse bastante.

Al cabo de unos segundos emergió la punta de un vaina-bote.

-- ¿Qué pasó con lo que dije de quedarse?

La mujer pasó por alto la pregunta.

-- Tienen que cuidarse de no ser vistos por las abejas obreras. -- advirtió Freida sin mirar a Mora

-- Son las de mejor visión ya que son las recolectoras del alimento con el que producen la miel.

-- ¿De dónde sacó la hoja? ¿O mejor dicho el bote? O lo que sea...

-- Vivimos en un mundo cubierto de vegetación.

¿Qué cree? -- Freida adoptó un aire de superioridad -- No tuve que andar mucho para encontrar un algarrobo y cortar las vainas.

-- ¿Y qué pasó con Remigio? -- preguntó Sán-

chez.

-- Se durmió y a mí no me gusta ni la pesca ni dormir la siesta a cualquier hora.

-- Jóvenes tercos, su padre tiene razón. -- se quejó Mora, dándole vuelta la cara.

-- ¿Joven? ¿Cuántos años cree que tengo?

-- Lo que yo crea no es asunto suyo.

-- He venido aquí durante quince años de mi vida mientras mi esposo vivía, conozco la zona y el interior de la fábrica y no voy a dejar que un par de paparulos imberbes arruinen una de nuestras fuentes de alimento.

-- ¿La fábrica?

-- La colmena. -- la mujer señaló el globo de cera gigante -- Gracias a ellas tenemos miel para recoger y no dejan acercarse a otras alimañas peores, como los científicos de Mega-Corp. -- Freida asintió con orgullo -- Fue una buena idea de mi padre.

El comentario prendió una lamparita en la mente de Mora.

-- Su padre era apicultor...

-- Ya va entendiendo como viene la mano. -- contestó Freida -- Las soltó de la colmena que teníamos en casa cuando todo comenzó a irse al tacho. Y mire nada más.

-- ¿Y usted conoce mucho sobre su comportamiento?

-- Me crié entre cajas llenas de abejas de todo tipo. Melíferas, andrenas, abejorros...

-- Okey. Okey. Vendrá con nosotros pero le diré algo que le digo a todos los entrometidos que quieren seguirme. -- alzó un dedo admonitor -- No se meta delante de mi mira.

Mora echó a andar más caliente que una pava llena de agua hirviendo. Los demás lo siguieron por entre los juncos.

-- ¿Por casualidad conoce el interior del estadio?

-- preguntó Sánchez.

-- Odio el fútbol. Si algo bueno salió de todo esto es que terminaron los partidos a toda hora.

Se acercaron sin ser vistos ni detectados al playón de estacionamiento del estadio. El pasto había crecido por las juntas de brea del hormigón y había levantado el cemento. Corrieron encorvados a la sombra de los grandes gramones y las «colas de zorro» en dirección a la escalinata de «Acceso Platea Oeste» como rezaba el cartel que colgaba mecido por el viento a cincuenta metros de la cancha.

La construcción permitía un acceso rápido a las tribunas. El campo de juego había sido construido

unos treinta metros debajo del nivel del suelo. El verde césped de la cancha ya no existía como una alfombrada y perfecta superficie. Las malas hierbas habían invadido el terreno y crecía hasta una altura que ocultaba los arcos y se extendían hasta la bandeja inferior donde estaban los palcos y las plateas.

Y con semejante marco, eso no era lo más asombroso. Ver el panal de abejas desde abajo y oír el zumbido continuo de ochenta mil abejas del tamaño de un hombre, ir y venir sin chocarse, era sorprendente.

-- Será mejor andarse con cuidado.

Con las gafas de visión mejorada, Mora recorrió las tribunas de los alrededores.

-- Los palcos deben de llevar a un sector interno. Tal vez allí el paso sea más accesible.

Se internaron en la densa vegetación que crecía enmarañada con las desvencijadas y descoloridas butacas, mudas testigos del cambio producido dentro del estadio.

Lograron acercarse a la antigua baranda que separaba las localidades del campo de juego. Magullados y cubiertos de pinchaduras y raspones. Afe-

rrados a la baranda continuaron caminando hacia el sector de la derecha, a menos de veinte metros estaba una de las puertas de los primeros palcos. Allí no había butacas ni escalones escondidos entre la maleza que dificultaran el paso.

-- En mi vida pensé que lograría entrar a un palco VIP. -- bromeó Sánchez alzando la voz para hacerse oír por encima del ensordecedor zumbido. La puerta de un azul descascarado se encontraba atrancada. Cerrada con llave y pegada por el herrumbre por los lados, la puerta resistió los primeros embates.

Hizo falta varios golpes con las culatas de los duros FAR-91 para abrir un espacio suficiente en el que se pudiera pasar de costado.

El olor a humedad concentrada los recibió apenas traspasaron la abertura. Mora encendió la linterna de neón y con ella iluminó el pasillo interno que rodeaba parte de la cancha, debajo de las tribunas. El estuco de las paredes presentaba manchas de humedad y hasta verdín en algunos lugares. También se divisaban anchas rajaduras y baldosas levantadas, pero por lo que se veía no había presencia de malezas o raíces.

No había que decir más. Encararon el pasillo.

-- Detrás de mi, Sánchez.

-- Voy a retaguardia.

Mora, Kaijou, Freida y Sánchez se internaron en la oscuridad del pasillo.

Recorrieron con cierta tranquilidad el lugar. Sus pasos, aunque silenciosos y tapados por la armadura STEALTH, despertaban sordos ecos y rompían con la monotonía del silencio.

Se toparon con una buena cantidad de puertas abiertas de par en par que conducían a los baños, a mantenimiento, a la cafetería, confitería y finalmente a los vestuarios. En cada uno de esos cuartos entraron y no encontraron nada que sirviera.

Todo presentaba un estado de total abandono.

-- Aquí se termina la comodidad. -- dijo Mora, señalando con el fusil el cartel que rezaba «Campo de Juego».

Sánchez fue el primero que pisó los escalones ascendentes.

-- Siempre quise sentirme un jugador de fútbol.

-- Sácate el gusto de salir a la cancha. -- ironizó Mora -- Tú eres el capitán.

Subieron los peldaños de hormigón paso a paso. Apoyando bien la suela de las botas y cuidándose de no hacer demasiado ruido. Hasta el momento la armadura anti-sonido había funcionado a la perfección, teniendo en cuenta que la reacción de

los insectos había sido inalterable.

A medida que ascendían el zumbido de las abejas creció en los oídos hasta asemejarse levemente al clamor del público. La luz proporcionada por la abertura al final del túnel, les dejó entrever lo que les esperaba fuera. Saldrían debajo del mismísimo panal, en medio del multitudinario enjambre.

Cuando lo hicieron, se tomaron un buen tiempo para volver a regocijarse con su vista.

-- ¡Es hermoso! -- dijo Freida.

-- Así es. -- certificó Mora, y por primera vez sus miradas confluyeron.

Ambos sonreían cuando escucharon el golpe. Fue sordo y seco.

-- ¿Qué sucede?

Mora miró hacia la salida Este, debajo de la tribuna popular donde estaba la salida y el camino libre para llegar a la Fábrica de Alimentos Sintéticos.

-- No lo sé, pero debemos seguir.

No alcanzaron a ponerse en marcha. Hubo otro golpe y otro más. Se percibió el cambio del zumbido en las abejas, era más agudo y vibraba. La perfecta combinación de vuelo del enjambre se conmovió.

Entonces lo vieron. La nube de humo desparra-

mándose desde la parte superior de la colmena y los impactos que se sucedieron. La cara oeste del panal empezó a presentar severos daños estructurales. Se abrieron grietas y secciones de celdas se desprendieron al vacío.

-- Misiles Cobra. -- advirtió Mora.

Los proyectiles seguían llegando disparados por los versátiles helicópteros. Un par de ellos aparecieron por encima de las gradas. El sonido de los rotores apenas se distinguía del bullicioso zumbido.

Hubo más explosiones y una grieta mayor que las otras culebreó de un polo al otro de la colmena, causando que se partiera al medio. Millones de litros de un líquido ambarino se desplomaron sobre lo que quedaba del estadio.

-- ¡Abajo!

La advertencia no llegó a tiempo. Los cuatro fueron golpeados por la ola de miel que cayó desde las alturas y los arrastró hasta la boca del túnel por la cual habían salido. Sánchez alcanzó a sostenerse de un pasamanos en el interior del túnel y sostuvo a los otros.

La miel era tan rica en glucosa que se pegaba a las paredes, al suelo y a los humanos. Pronto dejó de correr y a medida que caían más litros, estos se

iba pegando a la capas inferiores, dejándolos prácticamente inmóviles.

-- ¡No han logrado derribar el panal! -- anunció con un grito de orgullo Freida.

Mora la observó llena de engrudo amarillo de pies a cabeza con los ojos alzados hacia la colmena que se suspendía a duras penas de algunas de sus patas y derramando una cascada de miel de setenta metros de altura.

Ya poco le importaba el estado del panal sino que debían salir de allí y cumplir con la misión.

Pero ése no era el problema más cercano.

-- ¡Las abejas! ¡Vienen!

Seguramente el grito de Freida sin su armadura STEALTH las había alertado de la presencia de intrusos. En ése caso, ellos.

-- ¡Adentro! ¡Al túnel!

Mora y Sánchez empujaron a los otros al interior del túnel, el cual aún no se había llenado con tanta miel. Alzaron los FAR-91 y cubrieron la boca del túnel sin ver nada más que alas, peludos cuerpos negros moteados de amarillo y trozos de agujones. A todo eso se le sumaba un zumbido crepitante que amenazaba con convertirse en ensordecedor y que parecía decir ...¡Muerte al invasor!

-- ¡¿Cómo le decimos que no fuimos nosotros?! --

gritó Sánchez -- ¡Último cargador!

Mora metió tres tiros en la cabeza antenada de una abeja que rápidamente fue sustituida por otra que arrancó trozos de maleza con el aguijón.

Otros tres tiros y la abeja herida cayó.

-- ¡Ve dentro, Sánchez! Ya voy.

Esperó a que el cabo desapareciera por la abertura para seguirlo. No debía de quedarse sin balas ahí fuera. Vadeó con todas sus fuerzas disparando a diestra y siniestra hasta alcanzar el primer escalón. Juntó todas sus fuerzas para levantar el pie derecho del atolladero y logró pegar un salto, cayendo de cabeza en el interior del túnel.

Detrás suyo las abejas se amontonaron batiendo sus alas y tratando de meter patas y aguijones largos como una lanza dentro del orificio.

Mora se alzó pesadamente. Tenía los músculos endurecidos por la tensión y el pegote de miel lo obligaba a aplicar una fuerza cinco veces más de la necesaria para caminar. El pasillo delante se iba inundando lentamente con la melaza. Avanzó hasta alejarse lo suficiente del torbellino furioso de afuera.

Unos metros más adelante, Sánchez, Freida y Kaijou se habían detenido ante la relativa seguridad del vestuario y lo miraban a la cara como si él

tuviera todas las explicaciones del mundo.

-- ¿Por qué atacaron el panal? -- exigió una respuesta Freida.

-- No lo sé. Es obvio que lo han detectado y se han sentido amenazados.

-- Malditos idiotas. Usted y todos los hijos de mil putas que viven haciendo la guerra con otros. Han dejado a nuestro pueblo desprotegido.

Mora a medida que recuperaba fuerzas, más perdía la paciencia.

-- Le digo señora que no sé quién dio la orden. Sin duda no sabían que nosotros estábamos en camino y tampoco debían de saber de su cooperatividad con esos insectos.

-- Esos insectos como usted los llama nos han mantenido a salvo de otros insectos carroñeros y de chusma como usted y los suyos.

-- Váyase a la mierda. -- dijo entre dientes Mora.

-- Tranquilo teniente. -- Sánchez se interpuso y lo miró a los ojos. -- Estamos atascados teniente, es imposible seguir con la misión.

-- ¿Y volver con las manos vacías?

-- ...

-- No importa. A alguien se le pasó por alto esto. esos helicópteros tenían insignias de Mega-Corp y las cuatro estrellas de la Cruz del Sur.

-- ¿Qué significa?

-- Me juego la cabeza que fuimos utilizados.

-- ¡Hey! Voy a ser padre de familia, tendrían que haberme consultado.

Descansaron un momento más cuando notaron que la miel comenzó a subir hasta llegarles a sobrepasar las rodillas. El clima entre todos estaba tan tenso que se cortaba el aire con un cuchillo. Sánchez y Freida seguían quejándose a viva voz contra todo, mientras Mora y Kaijou encajaban más la situación y trataban de apechugar lo que se les venía.

Formando una cadena humana pudieron salir de los vestuarios y regresar al pasillo, donde allí la miel apenas le cubría los tobillos.

-- No puedo más. -- anunció el científico.

-- Acompaño la moción. -- agregó la mujer masajéandose las rodillas y boqueando en busca del aire perdido -- Mi padre tenía razón. Son todos una manga de hijos de puta.

-- Este hijo de puta la va a sacar de aquí. -- contestó el teniente sin mirarla.

Freida iba a responder pero Mora la interrumpió.

-- ¡Cinco minutos de descanso!

No pasaron ni sesenta segundos cuando el suelo del pasillo se levantó y quebró, arrojando baldo-

sas enteras por los aires. El estruendo que le siguió se asemejó al sonido de un iceberg al ser expelido por la tierra. Una cabeza cónica se abrió camino desde las profundidades.

-- Es una larva. -- indicó Freida -- Como no me di cuenta. Larvas de abeja. ¡El estadio es una enorme nursery!

-- ¡Shh...! ¡Silencio!

Con un brusco manotazo Mora le tapó la boca. La acción obviamente no le gustó nada a Freida que se debatió con furia y trató de morderle los dedos.

-- Quieta. Quieta. -- susurró Mora al oído.

El gusano sacó unos tres metros de su cuerpo fuera del orificio y comenzó a mover unos pelillos semejantes a cables en dirección a donde ellos se encontraban.

-- No puede vernos. -- susurró Mora -- No puede oírnos porque tenemos la armadura, en cambio a ti puede oírte, -- le retiró la mano de la boca y le tocó el pecho del lado del corazón -- y sentirte.

Freida entendió el gesto.

Los cablecillos que surgían de la corona de la cabeza puntiaguda se movían aleteando el aire y al parecer captaban las ondas de sonidos de los alrededores, aunque fueran mínimos. El corazón palpitante de la muchacha desde la perspectiva del

gusano era como oír el golpe del martillo contra un yunque.

Freida controló la respiración y trató de calmarse. El gusano a su vez comenzó a mover el cuerpo gordo y flácido en forma ondulante, agrandando de esta manera el hoyo por donde había salido. Era imposible saber cual era la extensión de la criatura.

Mora colocó el índice sobre la boca y lentamente desabrochó los cierres de la coraza STEALTH. Con sumo cuidado se la sacó y se la colocó en manos de Freida para que se la pusiera.

De inmediato las antenas-cables se agitaron excitadas y cambiaron de dirección, apuntando a Mora.

-- Está loco teniente.

Mora se señaló las hombreras y los cubre pantorrillas. Algo de eso tenía que cubrir sus sonidos. Luego señaló el frente y movió la cabeza, ordenando a Sánchez que avanzara.

-- Repito, está loco.

«No puede oírte», dijo con mímica y señaló la armadura -- «Ve».

-- Si. ¿Es una orden? -- preguntó Sánchez, anticipando la mímica de Mora. Dio un paso hacia la cercanía de la criatura -- Tendría que llevar uno

de estos a mi casa de mascota para hacer callar a mi señora.

Tuvo que volver a elevar bien alto las rodillas para sacar los pies de la miel rica en sacarina y fructosa. A pesar del ruido que provocaba cada paso, la figura de cono invertido del gusano-ciego continuaba ondulándose con sus cables extendidos hacia la silueta de Mora. Sánchez estaba tan cerca de la criatura que podía haberla acariciado, en lugar de eso, luchó con todas sus fuerzas con las náuseas. El aliento que despedían las fauces de la bestia cada vez que se abría era espantosamente similar a el olor a transpiración de los pies.

Rodeó sin contratiempos al gusano y se alejó hasta la entrada del pasillo, limpio de miel.

Fue el turno de Kaijou. El científico colocó el trasero contra la pared y trabajosamente fue caminando de costado. Resbaló un poco al llegar a la altura de la cornisa que se había formado con el hoyo que ocupaba el gusano-ciego. Éste ni siquiera se percató de la presencia cercana.

-- Funciona. -- Kaijou y alzó el pulgar -- Verdaderamente funciona.

No terminó de hablar cuando el gusano sacó unos metros más el cuerpo fuera del hoyo, tratando de reptar por el pasillo en dirección a Mora y Freida.

Las antenas cableadas se convulsionaban rabiosamente.

Kaijou terminó de pasar, con el corazón en la garganta.

-- Tu turno. -- susurró Mora, y sólo esas palabras provocaron un gorjeo de gozo en la criatura. Desde su boca se desprendió una saliva burbujeante. El balanceo del cuerpo aumentó de velocidad y comenzó a moverse de un lado a otro, barriendo en abanico lo que quedaba de las baldosas del pasillo.

-- No puedo.

«Es eso o eso» -- Mora apuntó con el dedo hacia el vestuario, cuya salida llevaba al campo de juego. A través de allí aún se oían a las furiosas abejas tratando de ingresar por la boca del túnel.

-- Vamos. -- alentó Mora y le dio un suave empujoncito.

Como habían hecho los otros dos, Freida decidió ir por el lado izquierdo del pasillo. Allí la cornisa que rodeaba el agujero perforado por el gusano ciego era más ancho. Tomó coraje y se acercó al gusano que iba de un lado al otro.

Freida frunció la nariz. El gusano se movía y dejaba vaharadas de olor rancio. Le costaba concentrarse. Esperó a que el gusano peinara la zona iz-

quiera y pasó por ella cuando se fue para la derecha. Apuró el paso y en ese momento uno de los cables ondulantes le rozó el hombro.

El gusano quedó inmóvil en el acto. Decidiendo si aquello que había tocado merecía su atención. Las antenas cableadas dejaron de moverse y giraron duras como si fueran una gran mano en dirección a Freida.

Todos pensaron que era el final.

-- ¡Hey! ¡Aquí! -- Mora tamborileó con las palmas de las manos la pared del lado derecho del pasillo -- ¡Escucha esto!

Y ocurrió lo peor. La criatura tembló de excitación de tal manera que todo lo que quedaba de cornisa se desprendió y fue a caer el agujero que el gusano ciego acababa de abandonar.

Mora no vio si Freida había logrado pasar. El cuerpo gomoso de la criatura ocupaba el espacio de todo el pasillo.

Y se le venía encima. Harto cansado de jugar al gato y al ratón, el gusano iba a por toda aquella comida ruidosa.

Mora vació lo que le quedaba de balas en el cargador inútilmente. Las balas rebotaron contra el cuerpo anillado sin perforarlo.

Solo quedaba una opción.

De uno de los bolsillos extrajo un racimo de granadas. Abrió el percutor de una de ellas y las alzó. En lo alto las hizo sonar como un sonajero y la sostuvo, mientras el gusano se le venía encima. Percibió el espantoso aliento justo antes de arrojar por el aire las granadas y saltar, saliéndose del camino.

El gusano fue por las granadas y las atrapó en el aire como si fuera un cachorro en busca de la pelota. La detonación cimbró el espacio cerrado y reventó a la criatura que se esparció por todos lados. Mora cayó de bruces sobre el río ámbar y al levantarse descubrió que encima del pegote de miel, estaba cubierto por los restos púrpura del gusano.

-- ¡Teniente! ¿Está bien?

Aturdido por la explosión apenas escuchó el llamado. Terriblemente cansado, Mora mostró el pulgar. A pesar de ello, los rostros sucios y desencajados de sus compañeros, mostraban preocupación.

Un nuevo problema se presentaba.

El agujero por donde había salido el gusano no era de gran circunferencia. Unos dos metros más o menos. Una distancia segura y fácil de saltar para alguien sin demasiado entrenamiento atlético.

Pero saltar dos metros en largo pisando sobre una alfombra de miel que te retenía era otra cosa.

Mora se dio cuenta de la situación y no cayó en la desesperación. Una salida de seguro encontraría. Por el momento lo que más le preocupaba era el permanente pitido, que dicho sea de paso, no le dejaba escuchar nada más.

Caminó hasta el borde del hoyo. Órganos color vino tinto de la criatura manchaban la negra tierra húmeda. No había ninguna saliente o raíz de la cual agarrarse para pasar al otro lado.

Giró sobre sí mismo y vio las puertas que tenía de su lado del pasillo. Tuvo una corazonada.

-- ¡Vayan afuera! ¡Sigan el camino hasta la playa de estacionamiento! -- gritó sin poder oírse.

Sánchez, Kaijou y Freida protegidos por la armadura no estaban tan aturdidos y escucharon perfectamente la orden.

-- ¡No vamos a abandonarlo!

-- ¡Nos encontramos fuera! -- sin decir más Mora pegó media vuelta y fue hacia la puerta que había visto. En su superficie de metal, un cartel indicador que decía «Confitería».

Esa parte del estadio tenía que tener una comunicación con el exterior. El lugar estaba a oscuras y no había nada malo, más allá del nauseabundo

aroma a comida podrida, que al lado de las cosas que estaba oliendo era como oler un manjar. Aunque los alimentos fueron sintéticos y resistieran más tiempo fuera de la cadena de frío, igualmente terminaban convirtiéndose en materia en descomposición.

Atravesó como pudo el desorden de sillas y mesas de plástico tumbadas y se metió detrás de la barra, donde una pequeña puerta vaivén lo depositaba en un almacén cuya puerta tenía un cartel que rezaba «Salida»

Otra vez tuvo que aporrearla a patadas y choques con el hombro hasta violentarla. Supo que la había abierto porque un sonoro timbre de más de doscientos decibeles atravesó su silbido continuo en la cabeza.

Logró salir fuera, sí, pero activando la alarma del sistema defensivo del estadio que seguía en funcionamiento.

El ulular de las sirenas alteró más aún el desordenado movimiento circular de las abejas sobre el panal derruido. El molesto sonido parecía provocado por esa pequeña y solitaria figura que corría por uno de los laterales del estadio.

Entre medio de autos carbonizados o simplemente abandonados Mora corría en dirección al acce-

so oeste.

Creyó sentir un golpe cerca, pero no le dio importancia.

Hubo otro, demasiado cerca. Giró el cuello a la derecha para ver como una enorme abeja obrera descendía en picada con el cuerpo amarillento convertido en una «U» invertida de manera que la punta del aguijón quedara hacia abajo y se asemejara al arpón de un pescador.

Y él era el bagre.

La abeja obrera se clavó en el techo de un deslizador Chevy y reventó los cristales. Otra más allá, por la izquierda alcanzó a rozarlo con las alas y penetró el pavimento cuando se inmoló.

No les importaba morir, defendían la colmena a costa de sus vidas.

Mora tuvo que acelerar el paso y correr sin detenerse, aunque sintiera ganas de vomitar hasta los pulmones. No le gustó la idea de verse ensartado en el medio del pecho por alguno de aquellos insectos fanáticos.

Llegó a la escalinata del acceso oeste y allí estaban los demás. Al verlo aparecer corriendo, supusieron lo peor y comenzaron a correr a pesar de encontrarse en un estado físico calamitoso. Las abejas no tardaron en aparecer, pero los grandes

juncos que crecían en la costanera los ocultaron rápidamente.

La vegetación que tantas veces habían criticado, esta vez les salvaba la vida.

Permanecieron acostados hasta que el sol se hundió por el oeste. El zumbido alterado de las abejas poco a poco volvió a ser monótono y coordinado.

Ya no revoloteaban enfurecidas, sino que se congregaban alrededor del panal partido al medio.

Parecían estar más preocupadas en reparar la colmena que en cazar presuntos culpables.

En un momento de la tarde, mientras se sacaban con paciencia el pegote de miel que tenían por todo el cuerpo, Sánchez preguntó.

-- ¿Qué fue todo esto?

-- No lo sé, pero de seguro en Venado City encontraremos las respuestas.

El tiempo que yacieron escondidos les permitió descansar, aflojar los músculos y recuperar fuerzas.

Aunque no encontraron las vaina- botes originales, hallaron otras y bajo la supervisión de Freida construyeron remos con palos y espigados juncos que ataron en un reborde.

Media hora después, cuando el sol se hundía en el

horizonte, se animaron a cruzar el Paraná. Realizaron la travesía en silencio. Estaban muy cansados y nadie estaba de humor para hablar. Hasta el mismísimo Sánchez que siempre tenía una palabra para todo, se hallaba ensimismado.

Encontraron a Remigio Santos y la lancha sin demora. El profesor de historia no tuvo mejor idea que esperarlos con pescado asado.

-- Los preparé con el calor del motor. -- explicó orgulloso -- Pensé que si estaban muertos de hambre, el aroma a pescado los traería hasta aquí.

Y lo hizo.

Comieron hasta las espigas.

Era noche cerrada ya al regresar por el canal que los conectaba con Pérez. Lo hicieron sin contratiempos, aunque el día no había terminado.

-- ¿Huelen eso?

-- Parece humo. ¿Será de Victory?

-- No puede ser. -- negó rotundamente Remigio -- El viento no ha cambiado de dirección desde esta mañana. Es imposible que el humo venga de Victory.

-- ¡Miren!

Fue Freida la que vio la columna de humo gris plomo primero y luego el fuego danzando sobre los techos de ramas de las casas de Pérez.

Tuvieron que agarrarla para que no saltara al agua allí mismo. Así mismo Remigio aceleró la lancha a toda potencia, sin importarle el ruido que haría. Al poner un pie en la orilla notaron a los pueblerinos ir y venir cargados con baldes desde el molino que recogía el agua del canal y el rocío.

-- ¡Oh Dios mío! -- sollozó Freida al reconocer a su padre entre los improvisados bomberos.

-- Freida, hijita querida. Pensé que habías muerto. Donato dejó caer los baldes que transportaba y abrazó a su hija. Se lo notaba sucio de hollín y llevaba una vendaje mugriento que le cubría la frente.

La escena de reencuentro familiar duró poco. Donato vio a Mora y los suyos.

-- ¡Y ustedes espero que estén contentos! Malditos hijos de puta. ¡Mal nacidos! Espero que hayan logrado lo que querían, a nosotros ya nos arruinaron todo.

-- ¿Qué es lo que podemos hacer?

-- ¡Irse!

Varios de los pobladores que oyeron el altercado se acercaron al grupo, dejaron sus baldes y más de uno se hizo de cuchillos y palas para golpear a los hombres de la Cruz del Sur.

-- ¡Hay que lincharlos!

-- ¡Hagámonos respetar!

-- ¡Demos un mensaje de que con nosotros no se jode!

Gritos como esos se escucharon mientras el círculo sobre los tres forasteros se iba cerrando. Sánchez acarició el cuchillo aserrado. Mora alzó una mano para que no se apurara.

-- ¡Alto!

Fue el grito de Freida el que detuvo el apaleamiento.

-- Estos hombres no son culpables de nada, -- miró directamente a los ojos de Mora -- a no ser de ser utilizados como soldaditos de juguete en guerras que otros ganan. No han hecho nada diferente a lo que hubieran hecho alguno de ustedes si estaban en ése bando.

El rostro de Freida se relajó momentáneamente.

-- Además, les debo la vida. Déjenlos partir, ellos estorbarán nuestro trabajo. -- miró a los pobladores -- ¡A apagar el fuego!

Con renovados bríos la gente de Pérez corrió a llenar los baldes y a arrojarlos sobre las casas.

Mora pensó en las abejas. Los humanos no eran muy diferentes. Luchaban, ganaban, perdían y al otro día se levantaban para volver a luchar aunque la vida les diera una bofetada.

Intentó buscar a Freida para agradecerle, pero ésta desapareció con el padre.

-- Mejor nos vamos, teniente.

Mora comprendió. Debía velar por sus hombres. Sánchez tenía familia y Kaijou. Bueno, sería una gran idea que se volviera a presentar frente a ése tal Dóncaster sólo para decirle que se vaya a la mierda.

Corrieron hacia los Coleópteros Osprey estacionados en una zona limpia de plantas. El mismo piloto que los había dejado cerca, los reconoció al verlos, pese a la cáscara de miel y roña que traían encima del uniforme.

-- ¡Me alegro de verlo, señor! -- aunque su gesto con la nariz decía lo contrario.

-- Le ordené que volviera a Melincué-ville.

-- Y lo hice, señor. Pero allí me ordenaron reagruparme para atacar la colmena que crecía junto a la Fábrica de Alimentos Sintéticos.

Mientras el piloto descargaba sus explicaciones, Mora observó a los otros tres helicópteros ligeros de combate estacionados cerca. Todos llevaban la gran «M» roja pintada sobre un círculo color plata.

Echó a andar hacia allá.

-- Destruimos el objetivo. -- continuó informando

el piloto -- Y la extracción de los generadores fue todo un éxito.

-- ¿Y qué pasó aquí? -- preguntó Mora acelerando el paso y cerrando los puños. Había un par de mercenarios reunidos cerca, junto a uno de los Coleópteros.

-- Los mercenarios se defendieron de las plantas carnívoras. Una de ellas le arrancó el brazo de cuajo a uno de ellos.

Los mercenarios contratados por mega-Corp eran tipos rudos. Con poca experiencia militar, pero experimentados apretadores. Llenos de tatuajes y esteróides. Preparados para actuar con superioridad sobre un enemigo más débil, no para soportar penurias.

Al llegar junto al grupo notó que rodeaban una camilla de evacuación médica ocupada. A juzgar por los espasmos violentos, el herido ingresaba en una crisis final que desencadenaría un paro cardíaco. Mora había visto miles de herida como esas y en la mayoría de los casos siempre terminaban igual.

Las ganas de fajarse a trompadas con alguno de ellos se le fueron al piso. Se acomodaron como pudieron en la carlinga de carga del Coleóptero. De repente un visitante inesperado arrojó sus bár-

tulos dentro de la aeronave. Se trataba de Remigio Santos.

-- Ya apagamos el fuego. -- respondió ante la mirada inquisitiva de los otros -- Me cansé de tanta planta y vida verde. Quiero volver a la civilización.

Nadie puso objeciones.

Se durmieron apenas el Coleóptero despegó en ascenso vertical del suelo de Pérez.

Repostaron en isla de los Flamencos, una media luna de tierra ubicada en el centro de la laguna de Melincué, cerca de Melincué-ville. Apostados junto a la estación de bombeo tuvieron que esperar unas cuantas horas a que un enjambre de grandes avispas se alejara.

Arribaron a Venado City la mañana del día siguiente en horas del medio día.

Mora llegó a casa. Puso el pulgar en la cerradura electrónica y la puerta se abrió de par en par. Necesitaba recibir caricias de Zahibi, escuchar la risa de Pablito y dormir. Sobre todo descansar.

Dentro de la cocina se topó con una escena cotidianamente familiar. Zahibi, su fiel esposa, limpiando con un aspersor el androide de mantenimiento integral. Pablito jugando en los brazos de su padre. A éste último lo reemplazaba Pablo

Melgar.

La situación no le gustó.

-- ¡Rodrigo!

-- ¡Monito! ¡Volviste!

-- ¡Papá!

-- Suelta a mi hijo.

Melgar tuvo que soltarlo, por que Pablito a sus seis años ya pateaba como una mula. Se deshizo de sus brazos y corrió a los de su padre.

-- ¡Te extrañé mucho, pá!

Mora abrazó y llenó de besos a Pablito. A pesar de la muestra de ternura, el odio que sentía dentro era muy grande y necesitaba salir.

-- Zahibi lleva a Pablito arriba.

-- No se puede, estamos refaccionando. -- explicó Zahibi cruzándose de brazos.

Melgar se acercó a Mora y le tendió la diestra.

Mora a su vez tendió la diestra, pero para tomarlo del cuello.

-- Me utilizaste. -- dijo entre dientes.

-- No hice nada que tú no hayas hecho. ¿Qué hiciste en Cydonia? -- replicó Melgar aguantando los dedos que se cerraban sobre el cuello -- Llamaste el fuego del enemigo a tu posición para que otros pudieran avanzar. En éste caso yo utilicé la misma estrategia y por lo que sé funcionó.

-- Me debiste de haber consultado... -- y con la mano izquierda le pegó un sopapo que estuvo a punto de hacerlo caer si Mora no lo hubiera tenido por el cuello.

-- ¡Rodrigo! -- sollozó Zahibi y alzó a Pablito -- Eres un animal. Pablo nos trajo créditos todos los días. No nos hizo faltar nada. -- lo defendió Zahibi -- Gracias a él, tenemos superávit en la tarjeta de la Fábrica de Alimentos. Jamás tuve que ir a hacer cola para comprar alimentos. ¡Y así le agradece!

-- No te preocupes Zahibi, Rodrigo está cansado y conmovido. Es normal reacciones así en hombres que vienen del frente. -- le quitó importancia Melgar.

Pablito comenzó a llorar y Zahibi decidió llevarlo fuera, sin siquiera dedicarles una mirada.

-- Si fueras el mismo de antes, ése golpe lo hubieras esquivado. -- dijo Mora, aún enojado.

-- Puede ser. -- Melgar se sonrió -- ¿Ya puedes soltarme? Te doy la razón. No te avisé. Pero la misión fue todo un éxito. Sólo un hombre murió, y era esa basura mercenaria que tanto odias.

La presión de los dedos en la garganta de Melgar fueron aflojándose y finalmente lo soltaron.

-- Además déjame ser el primero en darte la nove-

dad. Con éste trabajito los jefes de Mega-Corp ya reservaron un lugar para Zahibi y Pablito.

-- ¿Un lugar para qué? -- cansado Mora se sentó junto al frigobar y sacó una lata de Ice-Beer.

Melgar esperó a que le tendiera una lata, pero Mora ni siquiera se percató.

-- Lo que voy a contarte es súper secreto. -- Melgar se sentó bien enfrente y lo miró a la cara -- Estamos perdiendo la guerra con los insectos.

-- ¡Vaya novedad! -- dijo irónico Mora Se nota que ya no sales fuera.

-- Es cierto, no tengo tu experiencia. Pero por eso te necesito y tú me necesitas. Somos un equipo. Siempre lo fuimos.

Ambos se miraron. Mora bebió la helada cerveza. Realmente estaba muy cansado.

Melgar prosiguió.

-- Mega-Corp está construyendo varias lanzaderas en todo el planeta para sacar a sus operarios rumbo a la estación Baumgatner y a Marte.

-- Odio a Mega-Corp.

-- Lo sé. Yo también estoy empezando a odiarla.

-- dijo Melgar -- Se creen por que pagan mi sueldo pueden llamarte a cualquier hora y hacerte trabajar día tras día sin descanso. -- encogió los hombros -- Pero bueno, qué se le va a hacer. Aho-

ra estoy a cargo de transportar con la mayor reserva posible a todos los operarios de Mega-Corp a Córdoba, capital de la República Mediterránea.

-- Estoy cansado, no necesito una lección de geografía.

-- Lo sé, lo sé. -- Melgar bajó el volumen de voz y miró para ambos costados -- Tu misión en Victory acaba de pagar el pasaje de Pablito a Marte. Hablé con algunos supervisores de allá y por una buena suma de créditos los puedo meter a todos en el próximo despegue, haciéndolos pasar por asalariados de Mega-Corp. Ahora sólo faltan Zahibi y tú.

-- ¿Qué tengo que hacer para ganar créditos para el pasaje?

De repente la animosidad que sentía contra Melgar fue sustituida por un sentimiento de gratitud. El vecino, amigo y hermano de armas no podía haber cambiado tanto.

-- Hay un sitio cercano a la laguna de Melincué.

-- contó Melgar --¿Lo conoces?

Mora bebió cautelosamente el trago final de Ice-Beer.

-- Lo sobrevolamos ayer en el viaje de regreso. La laguna está el doble de grande que lo que recordaba.

-- ¿Y viste los hormigueros?

Mora asintió y Melgar continuó hablando.

--Hay uno que nos interesa. Lo hemos bautizado Monte Basement. Presta atención, te diré lo que debes hacer.

TERCERA PARTE

Sintió el golpeteo en la palma de la mano derecha. Era frío y líquido. Escuchó el sonido de la lluvia atravesada por un trueno. Eso lo despertó.

Abrió los párpados pesadamente. Las nubes pasaban raudas por el cielo y relampagueaba ininterrumpidamente. Yacía boca arriba. Tardó un momento en ubicarse. Los pedazos de tierra que se iban desgranando

y convirtiendo en barro encima suyo le dieron una pista de lo que había ocurrido. Recordó estar metido en el interior del hormiguero, la persecución del gusano-ciego y la bomba.

También recordó la traición.

Trató de incorporarse. El barro que se iba formando a medida que llovía, lo adhería al suelo. La lluvia se convirtió en un diluvio torrencial y comenzó a correr por las hendiduras hechas en la tierra. Empezó a tener miedo de ahogarse. No podía moverse. Tenía kilos y kilos de escombros de tierra sobre el pecho y las piernas.

El fuerte y abundante chaparrón a medida que formaba canales de agua en la tierra suelta, iba también ablandando los trozos de tierra que lo cubrían.

Pudo mover las piernas y eso fue un triunfo. Estaban allí y no había quedado parapléjico o cortado por la mitad. Pataleó y pataleó hasta que pudo liberar la cintura.

Pudo girar el cuerpo y eso le permitió flexionar los brazos. Hizo presión sobre el piso y con la espalda levantó el cascote de tierra que había pertenecido al destruido hormiguero.

Después de eso se desenterró con facilidad.

Emergió de su sepultura de tierra cubierto de lodo. Cualquiera que lo hubiera visto lo habría confundido con un difunto que volvía a la vida, y si supieran por lo que había pasado, pensarían realmente que había burlado a la muerte.

Se lavó bajo la lluvia. La tormenta con rasgos de ser tropical, violenta y breve, le quitó las costras de mugre. También dejó la zona encharcada y anegada, pero después de andar sobre un colchón de miel, esa dificultad no era tal.

Al despejarse las nubes negras y dejar paso al sol, Mora subió a un promontorio cercano con el dedo índice metido dentro

de la oreja. Buscaba comunicación con Venado City, pero todos sus intentos de llamada fueron vanos.

Observó hacia el sudoeste, donde en algún punto noventa kilómetros adentro de la interminable selva de maleza, se hallaba su hogar.

Para el otro lado. Mucho más cerca, se hallaba Melincué-ville y su laguna con el edificio de repostaje y el helipuerto.

Esa era la mejor solución y hacia allí se encaminó.

Los caminos construidos por las hormigas llegaban hasta los alrededores de la laguna. Ellas también necesitaban del precioso líquido dador de vida y con el millar de pasos que daban a diario formaban caminos mejores que cualquier moto-niveladora, además de encargarse de la deforestación de las banquinas.

Arribó a un sitio donde el camino se abría en una bifurcación. Percibió que algo an-

daba mal ya que intuyó que el sendero de la izquierda se dirigía directo al pequeño pueblo de veinte mil habitantes.

Trepó por la explanada del camino agarrándose de los duros pastos cortados a dentelladas por un batallón de hormigas. Junto al reborde del camino crecía un añejo árbol de paraíso. Se colgó y palanqueó de las ramas más gruesas hasta encontrar una posición cómoda en la cual atisbar el horizonte.

Lo primero que pensó fue que la cosa pintaba mal para Melincué-ville. Todos los caminos de hormigas confluían en la misma dirección, los debilitados muros de la ciudad.

Subió un poco más hasta encaramarse entre las ramas más frágiles. Haciendo equilibrio observó y aguzó el oído. El aire traía sonidos de tiros, alarmas y gritos. Creyó ver que hormigas negras y rojas trepaban la muralla, pero estaba demasiado lejos pa-

ra certificarlo.

Miró al sudeste. El espejo de agua brilló como una diadema de plata, atrayéndolo. Aunque no la veía, sabía que en el centro de la laguna se hallaba la base de repostaje para helicópteros.

Bajó del árbol de paraíso y no tuvo que pensarlo mucho. Tomó el camino de la derecha con el cuchillo entre las manos.

No tuvo que usarlo más que para cortar algunas ramas de espinos que al parecer a las hormigas no le apetecían.

Llegó a la orilla de la laguna de Melincué bien entrado el atardecer. Cayó de rodillas en su playa barrosa y bebió del agua clara de la superficie antes que se elevara la tierra suelta del fondo.

Volvió a mirar en dirección a la pequeña ciudad. Una columna de humo negro se elevaba hacia los cielos como un mal presagio.

A nivel del suelo no se escuchaba más que

el sonido del viento rizando la superficie de la laguna. Sabía que en el interior de la ciudad se debía de estar combatiendo a sangre y fuego.

Se sacó las botas y se las ató a la cintura. Aferró el cuchillo con los dientes y entró corriendo al agua. Estaba fría al igual que el aire, pero el ejercicio estilo crol lo hizo entrar en calor.

Cruzó a nado los dos mil cuatrocientos metros pensando en que de un momento a otro aparecería un insecto gigante de debajo de la superficie y se lo comería sin siquiera atragantarse. Con eso en mente llegó más rápido de lo que imaginaba a la playa de guijarros de la isla de los Flamencos.

Ya era de noche y una enorme luna iluminaba un lugar que desde el primer momento Mora pensó que estaba vacío.

No importaba.

Lo que necesitaba era una antena y un

equipo de comunicaciones medianamente sano.

Como bien había supuesto los dos edificios estaban vacíos al igual que la playa de carga. Es más, parecía haber sido abandonado a las apuradas. Había herramientas de mano, bidones con nafta y baterías de repuesto en los estantes del almacén ubicado en el edificio más bajo.

Se dirigió a la construcción más alta donde se encontraba la torre de control. Subió las escaleras con ansias, imaginando un resultado positivo en la empresa de llamar a casa.

El recinto no estaba cerrado y al ver un sticker de Mega-Corp pegado en la puerta cayó en la cuenta de que los empleados del helipuerto seguramente habían sido retirados por la corporación.

Al primer lugar al que se dirigió fue a la máquina con apariencia de horno eléctrico, que estaba conectada a la Fábricas de

Alimentos. El ejercicio le había despertado un hambre atroz. Tecleó su número de seguro y los últimos tres del documento. En la pantalla táctil del costado apareció el menú. Eligió carne asada con papa fritas.

-- «Su comida estará lista en sesenta segundos» -- anotició la voz pre grabada en el software.

Impaciente recorrió con la vista el diminuto compartimiento. El aparato de emisión/recepción lo ubicó justo al lado del único ventanal que daba a Melincué-ville. Se acercó y miró a través del vidrio la situación. Había visto bien. La ciudad era invadida por una marea de hormigas que trepaban como un ejército medieval los muros de la ciudad.

Más allá, en el centro del pueblo, mientras aún se combatía, un grupo de hormigas construía un nuevo hormiguero.

Nada podía hacer para ayudarlos.

El ruido del timbre lo sobresaltó. Era el indicador de que la comida estaba lista para ser retirada. Se sirvió la carne y las papas fritas en un plato de plástico que halló debajo y como no encontró cubiertos, empezó a comer con la mano.

Volvió junto a la ventana. Era suicida ir a la ciudad que estaba cayendo.

Dejó el plato a un costado y se concentró en los mandos de la antena parabólica. Logró hacerla girar de un lado a otro, gracias a la palanquilla de comando. La posicionó en las coordenadas donde se hallaba Venado City. Supo cuales eran exactamente por que las observó en el manual de navegación en donde aparecían las ciudades de la región.

Muchas de ellas habían ya dejado de existir.

Con las manos sucias de grasa de la carne de cerdo se metió los dedos en el canal auditivo y logró desengancharse el auricular.

Los expertos recomendaban hacerlo quirúrgicamente y no a los tirones, pero dada la situación, no había otra manera.

Con el móvil metido dentro de la cabeza tenía poca señal. Ahora con el auricular conectado a una potente antena capaz de transmitir en baja y alta frecuencia encontraría señal.

Buscó la forma de unirlo al software como si fuera un puerto USB. Halló las ranuras y conexiones pertinentes.

-- «Señal adquirida, Rodrigo Mora» -- dijo la voz computarizada de la telefónica -- «Tiene dos créditos para realizar la siguiente llamada».

Dos intentos eran mejor que uno, pensó optimista.

Probó con el número telefónico de casa y de inmediato la misma voz electrónica le contestó...

-- «El abonado no se encuentra disponible».

Se fue el primer crédito, quedaba el segundo. La última oportunidad.

Una corazonada le dijo que probara con el número de Melgar, ése mismo que llevaba en la oreja a todas partes.

Aguardó unos minutos. Volvió a mirar hacia Melincué-ville. Ya no había signos de resistencia dentro de sus muros. El fuego iniciado por la batalla se iba extendiendo hacia las zonas aledañas y no por eso las hormigas dejaron de construir. El hormiguero que ocupaba el centro de la plaza principal ya alcanzaba la envergadura de una casa de sesenta metros cuadrados y seguía creciendo.

Era hora de probar. Marcó el número que tantas veces había llamado para festejar buenos momentos.

Atendieron.

-- Melgar eres un traidor hijo de

Y colgaron.

La rabia se apoderó de Mora que aporreó

el sistema de comunicaciones hasta que le dolieron los manos. Exhaló el aire contenido en un largo suspiro. No había conseguido nada más que un dolor de oído que iba en aumento y alejarse unos kilómetros más de su hogar en Venado City.

-- «Ya cumplió su cuenta diaria de carbohidratos y grasas saturadas, por favor espere unas doce horas para volver a ingerir alimentos. Muchas gra....»

-- De qué mierda estás tan contenta, máquina idiota. -- se quejó Mora con la cabeza prácticamente metida dentro del hornillo. Embroncado golpeó las teclas con los dedos. Tecleó cinco veces más y sólo consiguió sacar una lata de sopa de gusto insulso.

La idea de llevarse provisiones para el camino quedaba trunca de entrada nomás.

La programación de la Fábrica de Alimentos Sintéticos cuidaba de la dieta de cada

uno de los contribuyentes.

«Mega-Corp vigila tu estómago» era uno de los antiguos slogans que aparecían en Mega-TV.

Amargado pasó la noche en la torre de control durmiendo sobre un par de sillas juntadas para formar un catre.

La luz del amanecer alumbró el nuevo hormiguero de unos cincuenta metros de altura, en medio de Melincué-ville. Los focos ígneos apenas eran volutas de humo y ya no se veían seres humanos por ningún lado.

Desayunó un café con leche y una gomosa medialuna.

Estiró la partida del helipuerto todo lo que pudo. Buscó y encontró algunas ropas, una camisa de un oficial y un bolso con un rompevientos impermeable.

Finalmente tuvo que salir del recinto y de la isla. Nadó hasta la orilla de la laguna sin mirar ni una sola vez las cómodas instala-

ciones que dejaba atrás.

Se vistió y miró las altas hierbas que se mecían con el viento matinal. Y tuvo que reconocer que nunca se había sentido tan solo.

Lo primero que hizo antes de internarse en la maleza fue mirar la posición del sol. Lo tenía a sus espaldas y para llegar a Venado City debía de mantenerlo allí y luego que lo pasase por su derecha cuando llegara el ocaso del día.

Al internarse a un mundo que le era desconocido, pensó en dar media vuelta y echar a nadar de regreso a la estación de repostaje donde esperaba la llegada milagrosa de algún grupo de humanos. Sabía que donde se estaba metiendo avanzaría a ciegas, dónde el polen y el polvillo de las plantas lo ahogarían, donde los rayos del sol no lo tocarían y dónde plantas e insectos eran los dueños del lugar.

Apretó los dientes y caminó hacia el oeste hasta que la maleza ocultó para siempre la visión de la laguna.

Los primeros días avanzó un kilómetro y medio y hasta dos, aprovechando los caminos de hormiga que encontraba y que se alejaban de Melincué-ville. Pero no todos iban en la dirección que Mora requería.

Más de una vez tuvo que volver sobre sus pasos, o trepar al terraplén y internarse nuevamente en la jungla de malezas.

Guiándose por las estrellas, las primeras noches calculaba los kilómetros recorridos. Pronto abandonó ése ejercicio mental y matemático. Los resultados de avance por el terreno agreste y selvático eran tan pobres que le sacaron las ganas de llevar un control.

Tras los primeros tres días de marcha el avance se hizo mucho más lento. La maleza se entretejía desde su nacimiento en la tierra y en tramos se hacía intransitable.

Muchas veces tenía que hacer grandes rodeos para superar una milenrama o un grámón que en pleno campo abierto crecían tan robustos que en vez de una pala de punta precisabas una topadora mecánica para sacarlos de raíz.

También perdía horas de caminar cuando aparecía o avistaba algún insecto por las cercanías, ya que se escondía hasta que desaparecían.

A pesar de eso no temía tanto a los insectos como al meterse en un campo de plantas urticantes sin darse cuenta. Hubiera deseado tener una pizca del conocimiento vegetal que tenía Freida para andar metido hasta arriba del cuello por allí.

A menudo pensaba en ella.

Cuando el sol se ponía detenía la marcha, generalmente debajo del tronco de un diente de león o de un trébol para cobijarse. Comenzaba pensando en Pablito y lo grande que estaría, luego en Zahibi como

su Penélope aguardando fielmente su arribo como tantas veces lo había hecho en el pasado, pero con el tiempo la imagen de su señora se trastocaba y emergía de entre la bruma de su conciencia el rostro de Freida.

El dormir pasó a ser una preocupación. Las noches de insomnio se debían no a un problema de estrés, que con semejante situación obviamente que lo tenía, sino al hecho de vigilar la cercanía de los mosquitos Vampyr. La nueva super raza de hematófagos era capaz de succionarte una buena cantidad de sangre sin que te dieras cuenta y a la mañana siguiente encontrarte en el más débil de los estados.

La falta de alimentos era otra cosa que lo mantenía cada vez más débil. Se cruzaba con diferentes plantas herbáceas que conocía como el hinojo, caléndulas, hongos, malvas. Pero otras que a lo mejor en su vida había pisoteado mil veces y que ahora

medían más de dos metros de altura y le costaba reconocerlas.

Arrancó un par de frutos semejantes a nueces de una planta de hinojo y siguió camino. Al poco rato de andar sentía la garganta seca. De una hoja combada de una especie que no supo reconocer bebió agua acumulada del rocío. Cómo su sabor le pareció rico bebió más. Finalmente cortó la hoja con las manos y se la mandó al buche. Era perejil y se sintió como tal cuando llegada la noche comenzó a tener calambres en el estómago.

Esa noche se durmió a pesar de oír el zumbido cercano de los mosquitos. Despertóse un montón de veces, siempre acalorado y con ganas de devolver y defecar.

Si un insecto no lo devoraba o mataba a picotazos, la disentería lo haría.

Vació el estómago un par de veces y tuvo una alarmante revelación. Si los insectos se guían por sus heces lo encontrarían.

Levantó sus escasas pertenencias y antes de salir el sol se puso en marcha.

Arrastraba los pies, no tenía fuerzas para seguir, aunque se iba agarrando de los tronquillos de saucos y romeros para no claudicar.

Cuando creyó que se había alejado lo suficiente se dejó caer.

No supo cuanto durmió. El manto negro de oscuridad había descendido sobre la selva cuando logró incorporarse. Le temblaban los brazos y sentía escalofríos, tenía aún el sabor amargo y ardoroso del vómito en las entrañas.

Pero estaba vivo y con ganas de andar.

Y lo peor de todo, con hambre otra vez.

Decidió que seguiría andando una vez amaneciera. Ahora comería algo y trataría de proporcionarse calor. Cambió de táctica en lo referente a procurarse alimentos y en vez de buscar frutos o flores que comer en las alturas, fue a la tierra y densenterró raí-

ces, semillas y tubérculos.

Reflexionó sobre el dicho matar o morir mientras le hincaba el diente a una enorme papa con tierra húmeda y todo. Pero otra no le quedaba.

Cerca halló un par de hojas secas largas y anchas como para cubrirlo y volvió a dormirse.

En los días subsiguientes se topó con varias manadas de bichos bolitas. Sabía por su experiencia en Pérez que su alimentación era bien básica y que devoraban las hierbas más sanas. Esperó a ver que yuyos comían y reservó el dato en su memoria.

Otros más alejados comían una planta aromática, que mucho después supo que era ruda, pero al acercarse los insectos se asustaron y se convirtieron en un ovillo infranqueable de exo-esqueletos.

Meditó sobre la posibilidad de matar uno y comerlo crudo. Después de todo había probado su carne en Pérez. Pero lo desestimó

de momento.

También rememoró con angustia, la matanza de dichos insectos por parte de los mercenarios de Mega-Corp en venganza al ataque sufrido por una planta carnívora.

Se topó con dicha planta carnívora pocos días después.

La descubrió por el chasquido. Estaba delante suyo a escasos tres metros. Crecía debajo de un helecho y a juzgar por las patas zancudas que sobresalían de sus dientes espinados, terminaba de comerse un mosquito vampyr.

Eso le dio una idea clara de cómo podía alejar a los vampyr y dormir una noche entera de una buena vez.

Despacio sacó el cuchillo aserrado. Le resultó extraño enfrentarse a una planta.

¿Dónde tenía los ojos? ¿En que parte del cuerpo sería vulnerable?

A pesar de no contar con rasgos identificatorios transmitía un aire de malignidad que

le puso los pelos de punta.

Con cada paso que daba acercándose, una de las «bocas» de la drosera se iba abriendo, mientras la otra fagocitaba el mosquito.

Las gotas de rocío que pululaban sobre sus hojas dentadas no era otra cosa que el cebo tendido para que los incautos cayeran en la trampa.

Se hincó pasándose el cuchillo de derecha a izquierda y viceversa cuando sintió el siseo detrás. Un frío escalofrío le recorrió la espalda antes de sentirse impelido de avanzar.

Las enormes glándulas muciláginosas de una drosera de tres metros de altura lo elevaron como si fuera una marioneta.

Se debatió desesperado y para colmo el cuchillo se le escurrió entre los dedos.

Con horror vio un centenar de tentáculos del tamaño de un brazo cerrarse sobre sus extremidades. Sentía la viscosidad caerle

por el pecho y que iba adhiriéndose irremediablemente a la planta.

Contempló que había caído en el centro de un campo de droseras, cuyas hojas extendidas parecían reírse de su suerte. Sapos, ranas, zorros, mosquitos gigantes, orugas, bichos bolitas y decenas de miembros de otros animales conformaban las sobras de su reciente dieta.

Inmovilizado de pies a cabeza la drosera gigante comenzó el ataque final. Sintió un brutal empuje a la altura de la cervical y en los tobillos que lo dobló hacia delante. Fue entonces cuando vio el cuchillo. El ka-bar había caído junto a su pie derecho. Pegado a la planta por la secreción cristalina, Mora tuvo que estirar los dedos al máximo para agarrarlo. Con él en su poder cortó los tentáculos de la mano izquierda. Repitió el trabajo utilizando la mano izquierda y blandiéndolo para liberar el brazo derecho.

Teniendo a menos de veinte centímetros de su nariz las rodillas logró cortar los tánculos que se ataban a sus piernas. Ahora faltaba despegarse de la espalda y los glúteos. Tarea para nada sencilla.

Tiró varios tajos a la hoja por detrás de la nuca y ésta se balanceó para adelante y para atrás.

-- ¡Te duele, hija de puta! -- exclamó Mora.

Pero a pesar de ese cambio significativo, la tarea de compresas no mitigaba. La drosera parecía percibir que la presa se debatía para liberarse y eso la estimulaba a seguir apretando.

Como un flash alcanzó a ver ramas secas. Finas y largas que pertenecían a un sauce cercano. Se encendió una mecha de esperanza.

Volvió a tajar a la planta con mandobles hechos a ciegas y cuando la drosera se volvió a balancear, Mora logró aferrarse a una

de esas ramas secas y partirlas, armándose de una improvisada y puntiaguda lanza. El apretón ya era tan intenso que comenzó a correr serio riesgo la integridad del espinazo.

Mora clavó la puntiaguda rama a un costado suyo, en la parte interior de la hoja pegajosa de la drosera. Vio su rostro lleno de arrugas y la barba roñosa en una gota del engañoso rocío. La punta superior de la lanza la fue doblando hasta lograr meterla y clavarla en la parte de arriba.

La drosera cesó su empuje aprisionador. Mora movió la lanza sin desclavarla, lo que hizo que la hoja se abriera apenas un par de centímetros.

-- ¡Ah...Sí!

Con todas sus fuerzas tiró hacia delante y logró despegarse. Clavó el cuchillo en diferentes secciones de la hoja y éste finalmente se abrió hasta volver a la posición vertical.

Mora se vio liberado de repente y cayó al suelo. Rodó y se levantó de inmediato. Si creía que ya estaba a salvo, se equivocó. Otra hoja de drosera emergió de detrás de los helechos y alcanzó a rozarle los tobillos cuando se tiró como un arquero de fútbol. No perdió tiempo en levantarse sino que reptó sobre codos y rodillas hasta llegar a una posición segura.

Bañado en mucílago de pies a cabeza anduvo los siguientes días y al menos pudo pegar un ojo las noches que siguieron.

Dejó pasar varios días sin resfregarse el cuerpo con agua estancada para no sacarse el pegamento. Notaba que con él puesto los mosquitos vampyr ni se atrevían a acercarse.

Un día pudo ver un eucalipto. Los altos árboles ahora eran super árboles. Ése calificativo cabía para toda clase de insectos y vegetales.

Chupó una raíz de gusto extraño y mordió

una cebolla cruda. Esa dieta al menos no le hacía volcar el estómago y se dirigió resueltamente hacia el alto árbol.

Las botas ya estaban en las últimas, cada día se resfregaba «leche» exprimida de una hoja de aloe vera, y andaba sin ellas.

Volvió a colocárselas y comenzó a trepar por la blanca corteza del árbol. Mientras lo hacía recordó el apelativo que le habían puesto en la academia, «Monito», por su habilidad para superar los duros ejercicios de la pista de combate.

Ayudándose con las ramas de otros árboles llegó a las primeras del gigantesco espécimen cuya copa se abría a más de ciento cincuenta metros.

Ya que estaba manoteó algunas hojas y las comió. Quien lo viera sin duda lo confundiría con un mono. El sabor mentolado al menos se diferenciaba algo a las hierbas que había tenido que ingerir hasta el momento.

Desde la altura del árbol esperó la puesta del sol a la cual miró con nostalgia. A la memoria se le vinieron gratos recuerdos vividos con Zahibi y Pablito, con Melgar y los suyos. También pensó en Sánchez y Santos. Perdidos seguramente en la espesura. Dudaba de que el profesor de historia de la ciudad de Pérez hubiera logrado sobrevivir, tras quebrarse la pierna. Tal vez, y sólo tal vez, si hubieran logrado llegar a Melincué-ville antes de la invasión de hormigas soldados podrían estar vivos.

Pero todo eran vanas elucubraciones, la única idea que se transformaba en certeza era que la culpa de todo la tenía Mega-Corp.

Desde su posición privilegiada observó el panorama que le esperaba surcar en los próximos días. Nada distinto a lo que había hecho en los últimos días.

Aunque algo ésta vez le llamó la atención y activó más recuerdos.

Delante suyo, más o menos a cinco kilómetros de distancia, un poco a la izquierda, se hallaban plantados siguiendo una línea, más árboles de eucaliptus. Le vino a la mente un tramo de la línea elevada del tren bala en cuyas banquetas crecían dichas plantas para cortar el viento y proteger el paso estable sobre la vía ferroviaria. Refrescó y pronto llegó la noche. Bajo un cielo estrellado se colocó el rompeviento y se preparó para reconciliar el sueño.

No duró mucho la hora de descanso. Empezó a llover de la nada. La tormenta se había armado en cuestión de horas y tuvo que bajar desde las alturas si no quería ser tumbado por la fuerza del meteoro.

Se hizo de día y tuvo que esperar un día más para continuar con la caminata ya que apareció un ciempiés por las cercanías y no se sintió muy seguro de que el agua de lluvia no le hubiera corrido el pegamento de mucílago de la drosera.

En un charco de agua aprovechó para afeitarse. Se estudió el rostro, el reflejo macilento y barbudo en el agua lo hicieron asustar un poco. Las arrugas poblaban los alrededores de los ojos hundidos. La barba negra estaba cubierto de pelos canosos y mugre. Con el cuchillo ka-bar siempre bien afilado se rasuró a medias y descubrió más arrugas que nacían en la comisura de los labios.

Tardó tres días en llegar a la base del primer eucalipto que comenzaba la línea de árboles. Junto a la corteza, enmarañada por una multitud de plantas trepadoras halló una columna de hormigón.

Estaba en lo cierto.

Cayó de rodillas casi descompuesto por la emoción y por el cansancio acumulado. El descubrimiento lo abrumó de tal manera que enseguida las pupilas se le arrasaron de lágrimas.

Lloró desconsoladamente de dicha, de

bronca, de tristeza abrazado a la columna. ¿Dónde había quedado el imbatible guerrero que cargaba como un toro contra el enemigo? Tan lejos como Marte, fue la inmediata respuesta que le dio su mente.

Se sintió a salvo. Era una mínima esperanza. Aunque no supo en qué lugar se hallaba exactamente, sabía que siguiendo la línea de árboles y los grandes escombros de lo que había sido el puente ferroviario, encontraría por fin el ansiado hogar.

Venado City.

Al reponerse del momento, comió la dieta diaria de hojas de eucalipto y laurel, esta vez maceradas en un poco de agua de lluvia.

Esa noche volvió a llover. Al menos no moriría de sed en los próximos días. Pero el frío era otra cosa. Lo mitigó colocándose debajo de unas anchas hojas de malvón que lo mantenían casi seco. Al amanecer cortó e ingirió todas las hojas de un tono

rosado para evitar que abejas y avispas se acercaran a la planta a sacarle el néctar.

Del pegote del mucílago no quedaba ni el recuerdo. Las noches invernales no eran para los mosquitos vampyr, habituados al calor del verano. Por las dudas se frotaba la piel todos los días con madreselva, caléndulas, jazmínes y otras especies que ni siquiera conocía de nombre pero experimentaba. Mientras no le produjera escozor o picazón, el mal olor se aguantaba. Hasta que un día un brillo en el horizonte lo sorprendió. Fue un relámpago corto y fulgurante. Miró el cielo de un azul cada vez más intenso, limpio de punta a punta de nubes. Ni rastro de una tormenta acercándose.

Aguzó la vista. El destello se repitió de manera intermitente. Su mente cansada no logró discernir de que se trataba, pero no quedaban lugar a dudas, el origen era eléctrico.

Trató de no pensar en ello ni volverse loco por apurar el paso. La lucha diaria de avanzar y alimentarse sin despertar sospechas a los nuevos depredadores del ser humano continuaban sin pausa.

Hasta que un día aparecieron los muros de la ciudad. Fue casi de sopetón que se topó con el alto muro cubierto de musgo que se curvaba en la parte inferior.

Al momento de abandonar Mora la ciudad para cumplir la misión en Monte Basement, la municipalidad había sacado un memorándum restringiendo el arribo de cualquier exiliado. Casi que debías de ser un Einstein o una Marie Curie para que, si llegabas a pie, poder entrar en la ciudad. Dicha ley se debía a los problemas de hacinamiento que estaban teniendo todas las grandes ciudades que no habían cedido al colapso vegetal.

Por eso cuando los muros de Venado City aparecieron ante los ojos de Mora, le resul-

tó raro no ver guardias apostados en lo alto de los grandes cañones de pulso. Es más, éstos habían sido retirados y en lo alto del muro sólo se veía la cúpula de reja que comenzaba a oxidarse.

Visualizó los aspersores automáticos con desinfectantes y herbicidas. La producción de glifosato había crecido un ciento por ciento cuando la naturaleza se desmadró y la lluvia de los aparatos regadores que corrían sobre rieles ayudaban a matar yuyos y dejar un cordón limpio junto al muro.

Éstos tampoco parecían funcionar.

A pesar de la acción ácida y destructora del glifosato; que por otra parte contaminaba tanto o más que las benditas Fábricas de Alimentos haciendo actuar justamente al SHIELD-OX desplegado en la capa de ozono, generando más oxígeno; varias matas de yuyo luchaban por abrirse paso hacia el cielo.

Mora dio el paso decisivo para salir de la

jungla. Casi le costó tanto darlo como cuando se metió en ella. Volvió a sentirse solo y vulnerable. Las vivencias de los últimos días se le borraron de un plumazo como el encuentro de aquél marlo de maíz tan grande como una sandía o la lucha aquella entre dos escorpiones que se disputaban una hembra en celo.

Caminó sobre la maleza quemada por el glifosato acercándose todo lo posible a la muralla, hasta hallar uno de los accesos.

Un portón enrejado apenas cerrado con un oxidado candado. Desde allí pudo observar el interior de Venado City.

El estado de abandono parecía dominar las calles y la naturaleza empezaba su lenta invasión. Matas de yuyos por acá, alguna enredadera cubriendo la pared de un edificio por allá. La calle que desembocaba en el acceso presentaba hundimientos de tierra todo a lo largo y desde su posición veía las altas columnas de metal inclinadas fue-

ra de nivel que sostenían carteles y luces.

-- ¡Aléjese de la cerca! -- ordenó una voz que salió por un parlante colocado debajo de una cámara móvil.

-- Abra por favor.

-- No sé lo que dijo, pero repito... ¡Aléjese de la cerca! ¡Está electrificada!

Mora carraspeó. Hacía tanto tiempo que no cruzaba palabra con nadie que no podía saber si había hablado o las palabras las había pensado.

-- Abra soldado. ¡Es una orden!

La cámara volante voló hasta su posición, con el lente bien cerca del enrejado portón de por medio.

-- ¿Mora? ¿Teniente Rodrigo Mora?

Hubo un sonido metálico y desde una construcción cercana apareció una figura humana. Vestía ropas de fajina militar.

Abrió el candado y corrió sobre el riel el pesado portón.

Mora entró en la ciudad.

-- Cabo Valdéz, a sus ordenes señor. Siento lo del portón electrificado pero en realidad es una trampa para alejar intrusos indeseados.

-- ¿Te conozco?

-- Red Rangers, señor. Estuvimos en Marte la última vez. Lo siento, señor. No lo reconocí por la barba.

Mora se la meció, notando que nuevamente le llegaba a la mitad del pecho.

-- ¿Qué año es soldado?

-- Dos mil quinientos diecinueve, señor.

Un golpe de karate en medio del estómago hubiera sido más fácil de soportar. Tres años habían pasado. Más de mil cien días con los yuyos como cielo, aspirando polvo y pólen y comiendo porquerías del piso.

El cabo Valdéz lo tomó del brazo, pero Mora se deshizo de la ayuda.

-- No abandone su posición, cabo. Puedo solo.

-- Lo siento.

-- No te disculpes tanto.

Cruzó las calles de cemento quebradas por los movimientos de tierra y llenas de pozos. La mugre se acumulaba en ellos. Sin tantas plantas ni pastos que lo detuvieran avanzó a buen paso. A lo lejos, arriba antes del cielo, descubrió el misterio de los destellos. Soldadores parados sobre extensísimos andamios arreglaban la cúpula de hierro enrejado en diferentes partes.

Llegó a casa sin contratiempos. No veía la hora de ver la sonrisa de Pablito, la mirada limpia de Zahibi. Fuera de casa, algunas gentes del barrio lo reconocieron pero no se atrevieron a saludarlo. Mora no les dio importancia. Frente suyo estaba el hogar. Colocó el pulgar en el módulo de reconocimiento y esperó la conexión con la cerradura eléctrica. La puerta segura cerrada a cal y canto no se movió. Apretó aún más fuerte el pulgar de la mano derecha para que el dispositivo reconociera de una vez

por todas las huellas digitales.

«Usuario no identificado» apareció en letras rojas sobre el módulo táctil «Si lo intenta otra vez se informará a las autoridades».

Pensó en tumbar la puerta a patadas. A pesar del cansancio tenía ganas de hacerlo aunque fuera inútil. Si la casa tenía el modo seguro colocado, ni el disparo de un cañón Gauss podría abrirla.

-- No pierda tiempo, teniente.

Al voltearse hacia la voz se topó con un rostro conocido al que no llegó a identificar.

-- Soy Kaijou. Doctor Walter Kaijou, teniente. ¿Me recuerda?

Mora asintió sin demasiada convicción.

Los ojos rasgados, el pelo negro lacio fluctuando con algunas canas.

-- ¿Qué pasó aquí?

-- Venga Rodrigo. Lo llevaré a mi casa.

Caminaron por estrechos callejones. Des-

cuidados, las malezas comenzaban a ganar terreno subiendo por las paredes cargadas de humedad.

-- Mega-Corp abandonó la ciudad. -- comenzó diciendo Kaijou -- Fue hace cosa de un año que empezaron las salidas de la ciudad. Los últimos directivos se fueron una semana atrás.

-- Cada cosa que conozco tiene relación directa con la empresa.

-- Así es.

-- Las ratas son las primeras en abandonar un barco que se hunde. ¿Sabe algo de mi familia?

-- Ellos se fueron en el último viaje justamente?

-- ¿En avión?

Kaijou se detuvo y miró la cúpula que le daba el aire de una jaula de pájaros a la ciudad.

-- Imposible. Los vuelos fueron suspendidos debido al peligro de derrumbe de la

jaula cada vez que se abría. El viaje que realizó su familia se hizo en camión.

-- ¿En camión? Están locos. ¿En qué tipo de camión?

-- En uno de esos mineros. Le pusieron el pomposo nombre de Cargo-Ark y cargaron a todos sus empleados más importantes dentro y se marcharon sin siquiera tocar un bocinazo de despedida.

-- Y se llevaron a mi familia.

Kaijou tuvo ganas de responder que «llevaron» no era el término adecuado, sino que más bien «acompañaron» hubiera sido el correcto. Pero mejor lo dejaba así.

-- ¿Adónde fueron?

-- A Córdoba, teniente.

-- Predecible.

-- ¿Lo sabía?

-- Melgar me comentó algo sobre un cohete espacial que estaban preparando para salir del planeta.

-- Por supuesto. -- Kaijou sonrió con aire

de resignación -- La difusión de esa noticia fue la culpable de todo éste caos que ve... ¡Oh! Aquí viene el culpable.

Un hombre calvo entrado en kilos los saludó con gesto amistoso mientras caminaba hacia ellos entre medio de un montón de coches ennegrecidos.

-- ¡Yo a usted lo conozco! -- el hombretón extendió la mano segura -- Usted estuvo en mi móvil de teve.

Mora apretó la mano franca.

-- No lo recuerdo.

-- Éste es Leo Beltramella. -- presentó Kaijou.

-- No importa. Yo sí lo recuerdo a usted. Estuvo en mi móvil de Mega-TV cuando ocurrió lo de la mantis gigante en el río Paraná.

-- ¡Oh! Claro que me acuerdo de ése episodio.

-- Leo era técnico y periodista de televisión. -- presentó a destiempo el científico.

-- Si, los muy imbéciles me echaron cuando la cadena se mudó a la base lunar Félix Baumgartner con el pretexto de que tuve un héroe marciano en mi camión de exteriores y no le hice una entrevista. -- chasqueó la lengua y se encogió de hombros -- Cosas que pasan. Ése día les regalé un rating superior al noventa por ciento y aún así encontraron algo de qué quejarse...

Las quejas del técnico continuaron. Mora hizo oídos sordos durante unos segundos. Quería al menos sentarse, poner la mente en blanco y descansar, recuperar fuerzas y volver a la jungla para ir en pos de su familia, rumbo a Córdoba.

La atención del teniente volvió al ex técnico de televisión cuando éste expresó...

-- ... en venganza hackeé sus archivos y cuentas y allí me encontré con los planes. Así que me dije, ¡¿quieren buenas notas?!, acá tienen una, ¡malditos pendejos!

-- Eso hizo que la gente entrara en pánico.

-- agregó Kaijou descontento.

-- No fue mi intención, yo sólo quise mostrar la verdad.

-- ¿Cuáles son esos planes?

-- «Nerón», es su nombre.

Mora lo miró comprensivo.

-- ¿Conoce de historia romana? -- preguntó Beltramella.

-- Claudio César Augusto Germánico Nerón, -- contestó Mora sin vacilar y cómo si estuviera dando un exámen oral -- el antiguo emperador romano que incendió los barrios más pobres de Roma, para reconstruir sobre sus cenizas uno residencial.

-- Ahí mismo tiene la respuesta de lo que le va a pasar a la faz de la Tierra. -- contestó Kaijou.

-- ¿Van a quemar la superficie del planeta?

-- Así es.-- contestó el científico -- Dispararán sus armas de plasma desde los satélites militares.

La noticia dejó boquiabierto al militar.

-- ¿Cómo pasó en Victory?

-- Algo parecido. -- replicó Kaijou con una mueca -- Pero desde el cielo. Dispararán altas dosis de calor concentrado en diferentes zonas. Al parecer cercanas al mar. Dicen que lo han probado en Malvinas, Galápagos y Fernando de Noronha.

-- No pueden hacer eso.

-- Claro que pueden, medio mundo les pertenece y el otro medio mundo les debe créditos. ¿Qué esperas? -- quiso saber Beltrame, y a continuación explicó -- No está mal si tienes el pensamiento corporativo de una empresa multinacional. Salva todos los activos que puedas y quema el recibo de todos tus acreedores, para empezar de nuevo.

Miles de preguntas se le venían a la cabeza a pesar del cansancio.

-- ¿Y por qué no quemar la atmósfera con SHIELD-OX y todo?

-- El SHIELD-OX es indestructible. No

existe el arma todavía que sea capaz de incendiario. Es un virus mutante, se regeneraría por la contaminación y volvería a los niveles de oxígeno habituales. -- Kaijou habló de forma energética -- La gente no entiende que la única forma de manejarse con el SHIELD-OX es dejar de contaminar. Llegamos.

El doctor Kaijou vivía en un almacén abandonado de aspecto tétrico por fuera, y peor en el interior. Hacía frío y el lugar vacío y espacioso aumentaba esa sensación.

-- La municipalidad ha tenido que limitar los servicios desde que Mega-Corp se fue.

-- Lo único que sigue funcionando es la Fábrica de Alimentos Sintéticos. A full. --

contó Beltramella -- Un servidor, o sea yo, desbloqueó los firewalls que ponían cepo a la cantidad de alimentos diarios que podía ingerir una persona.

-- Y así lograste que la contaminación con-

tinuara. -- se quejó Kaijou.

-- La gente tiene hambre.

-- Así empezó el problema.

-- Oigan no peleen. -- pidió Mora -- Por favor, un baño.

Le calentaron agua en una tina de latón utilizando dos cables pelados. Mora se bañó con gusto y después se afeitó pulcra-mente. Por el momento había encajado bien la ida de su señora y su hijo a Córdoba, pero la procesión iba por dentro.

Tenía un millar de preguntas para hacer, pero éstas iban y venían dentro de su mente y por ahí se olvidaba de formularlas.

Rehusó comer y Kaijou le facilitó un lugar oscuro, cerrado y con cama y almohada.

-- Descanse ahora.

Trató de hacerlo. Dio vueltas de un lado a otro sin encontrar una posición donde estuviera cómodo. Era de no creer, se dijo, pero extrañaba el bolsito con sus pertenencias para apoyar la nuca.

Apareció en el amplio galpón mientras Kaijou y Beltramella discutían sobre una barra de amortiguador.

-- Perdón teniente. ¿Hablábamos muy fuerte?

-- No. Todo lo contrario. No me acostumbro a dormir con todo en silencio.

Se acercó y tomó el amortiguador y lo sopesó entre sus dedos. Era muy liviano.

-- Además tengo la cabeza llena de preguntas.

-- Despáchelas mientras comemos. -- dijo con buen tino Beltramella.

-- No tengo demasiado hambre. -- Mora ocupó una silla con gesto de hastío, aún sopesando el amortiguador. De pronto lo tomó de un extremo y señaló el exterior -- Allí dentro de la jungla se han formado comunidades.

-- No tiene que decirme, teniente. -- contestó Kaijou -- No se olvide que yo estuve con usted en Pérez.

-- Entonces me vas a entender. Tenemos que salir a parar todo esto.

Beltramella negó con la cabeza.

-- Yo no estoy de acuerdo.

-- Yo sí. -- le llevó la contra Kaijou-- Es que la teoría del fuego funciona, pero sólo en el papel. En la vida real una vez que se prende, no distingue entre vida vegetal o mamífera, entre insecto o humano.

Beltramella rápidamente descubrió cuál era su verdadero problema.

-- No saldré ahí afuera a exponer mi trasero a que un bicho bolita me lo coma.

-- Los bichos bolitas no comen humanos.

-- dijo Mora, fijándose por primera vez en lo que tenía entre las manos -- ¿Qué es esto?

-- Un amortiguador. -- respondió Kaijou -- ¿Te interesa saber de qué?

-- Primero comamos. -- Beltramella desapareció unos momentos y regresó con tres platos cargados con esponjas hambur-

guesas y rebozantes papas fritas. Distribuyó los platos y le agregó tres latas de Ice-Beer.

Mora probó un par de papas y se metió en la boca un trozo de hamburguesa que no pudo tragar. Luego corrió el plato y se levantó de la mesa.

-- ¿Adónde vas?

-- A procurarme el almuerzo.

El militar desapareció unos minutos por la puerta que comunicaba el galpón con la calle y regresó con un bulto verde repleto de puntiagudas hojas verdes y una flor amarilla.

-- ¿Eso es un lirio?

-- Creo que sí. -- contestó Mora al tiempo que cortaba las hojas. Tomó el cuchillo aserrado del bolso y cortó la bulbosa raíz como si fuera una papa.

Después se la mandó al gañote mirándolos a los otros.

-- ¿Esto te lo vas a comer? -- preguntó

Beltramella en referencia al plato abandonado con casi toda la comida.

-- Adelante.

La comida terminó unos segundos después. Mora estaba impaciente por que le mostraran a qué pertenecía ése amortiguador tan liviano y con semejante poder de suspensión.

Kaijou y Beltramella lo acompañaron hasta un rincón apartado del almacén donde cajas de madera y tanques de combustible y grasa hacían las veces de biombo.

-- Esto es lo único bueno que Mega-Corp dejó al irse. -- presentó Kaijou.

-- Una MK-108 «Striker». -- anunció Beltramella señalando las partes de una armadura sostenida por alambres -- No la nombraron insecticida por el marketing.

Mora sonrió, mientras sus ojos se comían la estructura que doblaba en tamaño a cualquier humano.

-- Es la evolución de la «Defender». --

explicó Kaijou palmeando una de las partes abultadas que recubrirían la pierna del usuario -- Es una armadura de ataque, cualquier armadura por ejemplo está pensada para proteger al usuario. Ésta en cambio es un arma en sí. Construida para atacar a los insectos sin temor alguno. ¿Ves la forma de las placas? ¿No te recuerdan algo?

Mora se rascó la cabeza con la llave inglesa tratando de encontrarle el parecido.

-- Tal vez el color no ayuda. -- dijo Kaijou mientras con todas sus fuerzas trataba de encastrar dos placas, una arriba de la otra

-- Los expertos armamentistas de MegaCorp se basaron en la movilidad del exoesqueleto de los bichos bolitas para crearla.

-- Ahora sí. -- contestó el militar maravillado al recordar el insecto que la gente de Pérez utilizaba como ganado vacuno.

-- El único problema es que no podemos

hacerla funcionar. -- agregó Beltramella --
Las placas no encastran así nomas.

Mora dio un rodeo a las placas separadas de la armadura de un color verde mate. En varias partes se hallaba el logotipo de Mega-Corp. La «M» roja sobre un círculo plateado.

Metió mano en las partes internas de la armadura, específicamente en lo que sería la cintura.

-- ¿Tienes una llave?

Beltramella le tendió una.

-- Los bornes de la batería están flojos.

-- Hice eso una media docena de veces.

-- Tal vez no fueron suficientes. Le faltarían unas agarraderas para que no zafen.

¿Cómo es que Mega-Corp dejó algo así?

-- Éste modelo es el muleto. -- respondió

Kaijou -- La Striker principal se la llevaron para custodiar el camión arca.

-- Ya me parecía que salir en camión en medio de la selva era muy arriesgado. No

tiene sentido sacar al medio de la jungla a tus mejores empleados. El peligro afuera es latente.

-- Lo es. -- Kaijou dio unos golpecitos nuevamente en la estructura -- Pero acompañado por uno de éstos las posibilidades de llegar a Córdoba mejoran.

-- Por eso Melgar se llevó a mi familia.-- dijo Mora a nadie en especial -- Para resguardarlos del fuego y sacarlos de todo esto.

Kaijou asintió.

-- La ciudad vive hundida en el pánico y en el caos desde que se supo que MegaCorp implementaría «Nerón» sobre la faz del planeta. -- el científico sospesó las palabras que diría a continuación -- Pero Zahi no acompañó por eso a Melgar.

Y se sumió en un silencio nervioso.

-- Termina lo que empezaste, doc.

-- Se los llevó a Córdoba porque ahora son «su» familia.

Era de esperarse.

La noticia no causó tanto impacto en Mora como Kaijou creía. Había pasado tres años fuera. Medio vivo, casi muerto. Había salvado la vida de milagro más de una vez.

La explosión de una bomba M-301, el derrumbe de una montaña hormiguero, escapado de las garras, o dientes o lo que fuera, de una planta carnívora.

Zahibi de seguro había encontrado consuelo en Melgar, quien a su vez había perdido a los suyos durante la «estampida» de escarabajos-rinocerontes.

No había problema. Hoy en día los matrimonios podían disolverse vía teléfono o por mensajito de texto sin la intervención directa de un juez. Mandándole un fájx con fecha y hora estaba todo bien.

-- ¿Vamos a caminar? ¿Tienes fuerzas?

Mora respondió afirmativamente. A pesar del increíble ejercicio diario que había hecho, no sentía el cuerpo extenuado. Sólo

se sentía fuera de lugar. Aprisionado.

-- ¿Supiste si Sánchez regresó?

-- Sánchez murió. -- contestó Kaijou.

-- Lo presentía. -- Mora asintió apretando los labios -- Murió en la selva.

Kaijou lo negó enérgicamente.

-- Se equivoca teniente. Murió heroicamente defendiendo Melincué-ville de una invasión de hormigas soldados.

Esa novedad cayó como un balde agua fría en el ánimo del militar. Sánchez optó por ir al pueblo y pelear, no escabullirse hacia la estación de repostaje de helicópteros como él había hecho.

Sánchez murió como un héroe y él se sintió una mierda cobarde.

-- Precisamente la caída de Melincué-ville fue la última comunicación que recibimos del exterior.

Eso alarmó a Mora.

-- Entonces no saben nada tampoco de Córdoba.

-- Ni siquiera sabemos si mañana llueve. -- replicó el científico con pesimismo. La red de satélites fue desconectada y no sabemos si las antenas de transmisión en tierra funcionan o cayeron bajo el peso de la vegetación.

-- Funcionan. -- dijo Mora recordando la isla de los Flamencos y el helipuerto -- Lo que pasa es que Mega-Corp se llevó a todos los operadores.

Caminaron unos quince minutos en total silencio. Cada uno dándole vueltas al asunto.

En uno de los lugares más castigados de la ciudad el científico hizo un ademán en dirección a varios coches carbonizados hasta los ejes.

-- Se violó la orden de no encender fuego, cómo verá. Quisieron linchar a varios consejeros y muchos huyeron hacia la espesura de la selva siguiendo el camión Cargo-Ark.

-- No deben de haber sobrevivido.

-- Nadie volvió.

De repente se les acercó una persona. Hasta el momento las personas que habían emergido por las ventanas de los edificios, habían vuelto a desaparecer temerosas de haber sido vistas.

Ésta no. Caminó con aire distinguido y le agarró la diestra a Mora y moviéndosela vigorosamente, sin percatarse de la presencia de Kaijou.

-- ¡Usted es Rodrigo Mora! -- lo saludó con una brillante sonrisa -- ¡Estamos salvados! ¡Por fin un héroe entre nosotros!

¿No es así?

Sin dejar de subir y bajar la mano del militar observó a Kaijou.

-- ¿No es así?-- se la soltó y abrió los brazos para empezar a hablar con poderosa voz de orador -- ¡Atención todos! ¡Que se extienda la voz! ¡El teniente «Red Ranger» Rodrigo Mora ha llegado para tomar

el control militar de la ciudad!

-- No es así. -- negó Mora.

En los edificios desnivelados de los alrededores comenzaron a asomarse cabezas de las diferentes aberturas.

-- ¡Volvió del infierno vegetal para ayudarnos! ¡Para darnos una mano!

-- Vámonos. -- pidió Mora a Kaijou.

-- Si.

-- ¿¡Oigan!?! No pueden irse así como así. Soy un consejero de la ciudad y tengo voz de mando sobre cualquier militar...

Lo dejaron quejándose y nombrando sus atributos de poder nominal.

Después de eso el apuro de Mora por salir de Venado City se intensificó. Cosas del destino. Había soñado todas las noches que pasó en la selva de malezas con el regreso a la ciudad, y hoy después de una noche quería salir de allí lo más pronto posible.

Esa noche durmió como un tronco y a la

mañana siguiente su voz se hizo escuchar en los oídos de Kaijou y Beltramella. Trabajaron todo el día poniendo a punto la armadura. Soldando y pintando, uniendo componentes, aceitándole los encastrados y adosándole armas.

Mora descubrió al probarse las protecciones de brazo, ante-brazo y hombrera que podía abrir y cerrar las placas con los movimientos de las manos. Si la cerraba en un puño, la armadura se cerraba de manera que era inviolable, si estiraba los dedos, las placas se corrían y quedaba unas aberturas que le permitían el ingreso de aire y algo más de movilidad dentro.

Beltramella consiguió un generador de repuesto en el mercado negro a cambio de un par de pen-drives cargados con virus para exigir más comida a la Fábrica de Alimentos sin que éstos fueran debitados de la cuenta bancaria. De regalo se trajo también un par de viejos fusiles FAR-89.

-- ¿Con tus virus y claves secretas puedes meterte en todo lo que tenga que ver con Mega-Corp? -- preguntó mientras ocultaba los logotipos de la empresa pegados a la «Striker» con pintura antióxido color verde oliva.

-- En casi todo. -- respondió Beltramella con aires de suficiencia.

-- ¿Los satélites armados?

-- Tendría que acomodarlos, pero sí. -- contestó ya más cauteloso -- El problema es que aquí no tengo conexión satelital para practicar.

-- No importa. Quiero que improvises algo.

-- Lo haré. -- y se resguardó tras la frase -- Pero mire teniente que será prueba-real.

-- Tú hazlo.

Dos días después Mora pidió probar la armadura. Se sentó en el asiento que no era más grande que el de una bicicleta. Activó la protección y desde abajo del asiento sur-

gió la placa pectoral que terminaba agarrándole el mentón.

-- Estoy listo muchachos.

Al principio el científico y el hacker lo miraron sin comprender.

-- No está terminada. -- esbozó una protesta Kaijou.

-- Tengo todo lo que necesito. Ayudenme a enganchar los brazos y me voy.

-- No puedes...

-- ¿Tienes lo que te pedí, Leo?

-- Aquí está. -- Beltramella subió a un banquito y le guardó el diminuto USB en un bolsillo del uniforme cosido a la manga derecha.

-- Es una locura. -- dijo Kaijou sin haberse movido.

-- ¿Ustedes van a venir?

Fue Beltramella el que contestó ante el mutismo enojado de Kaijou.

-- Estuvimos hablando y decidimos quedarnos.

-- No sé si estarán más seguros aquí dentro que allá afuera, en la jungla. Pero respeto su decisión. -- Mora los miró a los ojos, un turno a cada uno -- Ahora respeten la mía. Kaijou no supo que replicar.

-- Háblame doc.

El científico sacó un pañuelo y limpió una de las superficies recién secadas de la armadura.

-- Otra diferencia importante con la armadura «Defender» es que tiene un sistema integrado de movimiento.

Kaijou dio una patada al banquito y dejó espacio para que Mora avanzara. Lo hizo con fuertes sonidos graves.

-- Funciona en modo automático. El soldado puede echarse una siestita sin dejar de avanzar.

-- ¿Puedo avanzar durante la noche?

-- Si te bancas todo el día el asiento metido en el culo...

Kaijou abrió la puerta del portón del alma-

cén. Los tres salieron a la calle.

-- No te diré como funciona el FAR-89. Lo debes conocer de memoria.

Finalmente arribaron a la calle que tres cuadras más adelante desembocaba en el acceso.

-- En el puerto espacial de Córdoba debes buscar la sala de comunicaciones. Si van a hacer despegar una nave, de seguro tienen antena con conexión satelital -- dijo Beltramella -- Para hallarla rápido puedes conectar el pen-drive que te dí a cualquier puerto USB. El problema radica en que tendrás sólo cinco minutos para descargar el malware y hacer tu trabajito. Después actúa el antimalware y regresa todo a reinicio.

¿Entendiste?

-- Sólo cinco minutos para detener a «Nerón»

Beltramella lo miró pasándose una mano sobre la blanca calva. No creía que Mora

lo hubiera comprendido.

-- Si, más o menos.

Cuando faltaba una cuadra para llegar al portón presumiblemente electrificado, notaron que la cámara volante y el cabo Váldez brillaban por su ausencia. Detrás suyo comenzaron a sonar sirenas de alarmas y tiros.

-- Comenzaron los saqueos.

-- Atención. -- susurró Kaijou -- Alguien viene.

Sobre la cima de una montaña de escombros emergió la figura del consejero municipal, el mismo que días atrás lo había querido convertir en el jefe militar de la ciudad.

-- ¡Ahí está el farsante! ¡Traidor al pueblo de Venado City! -- lo señaló con tanta teatralidad como si fuera un Moisés señalando a los hebreos pecadores -- ¡Nos abandona con la única arma capaz de defendernos!

Las pocas personas que lo acompañaban agarraron cascotes y se los arrojaron.

-- ¡Detrás mío!

Kaijou y Beltramella le hicieron caso. Los cascotes rebotaron sin hacer mella en las protecciones metálicas. En respuesta Mora activó el control semi-automático del FAR-89. Disparó un par de ráfagas y los ímpetus del político bajaron cuando quedó más solo que perro malo en la cúspide de escombros.

-- Vuelvan al almacén. -- pidió Mora --
Cierren todo y pásenla bien.

Sin más cruzó el portón sin custodia y se adentró nuevamente en la jungla.

Apenas sentía el peso de la «Striker», no era tan liviana como la «Stealth», pero era bastante articulada y además con cada paso que daba avanzaba más de dos metros. Era como tener las botas del cuento aquél. De inmediato comprobó la fortaleza de las placas de metal que recubrían sus brazos y

piernas. La espigada gramilla por más densa que creciera no evitaba su paso. La «Striker» estaba construida con macromoléculas de distintas aleaciones que resistían cualquier choque. Una planta o un árbol por más apretado que crecieran no eran rival para detenerla.

Apoyado por una brújula integrada al sistema «Hud» en el visor del casco, caminó rumbo al oeste.

A su paso no encontraba paisajes distintos a los que había visto hasta ahora. Malezas puntiagudas y de tres metros de altura como mínimo, plantas cercanas a los setenta metros y árboles cuyas copas tocaban las nubes.

La superficie del terreno comenzó a bajar y subir a medida que se adentraba en el terreno serrano. Ciudades como Canals, Gould, Mackenna y Four Rivers presentaban el mismo panorama. Calcinadas, derruidas y abandonadas.

Pasando la ciudad de los cuatro ríos pudo probar la armadura en plena acción. Tres gusanos-ciegos se rebosaban sobre los restos destruidos de un caserío.

La «Striker» hacía el suficiente ruido como para atraerlos. Uno de ellos surgió de debajo de la tierra y le hincó sus dientes en ambas protecciones de las piernas. Mora tuvo un momento de pánico en el que pensó que las placas no se habían cerrado a tiempo, pero por suerte ninguno de los tres dientes del anélido traspasaron la protección de las pantorrillas. Antes de ser succionado hacia el estómago de la bestia, Mora pulsó los disparadores puestos en automático de los fusiles.

Las visceras volaron por los aires.

En menos de media hora aniquiló a los otros dos gusanos-ciegos de manera similar.

Divisó la capital de la República Mediterránea pocas horas después. Varios kilóme-

tros antes los pastos eran de un color amarillo y en su mayoría estaban aplanados por el peso de la nieve caída en las últimas horas.

La noche estaba al caer y nevaba.

El domo de plexiglás que cubría Córdoba, similar a los que tenían algunas construcciones en Marte, se hallaba plagado de puntitos negros que resaltaban bajo la luz de los relámpagos.

Mora llegó a lo alto de una colina y observó en penumbras el campo que se extendía al oeste de la capital. Un sonoro rayo iluminó el horizonte y el colchón de nieve plagado de esos mismos puntitos negros. Mora percibió una multitud de ojos rojos que también miraban la ciudad.

Un millar de arañas negras de todos los tamaños escupían un ácido de aspecto cremoso sobre el plástico transparente. En varias partes, la defensa reforzada comenzaba a resquebrajarse.

Un sonido similar al de cristales rotos y una lluvia plateada le anunció que las arañas invasoras habían tenido éxito en su empresa.

Mora colocó en automático los fusiles y fue tras ellas. Ingresó por una sección entera del domo que se había venido abajo. Lo que le sorprendió fue que las arañas más pequeñas comenzaron a montarse sobre las más grandes, medían unos cinco metros de envergadura, y estas avanzaban sobre sus ocho patas como si fueran un vehículo todo terreno.

Apretó el puño para que todas las placas de la «Striker» se cerraran y corrió rumbo al puerto espacial.

Le fue fácil hallarlo e identificarlo. Era el único sitio desde donde provenían los disparos. Y el único con cuatro torres de despegue conectadas a un aerodinámico transportador interplanetario rodeado de cohetes y tambores de propelente.

Las tropas mercenarias eran quienes defendían el lugar detrás de nidos de ametralladoras montados con sacos de arena. Detrás de ellos se hallaban las enormes puertas rectangulares que daban paso a la sección de embarque.

Los reconoció por sus uniformes negros. También había uno con una armadura «Striker» entre ellos, del mismo tono.

En alguna parte del casco chirrió un dispositivo radial.

-- «Monito»...¿Eres tú?

-- ¿Mi familia está en la nave? -- preguntó Mora apenas. Sentía un puño en la garganta que le provocaba un dolor en el pecho difícil de soportar.

-- Ahora ya no son tu familia. -- contestó Melgar y subió a lo alto de uno de los muros de contención señalando el cuadrante por donde venía Mora.

El artillero mercenario sentado junto al cañón Gauss hizo girar el arma sobre la base

circular móvil y disparó sin miramientos. Una corriente de energía invisible pasó junto a la posición de Mora, que se salvó de ser golpeado al arrojarse sobre un arroyo que cortaba la ciudad llamado «La Cañada». El lugar estaba infestado de arañas gigantes y otras alimañas, pero pocas le prestaron atención y Mora salió airoso. El cañón Gauss volvió a rugir, impactando en un colectivo abandonado y caído de costado dentro de un hundimiento de tierra. Detrás de la carcasa oxidada se ocultaba Mora.

-- ¡Un millón de créditos para quien le atine a ése hijo de puta! -- dijo Melgar.

No sólo el cañón electromagnético, sino todas las armas láser y hasta las más antiguas de percusión y pólvora se centraron en el desmantelado colectivo.

-- Estorbas las operaciones de defensa, Mora. Zahibi y Pablito están ya en la nave. No los hagas peligrar al pedo.

Mora no cometió el error de contestar. Nevaba copiosamente y a su vez las arañas invasoras iban cerrando el círculo sobre el contingente mercenario. En poco tiempo se les haría difícil, aún con las más alta tecnología de detención, saber quién era humano y quién insecto.

Estaba a unos treinta metros de donde el cañón Gauss desplegaba todo su potencial barriendo el suelo con sus disparos de partículas aceleradoras que quemaban el propio aire que surcaban. Las arañas que agarraba a su paso las convertía en un montón de patas voladoras.

El arribo de las arañas 4x4 como las había bautizado mentalmente Mora cambió la situación. Las partículas de aire caliente acelerado quemaban las patas negras y peludas de estos insectos supergigantes, pero no los detenía.

Mora aprovechó la cercanía de una de ellas que con sólo tres patas seguía amena-

zando la posición defensiva, para infiltrarse entre las líneas de mercenarios e ingresar al ala derecha del puerto espacial en donde se encontraba la gran antena parabólica.

En el mismo momento en que por el auricular del casco comenzaron los gritos de terror, el transbordador interplanetario encendió los motores para precalentarlos.

Los reactores sonaban graves y hacían vibrar la tierra. Por lo general el piloto los encendía apenas diez minutos antes del despegue.

Una puerta cerrada le impedía el paso. No fue problema para los fusiles FAR-89. Del otro lado se extendía un largo corredor que cruzó a zancadas hasta llegar a un sector donde el paso se achicaba considerablemente y terminaba en una puerta octogonal.

Abrió las manos de modo que la armadura se abriera y pudiera mover los brazos fue-

ra de las protecciones. Accionó lo cerrojos y el pectoral cayó al suelo. Más vale que el plan funcionara, sino no habría forma de volver a ponerse la «Striker» para pelear, pensó, mientras sacaba el USB del bolsillo de la manga. Estaba tan emocionado de no haber necesitado los cinco minutos para la aparición del antivirus que olvidó los fusiles en la armadura.

-- Detendré el lanzamiento, a los satélites y veré a mi familia. -- se iba repitiendo.

Entró en la sala de comando. Un centenar de luces de colores registraron su ingreso desde las diferentes consolas. El sitio no era muy distinto a la torre de control en isla de los Flamencos.

En un puerto USB colocó el pen-drive que le temblaba en las manos y esperó a que el sistema se encendiera.

Lo siguiente era detener el transbordador. Buscó señales de seguridad y vio un indicador que mostraba cuatro luces verdes en

un cartel luminoso que decía «Brazos desarmados» y otro que rezaba «Carburante». Operó unos cuantos botones en esa consola y por una de las tantas pantallas superiores observó como de cada una de las torres que rodeaban la nave, se extendía un brazo mecánico.

En eso escuchó un ruido metálico más cercano. Se asomó a la puerta y creyó ver una sombra junto a la armadura.

Estiró el cuello para ver la pantalla de la antena que lo conectaría con la red de satélites militares. Aún faltaba un veinte por ciento para empezar la descarga del virus. ¡Psssss! ¡Psssss!

Había algo detrás de la armadura. En el mismo momento que vio asomar una pata peluda junto al torso de la «Striker» vio los fusiles trabados contra la angosta pared del pasillo.

Caminó hasta ellos mientras la araña se contorsionaba para poder pasar entre la ar-

madura y la pared. Se colgó del cañón de una de las armas, mientras con el rabillo del ojo vio que el insecto ya había pasado su cabeza.

Vio reflejada la expresión de terror que tenía su cara en cinco horribles ojos de un color rojo sangre. La araña abrió sus colmillos y le escupió un líquido amarillo que le escoció el brazo y parte de la pierna izquierda.

No aflojó los tirones contra el arma hasta que pudo sacarla del atolladero con la pared.

Al hacerlo vació el cargador contra la inmundada criatura que murió en medio de palpitaciones y violentos vómitos del ácido líquido.

Renqueante regresó a las consolas. Ya tenía comunicación con el sistema de MegaCorp y el virus se había descargado solo. -- ¡Mora! ¿Estás ahí? -- la voz de Melgar surgió por entre medio de un parlante.

-- ¿Dónde estás?

Mora no volvería a caer en la trampa de revelar su posición. No contestó. Encendió todas las pantallas con cámaras que daban al exterior y buscó al jefe mercenario, su ex amigo y nuevo esposo de su mujer.

-- La situación es crítica. -- contó Melgar

-- ¡Dónde quieras que estés no detengas el despegue! ¡Por favor!

En una de las tantas lentes que grababan lo que pasaba apareció el rostro curtido y sucio de Melgar. Se lo veía más viejo y extremadamente cansado.

-- Hemos perdido la ciudad. Hemos fracasado en contener a los invasores. ¡Por Dios Rodrigo! ¡Contéstame!

Mora tragó saliva y encendió el sistema de micrófonos. Antes de hablar volvió a cerciorarse de que nada raro hubiera atravesado la armadura enclavada en el pasillo octogonal.

-- Aquí estoy, Pablo...

-- Rodrigo, viejo amigo. Lo siento tanto. -- una de las cámaras móviles captaron a Melgar subiendo al ascensor que lo depositaría en las partes internas de la nave espacial -- Sé que estuve mal, pero yo adoraba a mi familia y no pude sobreponerme... -- ¡Eres un hijo de puta traidor...! -- Mora casi hace pedazos los mandos al estampar una mano contra ellos.

-- Zahibi te extrañó mucho y yo estuve ahí. Los dos sufrimos...Nos enamoramos. Mora seguía sin poder creer lo que estaba escuchando. Ése tipo era un verdadero caradura.

-- ¡Tú me mandaste a morir!

-- Me mandé muchas macanas...

-- Sí, como querer matarme hace apenas unos minutos.

-- Sigo órdenes de Mega-Corp. Nadie debe detener «Nerón».

-- Ya eras un hijo de puta. -- advirtió Mora entre dientes -- Pero Mega-Corp te convir-

tió en uno más grande.

--Se que no estoy en posición de pedirte nada. Pero debes iniciar «Nerón» para volver a tener un lugar en el cual vivir sin insectos monstruosos. -- su voz se quebró implorante -- ¡Déjanos ir! ¡No lo hagas por mí! ¡Hazlo por Zahibi y Pablito!

El teniente vio pasar un borrón de patas negras delante de uno de los lentes de las cámaras.

Todo el puerto espacial se veía desbordado de figuras de ocho patas. En pocos minutos más la integridad de las torres de despegue se vería seriamente perjudicada.

Sería imposible que los tripulantes del transbordador sobrevivieran si se iniciaba «Nerón» , y si no lo iniciaba como estaba previsto, los arácnidos atacarían y no dejarían a nadie con vida.

Mora se rascó la cabeza y se masajeó la frente, dubitativo. Sudaba profusamente a pesar de la temperatura imperante. Tenía

que pensar con la cabeza y no con el corazón. Justamente tenía que ser frío.

Tomó una decisión.

-- Saluda a Zahibi y a Pablito de mi parte.

-- con el pulgar destrabó la perilla y por las cámaras pudo ver el siseo del aire a presión de los brazos metálicos soltando la estructura de aguja de la nave.

El conteo se inició nuevamente desde diez en forma descendente.

-- Te recordarán como un héroe. -- le dio el pésame Melgar y lo saludó con la venia militar.

-- Eres un idiota. No dije que iba a morir.

-- pero la transmisión ya se había cortado.

El sonido de los reactores se convirtió en una cacofonía insoportable y luego la nave vibró sobre los pedestales antes de salir como una ráfaga hacia el negro cielo invernal.

-- Los héroes mueren. -- respondió Mora a la lluvia de estática en la pantalla.

Apartó de allí la vista y se centró en los datos proporcionados por el pen-drive. No había tiempo para lamentos. Ya había salvado la vida de su familia. Le quedaban menos de dos minutos para llevar a cabo el plan. Cumpliría uno de dos deseos. Hubo sonidos de pezuñas escarbando en los alrededores. Se levantó de un salto. Más arañas habían logrado meterse al pasillo y pugnaban por cruzar la armadura que sin querer hacía las veces de barricada. No había alternativa. Mora se sintió por unos momentos como si fuera un Dios. Tenía todo el poder bajo su índice para incinerar el planeta entero, con todas las criaturas que habitaban en él. Fueran insectos o mamíferos. Sólo debía apretar un botón. Ubicó las coordenadas que aparecían en el computador y las cambió. Se incorporó y con la culata del fusil destrozó los mandos. Después colocó un cargador lleno de

municiones en el FAR-89 y salió rumbo a la puerta octogonal dispuesto a cazar arácnidos.

En todo el mundo se vieron descender rayos de plasma desde las alturas. Parecían dedos divinos, dedos destructores. El rayo incandescente de más de cinco mil grados centígrados atravesaba las nubes y tocaba cada una de las Fábricas de Alimento Sintético que había en el mundo. Las coordenadas estaban dentro de la red de MegaCorp que Beltramella hackeó con un simple pen-drive.

En órbita, luego de realizar el disparo, los satélites militares seguían la secuencia de destrucción inmediata ordenada desde la base en Córdoba. En absoluto silencio se desintegraban o simplemente caían a tierra.

Mora disparó contra el cuerpo peludo de una enorme araña negra. De reojo pudo ver el haz de luz fulgurante proveniente

del espacio que durante unos segundos «iluminó» la estructura de la Fábrica de Alimentos de Córdoba. Cuando el rayo se extinguió en su lugar sólo quedaban un montón de metales carbonizados.

Sonrió y volvió a disparar a diestra y siniestra.

EPÍLOGO

-- ¡Feliz dos mil quinientos setenta, Pá! Aunque Pablito cumpliera sesenta y tres años seguía llamándolo con el apócoque pá, y eso agradaba al anciano.

La comunicación transmarciana llegaba con claridad a la pantalla del móvil que tenía adosado a la parte superior del bastón.

-- Feliz año, Pablito.

Pablo Mora era Ingeniero Terraformador

en Marte, donde los avances para habitar el planeta y calentar su atmósfera mediante métodos (no invasivos) estaba logrando sus frutos. Exportando árboles de hoja perenne y una colección de semillas, que en la Tierra había de sobra, Pablo elegía las zonas donde plantarlas y tomaba datos al respecto.

Según estudios tales acciones lograrían reducir al menos cien años el tiempo de espera para la terraformación completa.

Eso y el auto exilio de Mega-Corp del planeta cuando triunfó la llamada «Revolución Roja» en Cydonia y se desmanteló la única Fábrica de Alimentos Sintéticos.

Zahibi jamás dio la cara ante Mora. En palabras de Pablito decía sentirse muy avergonzada por no haber sabido esperar. Ése fue el único mensaje. Igualmente el emparejamiento con Pablo Melgar los fortaleció y según los chimentos eran muy unidos.

Tal es así que juntos fueron a Marte y lue-

go a Titán, una luna de Saturno, cuando Mega-Corp se fue allá a colonizar.

Hasta esta fecha. Ninguno de los Mora ha tenido más noticias de ellos. Sólo que ganan en créditos diez veces más que cualquier jubilado del Ejército de la Cruz del Sur.

-- ¡Ven abuelo! Empezarán los juegos...

-- Salúdame al cascarrabias de Kaijou y a Leo.

-- Lo haré, pá. Feliz año.

Kaijou y Beltramella vivían en Marte. Uno ayudando en el cultivo de las plantas en los solares dispuestos y el otro transformándose en documentalista de dicho trabajo. Ambos se convirtieron en la primera pareja de gay marcianos en formalizar su situación mediante el matrimonio.

-- ¡Pronto abuelo! ¡Que llegamos tarde!

El anciano salió al patio siguiendo los ligeros pasos de una de sus nietas más pequeñas. Afuera una multitud de niños jugaban

en el césped terso como una alfombra. No era un Green-14, pero despedía un agradable perfume a hierba recién cortada.

Freida lo saludó sentada junto a la fuente de aguas danzantes, donde el espectáculo estaba dando comienzo. Los haces de luz fluorescente iluminaron la pradera y la radiante y hermosa sonrisa de su señora.

El SHIELD-OX como Kaijou anticipó se eternizó en las capas bajas de la atmósfera. El ozono se fortaleció y nunca más volvería a debilitarse.

Al ser destruidas las Fábricas de Alimentos Sintéticos en todo el mundo, los niveles de contaminación comenzaron a bajar lentamente. Con ello las partículas de SHIELD-OX que transformaban las partículas de dióxido de carbono en O₂ no mutaron y el oxígeno bajó su porcentaje de distribución en la atmósfera de un cuarenta a un treinta y tres por ciento en los primeros años.

El crecimiento desmedido de la vegetación ya no fue el mismo y con los años se lentificó aún más, a medida que el oxígeno continuaba en caída libre y que finalmente se detuvo en un piso del quince por ciento. Ya no se necesitaba batallones de hombres con podadoras para cortar la maleza, con una simple bordeadora o tijeras bastaba. Con los insectos pasó más o menos lo mismo. Los super-gigantes y los gigantes fueron los primeros en morir. Los otros como los bichos bolitas, arañas y abejas dejaron de aparecer y en la siguiente generación su tamaño se redujo a la mitad, hasta que con el paso de los años volvieron a ser víctimas de chancletazos y golpes de mata moscas.

Todo volvía a depender de la humanidad ya que no debía cometer el mismo error. Si contaminabas, lo pagabas, y de la manera más aterradora.

La música ya había empezado cuando Mo-

ra finalmente logró bajar los dos escalones que lo separaban del suelo. Avanzó mirando el piso, apenas podía mantenerse derecho al caminar. Iba a apoyar el bastón cuando vio una silueta negra cornuda que trajinaba sobre el pasto. Era un negro escarabajo de dos centímetros de envergadura. Mantuvo el bastón en el aire y meditó la idea de aplastarlo. Sonrió. Con sumo cuidado apoyó el bastón a un lado y cada uno siguió su camino.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela está dedicada a mi hija Emma, a la enemiga número uno de los insectos, mi señora Valeria y a la amante de las plantas, mi mamá Susana.

Y un especial agradecimiento a Cyberpatito y al blog «How To Arsenio Lupín» por brindarme la oportunidad de publicar.

ATENCIÓN

Las imágenes pertenecen a la página web:

<http://wall.alphacoders.com>